Testimonios y Referencias del
Bloqueo de Iquique
y del combate naval del
21 de mayo de 1879

ASOCIACIÓN
CULTURAL
VESTIGIO

fundación arrieta

Testimonios y referencias del Bloque de Iquique y del combate naval del 21 de mayo de 1879

Instituto de Conmemoración Histórica de Chile

Edición General: Asociación Cultural Vestigio

MEMORIAS
DEL BLOQUEO DE IQUIQUE

JAIME PUIG Y VERDAGUER

A MODO DE PROLOGO

El Excmo. Señor Alberto Puig Arosemena, ex Embajador de Ecuador en Chile, actualmente acreditado ante la República Argentina, ha querido se reediten en nuestro país las «Memorias del Bloqueo de Iquique» que, con sin igual talento, erudición y riqueza de lenguaje, escribió, por el año 1910, su ilustre padre, don Jaime Puig y Verdaguer, testigo ocular de la epopeya que cubriera de gloria a la marina chilena[1].

Con este gesto, el distinguido diplomático de nuestra hermana República del Ecuador pone una vez más de manifiesto sus afectuosos sentimientos hacia Chile, ya demostrados con largueza en ocasión de su estadía entre nosotros. Sus iniciativas que, de prosperar alguna vez, importarían dar estructura de granito a las tradicionales buenas relaciones chileno-ecuatorianas, ahora en el ancho campo de la complementación económica de ambos países, singularizaron al Excmo. Señor Puig Arosemena como un sincero y denodado amigo de Chile.

El autor de Las «Memorias del Bloqueo de Iquique» quiso que el recuerdo de aquellos altos ejemplos de valor, honor y patriotismo fueran retenidos en la memoria de sus hijos, sino una enseñanza saludable que fortaleciera su civismos. El hijo, no solo ha cumplido tal encargo, sino que, excediéndole noblemente, anidó en su corazón los más cordiales y cariñosos sentimientos hacia la nación que, a su turno, heredara el valor, el honor y el patriotismo de los héroes que, en la rada de Iquique, sacrificaron la vida en aras de su destino.

Y bien, con el antecedente de esta sucesión de Familiares

1 Prólogo a la edición de 1957.

sentimientos, nos hemos introducido era las bellas páginas de las memorias ale don Jaime Puig y Verdaguer, escritas con la emoción, con el entusiasmo, pero al mismo tiempo con la justicia y la ecuanimidad, del hombre superior que no necesita hacer esfuerzos para ensalzar la proeza de unos, sin menguar la actuación y la conducta de los otros.

Porque, si bien las «Memorias del Bloqueo de Iquique» resultan destinadas a inmortalizar en el recuerdo escrito el heroísmo, el desprecio por la vida, el amor ciego por la patria, el concepto rígido y acerado del cumplimiento del deber, de que hicieron gala Arturo Prat y sus compañeros de sacrificio, el autor, en parte alguna de su. libro, deja de reconocer el patriotismo con que, a su vez, lucharon en la homérica contienda los marinos del Perú.

Llama poderosamente la atención el conocimiento cabal que el señor Puig y Verdaguer demuestra tener de la terminología náutica. Oficiales de la Armada, con quienes hemos comentado sus Memorias, se manifestaron extrañados de una versación tan extraordinariamente completa en una materia técnica ajena a las actividades habituales del autor.

Pero, lo que más impresiona en el libro de don Jaime Puig y Verdaguer, es la belleza incomparable del lenguaje. Le niega el, en su prefacio, todo carácter de joya literaria. Sin embargo, bien que, sin la autoridad del crítico profesional, no podemos dejar de rectificarlo a este respecto, pues las «Memorias del Bloqueo de Iquique» están escritas con tal refinada elegancia con tanta inspiración, que proporciona a la narración de los acontecimientos esa fuerza pictórica propia solo de las grandes creaciones literarias.

El Combate Naval de Iquique, la inmolación de Prat, de Serrano, de Uribe, de Riquelme, de Aldea y todos los demás héroes que sucumbieron ante la idea de que la bandera de

Chile no puede jamás ser arriada por imposición del enemigo, es la página más gloriosa de la historia de Chile. A partir de 1879, todas las generaciones de nuestros marinos han vivido inspiradas en el ejemplo escrito con la sangre de aquellos inmortales.

Permítasenos, entonces, que al prologar el hermoso libro que leeréis a continuación, rindamos a su autor, don Jaime Puig y Verdaguer, el cálido homenaje de la gratitud chilena hacia el noble extranjero que, en forma tan brillante, supo vaciar su emocionada admiración por la hazaña de que vive orgulloso un pueblo jamás vencido.

Arturo Olavarría Bravo

A MIS QUERIDOS HIJOS

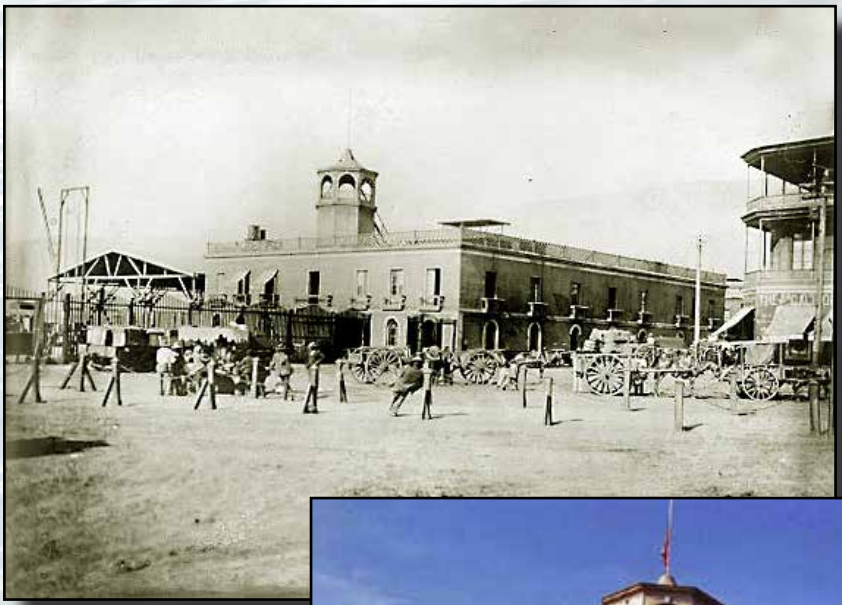
PREFACIO

Sabedor que estas mis memorias han sido bien acogidas por el público y que allá en la nación, chilena han alcanzado alguna resonancia. no he querido que desaparezcan como el aroma fugaz: de la flor de un día, como la efímera vida del periódico que la multitud no guarda, olvidando mañana lo que leerá hoy, y que yo no quiero que olvidéis vosotros, ya que estas memorias forman un hermoso capítulo de mi vida misma.

Para lograrlo, he reunido Los artículos en que fueron publicados, para legároslos en un libro que bueno a malo, no deja de atesorar el mérito histórico de ser la última palabra de aquella homeriada; que además, ha de ser para vosotros el reflejo de una vida intensa y robusta, entre cuyas líneas veréis flotar y palpitar aquella mi alma y aquel mi corazón juvenil; lleno de generosas emociones y en el que se grabaron para siempre y de por vida, el recuerdo de aquellos altos ejemplos de valor, honor y patriotismo que deseo retengáis en la memoria como una enseñanza saludable que fortalezca vuestro civismo, integrando así, el amor a la tierra que os vio nacer al calor y no digo más, de la idea y del sentimiento derramado en estas líneas y en este libro, formado por aventura y sin intento previo, y que una vez formado, quiero que guardéis, no como joya literaria, que no lo es, sino como un recuerdo de mis recuerdos, como una conciencia de vuestro devenir, en cuanto tenga de imperativa para influir en la actuación del porvenir de la patria vuestra, mientras que respiréis su ambiente y viváis su misma vida.

Guayaquil, septiembre 21 de 1910.

J. Puig y Verdaguer



Aduana de Iquique en 1879

Aduana de Iquique,
actual Museo Naval

I
EL BLOQUEO

Era el mes de abril del año del Señor de 1879, y habíamos entrado ya bajo la influencia zodiacal del signo de Tauro, y de ahí sin duda las fatídicas ominaciones presagiando tozoladas amurcos[2], empecibles para uno y otro bando,

Chile y el Perú se armaban hasta la gola, a espaldas de la diplomacia, farisaica, cuya última hora en aquella sazón había do ser para el señor Lavalle muy amarga, cuya embajada semejante a la de Antíoco ante el Senado romano, había de ser el fiasco de Agmio.

La potencial de aquel estado tirante de relaciones era esencialmente económica. Era una cuestión de centavos y de salitre. Era la afirmación del pitagorismo, y los números pregonaban nuevamente su ilustre abolengo declarando ser anteriores y superiores a todas las demás cosas, y que el cielo entero no es más que la armonía del número. La máscara de la diplomacia yacía desgarrada.

Los aprestos de guerra se llevaban a cabo con toda celeridad en la rada de Iquique, capital de la provincia de Tarapacá, y en la islilla se trabajaba día y noche para fortificarla convenientemente.

Desde algunos días antes, una multitud do peones de las salitreras e infinidad de familias chilenas habían iniciado un éxodo extraordinariamente simultaneo; los muelles se llenaban sin que las grandes lanchas y multitud de botes dieran abasto a aquella emigración insólita, que evocaba la idea del pueblo israelita a orillas del mar rojo.

Iquique, Pozo Almonte, Cocina, San Juan y la pampa toda, se despoblaban, y tuve ocasión de ver a muchos peones, alias rotos, que ya en las barcazas y en las lanchas, espolvoreaban sus zapatos cochabambinos, para no llevarse a la patria ni una partícula de la tierra que abandonaban.

La dulce idea de que regresaban a Chile les confortaba

2 Cornadas.

de cualquier pesar o recuerdo amable y cada uno de aquellos robustos hijos del trabajo lanzaba al viento potentes gritos de viva Chile, repetidos y coreados por el acento de tiple de mujeres y niños de los que había alguna, y cuya conciencia despertaba en aquel gran momento histórico al amor eterno de la patria añorada.

Todas aquellas multitudes iban a engrosar el ejército que se organizaba en Caldera, en Copiapó y otros lugares, y que había de ser mas tarde la avanzada asaltando Pisagua.

El día 5 de aquel mes de abril, es para mí un día memorable, una fecha que no se borrara de la memoria en tanto que aliente un soplo de vida en mi ser.

En lo más activo de los trabajos de fortificación, apareció por el lado sur la escuadra chilena, causando aquella inesperada visión, un asombro y una confusión indescriptible.

Los trabajadores de la Isla y de la ribera de costa firme, abandonaron precipitadamente su tarea, regresando a la plaza, cuya orilla se había llenado de atónitos espectadores ante aquel cuadro imponente y hermoso a la vez.

Serían las dos de la tarde sino por filo, sobre poco más o menos, cuando la escuadra entraba al puerto, en hilera perfecta, con el Blanco Encalada a la cabeza, enarbolando la insignia.

Todos aquellos barcos venían con los masteleros de gavia y de juanete calados, manteniendo tan solo los palos machos, formando con las vergas mayores una cruz de San Andrés muy cerrada.

Los cascos casi sin aparejo presentaban una [escafa] rara y pavorosa, pues no se veía más aparejo que los palos machos y, por lo tanto, con solo los estays[3] de mayor, de mesana y de trinquete. A popa, la verga de mesana, aman-

3 Aparejo o arboladura de un velero.

tillos de la bota-vara[4], las ostas[5], ságula[6] de bandera; a proa [barbadas] y [niostache], las brasas de mayor, de trinquete y de seta casi plegadas a la perpendicular paralela a los palos; todas las demás jarcias de labor y cabuyería habían sido bajadas juntamente con los masteleros de velacho, del juanete y sus respectivas vergas.

Pero semejante despojo había sido reemplazado en cada buque por una enorme bandera de combate, izada en los topes de mesana; indicando que aquella bandera, aquella calacuerda y aquel zafarrancho, obedecían a una declaratoria de guerra.

Los grumetes, junto a las serviolas de estribor, venían sondeando con el pesado escandallo el fondo del mar, con aquella silenciosa rigidez clásica en estos casos, silencio solemne interrumpido de vez en cuando por la voz pausada y sonora que declinaba la palabra sacramental...; ¡¡cinco brazas!!... ¡¡seis brazas!! adivinadas oídas que oídas desde el escalfado muelle.

El sol brillaba con la intensidad de siempre, en aquella flora y en aquella región, y sus vibrantes ondas luminosas se reflejaban como ascua de fuego sobre los dorados acrostolios[7] que adornaban aquella parte de la proa, llamada perdiguete, en la parte superior del tajamar.

El mar rielaba profusamente iluminado por donde más largo se extiende, descomponiendo la luz entre los cambiantes de sus ondas ligeramente rizadas y entre los matices glaucos de los vientos variables, tan comunes en aquella golfada (que abraza una extensión de tres millas) desde el mediodía hasta la hora en que comienza a afirmarse el Sudoeste.

4 Cuerda o cabo que se ata de la verga vertical al penol.

5 Otro tipo de cabo o cuerda.

6 Cuerda para izar la bandera.

7 Adorno que se coloca en la punta de la proa de los barcos.

El cielo muy despejado, y solo allí sobre la curva del horizonte, se amontonaban y se dilataban, ora en desgarros de una geometría infusa y compleja, ora en elegantes y vaporosas curvas elípticas de gallarda figuración, las blancas bardas de nubes abrillantadas por los rayos oblicuos del sol, y algo veladas por la lejanía y las misteriosas brumas marinas de la evaporación.

La naturaleza algo amodorrada en el mar inmenso, era sacudida por el lado de tierra por una tremulación de voces y rumores inusitados; por una agitación insólita de faena delirante, cuyo volumen era aumentado por el redoblar de tambores y sonar de clarines que llenaban el aire de resonancias guerreras.

La indignación de los naturales era inmensa, y se apostrofaba y protestaba de aquella actuación ejecutada, según decían, sin previa declaratoria de guerra, reputándola como una infracción del Derecho Internacional, y del que se burla muy cínicamente el marino japonés, Hesivo Tivocara[8] o diciendo que es una costumbre europea bastante ridícula e inexplicable.

Pero los peruanos ignoraban que Chile había sabido cubrir bien el expediente en cuanto al Derecho Internacional; puesto que a las ocho de la mañana del mismo día 5 de abril se había declarado la guerra al Perú y a Bolivia solemne-mente por medio de bando en Santiago y Valparaíso, en tanto que esa declaratoria de guerra era trasmitida a todas las cancillerías por cable en el mismo punto y hora en que el bando la hacía pública en el país.

William Rebolledo había salido algunos días antes con su escuadra rumbo al Norte, con orden expresa de que, hallándose a 40 millas en alta mar, abriera los pliegos cerrados que se le habían entregado por el Ministerio de Marina.

8 Port Artur. Página del diario de operaciones.

Abiertos los pliegos en la latitud señalada, se enteró de que el día 5 de abril, a mediodía, debía entrar a Iquique, y realizar lo que hemos visto que llevo a buen cabo y remate.

MELITON PORRAS VA A BORDO

La escuadra que comandaba William Rebolledo se mantenía sobre la maquina aún, cuando el señor Capitán del Puerto don M. Porras, mandó preparar el bote de la Capitanía para abordar al Blanco, cohonestando aquella decisión con un deber de cortesía marítima, en su calidad de Capitán del Puerto; pero en realidad, para saber a qué venía aquella escuadra y a que se debía aque11a actitud, sin que se hubiese saludado la plaza.

Allí en aquel muelle y en aquel instante me hallaba con varios amigos, pisando el estuoso[9] tablazón y al pasar por mi vera el señor Porras hube de decirle:

«Señor don Melitón, no vaya usted, porque se llevará un chasco».

Como quiera que protestara anticipadamente del desaire anunciado, hube de insistir significándole que aquella escuadra ya no era una escuadra amiga, que venía en son de guerra como lo indicaba la calacuerda, el zafarrancho de combate y las enormes banderas izadas, pues cualquier profano podía ver desde tierra, que las colisas de popa y proa, y aún las piezas de batería estaban desenfundadas y servidas por sus respectivas dotaciones.

Pero el señor Capitán de puerto, que, dicho sea de paso, era todo un hombronazo, como veremos en el 21 de mayo, se lanzó a la buena de Dios llegando a los pocos momentos al costado de la Capitana.

Saludó desde su Ayuso, declarando ser el Capitán del

9 Caliente.

Puerto; pero no se le bajó la escala, anunciándole que la guerra había sido declarada y que en breve bajaría a tierra un oficial, llevando una importante misiva. Volvió a tierra muy resentido, convertido en una furia, y no bien puso el pie en el muelle, grito dirigiéndose al cabo de matrícula Medrano: Son unos groseros unos tales y cuales… etc. Yo, que pensaba en mi advertencia, no quise recordársela por no mortificar aquel exquisito amor propio, pues era un amigo y amable contertulio del señor doctor Manuel María Cornejo, excelente abogado arequipeño. En ese momento llegó al muelle mi simpático y malogrado amigo Juan Terrens, acompañado de Salvador Pirretas, Adolfo Posada y otros, y todos juntos unos pasos más hacia la escalera de desembarque; a fin de presenciar mejor la maniobra de la escuadra y separarnos un tanto de la multitud que se hallaba en los alrededores de la aduana De pronto, suenan los pitos de contramaestre y en menos tiempo del necesario para referirlo, unos cuantos marineros se colocan dentro de un hermoso bote el cual se hallaba izado en los pescantes del centro, sobre la mura de estribor y comenzó a descender rápidamente, atracando luego a la escala, arriada también al mismo tiempo en tanto que descendía un oficial muy apuesto seguido de un cabo de mar y otros más. Una vez en el bote ocupó cada cual su puesto, se colocó la bandera a popa, armaron remos, y comenzó el bogar hacia tierra con ese ritmo solemne y acompasado que produce el traqueteo de los escalamos, tan peculiares en los botes de la marina de guerra.

Luego los bicheros de popa y proa aseguran el bote a la escala del muelle.

El gallardo oficial subió por fin, y con paso seguro, comenzó a andar con mucho donaire dirigiéndose resueltamente hacia nosotros, y estaba de Dios, como diría un fa-

talista, que las primeras palabras de aquel bizarro marino al pisar tierra peruana habían de ser dirigidas al que esto cuenta, al narrador de aquella peripecia inicial de una tragedia espantosa, y que la historia ha bautizado con el nombre de «Guerra del Pacifico».

«¿Caballero, (díjome aquel gentil [oponimio] del porvenir) tenga la bondad de indicarme adonde se halla la prefectura?» Correspondí con una atenta genuflexión y amable sonrisa, convertí a la derecha y señalando un negruzco [pentepilon] que se elevaba como una mole a poca distancia, exclamé: «Ahí la tiene Ud., señor». Se despidió agradeciendo cortésmente la indicación y siguió avanzando en la mano izquierda, en tanto que el brazo derecho seguía el movimiento marcial, de aquel cuerpo sobre cuyos hombros perfectos se mecía a merced de un robusto esplenio una hermosa cabeza de Pélide[10] sin afectación ni pedantería.

A los pocos pasos hallábase un capitán perteneciente al batallón Zepita, y sin duda por cortesía y quizá por no pasar sin decirle nada, se le acerco también, haciéndole con un gran cumplido la misma pregunta que me había hecho a mí; pero el buen hijo de Marte, cuyo animo debía estar en una fuerte tensión pasionalmente patriótica, peso una cara más ferreña que la del viejo Druso de Samnio, limitándose a contestar, muy mal humorado, con un «si» tan seco como puede permitirlo este adverbio de afirmación; pero el garrido oficial de marina, poseído sin duda de un fino [docetismo] intuitivo, justificaría aquella incongruencia, a juzgar por la inmutación y la ecuanimidad con que siguió su camino cabe el caserón de las cinco puertas.

Aquel marino a quien se había confiado tan arriesgada y delicada misión, era Arturo Prat.

Tendría a la sazón 28 o 30 años sobre poco más o menos;

10 Probablemente referido a Aquiles.

era de estatura más bien alta que regular, unos ocho codos le calculé desde la coronilla a las plantas de los pies; todo e1 era bellamente proporcionado, usaba barba negra como el azabache, ligeramente partida en el centro y cuadrada; ojos garzos, mirada inteligente y sugestiva, y velada por unas magníficas cejas que guarnecían graciosamente los arcos ciliares de aquel rostro varonilmente amable y simpático.

Tal era Arturo Prat, el oficial que venía a notificar el bloqueo, solo y sin más compañía que su sable de marino, pasando luego por entre medio de una multitud enemiga, pero muda, grave y circunspecta, en cuyos rostros se dibujaba mas atonismo, ansiedad, que ira y protesta.

Arturo Prat se hallaba ya conferenciando con el Prefecto, y la muchedumbre se había aglomerado frente a la puerta esperando noticias con ansiedad delirante.

El ajetreo de los que subían y bajaban era grande, y entre estos debo citar al cabo de matrícula Medrano, que era el que más se distinguía en vehemencia y garrulería sensacional.

«Señores! ¡Que nos bloquean... nos declaran la guerra!» y era de verle y oírle, los ojos casi fuera de las órbitas, jadeante y sudoroso, se pirraba por dar al público noticias emotivas, al que se dirigía con énfasis y aires de superhombre.

Era Medrano, un mulato cuarterón alto, desvaído y gambalúa, y cuando se erguía para hablar al público adoptaba la tesura de un tragavirotes, a pesar de ser algo aduncо[11] de espaldas y caderas anquiboyunas[12]. La color bastante zahonada y baza, y en el rostro enjuto bastante marcadas las huellas que dejan la influencia del cloro y del sodio en los hombres de mar. Era además ligeramente zambo de am-

11 Encorvado.

12 Ancas caballunas.

bas piernas, y con su verborrea hacia las delicias de todos. Medrano era popular, servicial y de todo el mundo querido y estimado. Y perdonad, queridos lectores míos, si me he detenido algo en la pintura de este personaje, por tratarse de un tipo típico, del que tendré que ocuparme próximamente refiriéndome a acontecimientos mucho más graves.

«¡Señores! (volvía a gritar Medrano) adoptando un gesto cómicamente romano: Nos dan solo veinticuatro horas de tiempo para que se ponga en salvo toda la parte indefensa de la población». Y como quien viene de un ajar, lanzó por aquella enorme boca una gran sarta de esos estimulantes, seguidos de algunos vivas, muy del caso para levantar el espíritu público. Y Medrano desapareció después.

Efectivamente el público, que comprendió que el cabo de matrícula había dicho la verdad, comenzó a desbandarse como si hubiera sonado el grito de sálvense quien pueda

Una hora después, a eso de las cuatro, se publicaba por bando, lo que había dicho Medrano, y supimos oficialmente que desde aquel momento la plaza de Iquique quedaba bloqueada; que se concedían veinticuatro horas para que el vecindario indefenso desocupara la ciudad; que toda contravención sería castigada a cañonazos, etc., etc., y que, por ende, cada quisque[13] quedaba convertido en un obsidional de aquella plaza.

¡Que barullo y que trajín, santo cielo! Por cada carretada de muebles o mercancías había que pechar quince y hasta veinticinco soles; tal era el arrebato y la prisa con que se desocupaban casas y almacenes.

Toda la noche trabajó aquel vecindario miserando[14].

Amaneció el día 6 con más ajetreo y pavura. La mayor parte del comercio y muchos particulares se trasladaron a

13 Cada uno; cualquiera; cada cual.
14 Digno de misericordia.

la sabana, cerca del cementerio, y tras de los promontorios del camal. Allí se improvisaron amplias carpas, y se ahondaban pozos cómodos rodeando las bocas con sacos de arena, a fin de tener un sitio seguro en caso de bombardeo.

Como quiera que la mayor parte del comercio allí refugiado se componía de españoles e italianos, acordóse ponerle el nombre de Lepanto, y así siguió denominándose durante mucho tiempo aquel lugar.

LOS PRIMEROS CAÑONAZOS

Un repente estrepitoso alarmó a la población en lo mejor de la tarea de liar objetos e indumentaria. Un cañonazo había sido disparado sobre la coquina[15] condensadora, administrada por el noble asturiano señor don Eduardo Llanos. Eran las siete de la mañana.

El cañonazo aquel produjo gran alarma en toda la ciudad, y en los cuarteles, donde sonaron los clarines, se puso la tropa precipitadamente sobre las arenas, produciéndose con eso aún mayor confusión, pues nadie sabía lo que verdaderamente pasaba. La Chacabuco era la que había disparado el primer cañonazo, para dar a entender a la condensadora, que allí no se permitía más humareda que la de los buques.

No bien se reponía el público de aquel sobresalto, a eso de las ocho, sonó otro cañonazo, luego otro y otros, hasta seis consecutivos, disparados por la Magallanes, sobre el tren que salía furtivamente con toda velocidad para San Juan de la Pampa subiendo por un plano inclinado de 5 por ciento de gradiente.

El intrépido maquinista, no perdió la serenidad un momento, y siguió valientemente, aclamado con grandes

15 Roca caliza.

aplausos hasta trasponer la colina sin haber recibido un solo impacto, a no ser una ligera rozadura de proyectil en el furgón de la máquina. La Angamos, que tenía a su cargo todo el polígono de la sabana por el lado de Cavancha, disparó también sobre unos arrieros, que ajenos a lo que sucedía, venían a la ciudad procedentes del interior de la provincia. Los disparos por aquella parte producían un pánico aterrador en el ánimo sencillo de los humildes pescadores, tan pobres como los de Bethsaida, tan infelices como los de Tiberiades. Ya tenemos, pues, descrita a grandes y ligeros rasgos, a peripecia inicial de la aquella sangrienta guerra, los primeros cañonazos habían sido disparados. Los últimos no serían oídos por mí ni por Prat, pues ambos partíamos para otros mundos.

II
NOCHE DE ALARMA

La sorpresa del Huáscar

Como íbamos diciendo, desde entonces queda rigurosamente establecido el bloqueo del famoso Iquique.

Ya el ronco cañón no retumbaba sobre nuestras cabezas, puesto que nos conducíamos con mucha humildad y encogimiento, sin decir oxte ni moxte, sin hace humo ni otras contravenciones que pudieran amostazar a nuestros cucos.

Los buques se entretenían en tirar al blanco todos los días de Dios, sobre rojas boyas con redondelas blancas, colocadas mar afuera como señuelo de gaviotas, las cuales, dicho sea de paso, se remontaban en grandes bandadas calla vez que un proyectil hacia blanco.

Así pasaron algunos días sin mayor novedad sensacional, como si estuviéramos en paz y gracia de Dios; y ya nos habíamos familiarizado con la vida [obsidia] e inactiva, sin más variante que el *dolce far niente* y las tasadas raciones de judías y turmas de tierra que también llamamos patatas; carne de puerco, tasajo de Valdivia, algo del fruto de Ceres, o sea, el pan nuestro de cada cuando lo había.

Las Menegildas con cesto o con cabás, casi volvían como habían ido, ya que en aquel mercado casi desierto, poco o nada había que proveer, y gracias también a que cada cebolla era una cotufa y una golosina cada repollo magullado y podrido; pues sabido es que aquella desolada región de Iquique, toda ella árida, no produce nada, y que todos los manjares y todos los haberes nos venían del Norte o del Sur. Y si andábamos escasos los godeños[16] de manjares buenos o malos, calcule el lector como andarían los proletarios, las clases verdaderamente menesterosas.

Felizmente todo el mando era altruista, y e1 egoísmo, que hubiera sido feo vicio, no cabía en aquellos pechos ni

16 De origen godo.

entraba dentro del circulo de aquellos momentos, en que todos éramos unos en el sufrir en el padecer la general cuita y grande vicisitud.

Todos llevábamos las manos abiertas a la necesidad, y si aladas eras las frases de aliento para el consuelo, dispuestas estaban también las áreas para el colmo del vacío que de aquel quebranto resultaba. Y así de esta guisa, la conformidad era colectiva, máxime cuando a mayor abundamiento, la beneficencia pública se había organizado bajo los auspicios más felices, merced a la noble iniciativa y acertada dirección de mí nunca bastantemente llorado amigo don Marcos Aguirre, hidalgo guayaquileño, chapado a la caballerosidad del altruismo más integral.

A eso de las cinco o seis de la tarde abandonábamos la carpa de la pampa y bajábamos a la ciudad para cenar de lo que hubiere, y luego solíamos pasar las veladas en un llamado «Hotel Caballero», donde se recogía alguna noticia imaginaria, ya que nuestra posición de sitiados no era de las más propicias para regocijos de que estábamos tan ávidos, contra el sentir y el pensar de Fileas Fox que los creía innecesarios.

Allí en santo amor y armonía, hacíamos una partida de billar hasta las diez u once de la noche, según el partido y con quienes se concertaba.

Una noche, si mal no recuerdo, la del 14 de abril, todos los contertulios abandonaron súbitamente las mesas y los tacos, poseídos de un estupor insólito. Un marino apareció como un fantasma en el umbral de la puerta, y en su gorra se leía claramente: Huáscar.

«¿De dónde sale usted? ¿Por dónde ha venido usted? ¿Cómo se llama usted?» Y el buen cholo, agobiado por aquel nutrido chaparrón de preguntas, no acertada a dar contestación alguna, permaneciendo mudo como un toro

de Guisando[17], hasta que por fin pudo hablar. En síntesis, aquel marino era efectivamente de la tripulación del Huáscar. Este monitor había entrado a la bahía con las luces apagadas: los compañeros del hombre que teníamos delante, estaban en el bote, junto al muelle, y él había saltado acompañando a su teniente, el cual en aquellos momentos conferenciaba con el jefe militar de la plaza y con el Prefecto, a los cuales había venido a saludar en nombre del Contralmirante Grau; tenían orden, en caso de oír un cañonazo, de quedarse en tierra, y si no, dentro de media hora regresar sigilosamente a bordo.

Todo aquello había sido escuchado con ese asombro y obsesión que en los supersticiosos producen las lilailas de brujas.

La curiosidad reaccionó en nuestras fantasías, y uno tras otro en escarrio o en grupos de camaradas, nos encaminamos al muelle envueltos en las tinieblas de una noche más negra que boca de lobo.

Allá, en la negrura sin líneas, en aquella tenebrosa conjunción de agua y cielo, brillaban diseminados los locos rojos, verdes y pálidos, que delataban las luces de los buques de la escuadra, y que parecían ojos de felinos infernales flotando en el orto plutónico.

La calma y el silencio de aquella noche pavorosa eran casi absolutos, al extremo de migrañar el oído con molestias de inercia, pero de allá cerca, del débil rumor de las mansas y perezosas olas del mar dormido, nos llegaba un susurro tenue que se quebraba dulcemente sobre la playa, en la línea sinuosa que dibujaba la espuma fosforescente.

Unas voces quedas, muy quedas, se acercaban.

Era el oficial del Huáscar y su marinero que regresaban a bordo, perdiéndose pronto en la oscuridad cual siluetas

17 Escultura que se encuentra en la provincia de Ávila, es España.

fantasmagóricas.

Luego se oyó un rumor letal como la duda, en la dirección de un lugar en que la superficie ligeramente movida se iluminaba con una pálida fosforescencia, más débil, aunque el rumor casi apagado. Aquel cuerpo que se deslizaba así, era el bote que regresaba al Huáscar.

El bote que bogaba quedo, tan quedo, iba con la cautela del crimen, avanzaba con la parquedad del terror y sin producir ruido alguno, por cuanto habían forrado de antemano con estopa y trapos el brazal del remo y los estrobos de las chumaceras.

Después de quince minutos, un enorme fogonazo iluminó con fulgor de rayo el negro espacio, y una potente detonación hizo vibrar el aire de manera extraordinaria.

Luego otra, otra más... Era la sorpresa del Huáscar.

Los buques chilenos, ante semejante antuvión de ruda sorpresa, entraron de repente con una alarma ruidosa e inusitada. Moviéronse aceleradamente, y empezó un fragor de disparos siniestros y simultáneos, entre fugitivos y perseguidores, con riesgo inminente de dañar en el amigo, lo que se deseaba dañar en el enemigo. Y comenzó una zaga incierta y desesperada, ya que el Huáscar dejó de disparar navegando sin luces y como perdido en la inmensidad de un antro profundo, para despistar al temible rival.

La conmoción atmosférica producida por aquella artillería, determinó una pequeña llovizna parecida al orvallo de las nieblas.

El espectáculo resultó mucho más hermoso que si hubiera acaecido de día.

Los fogonazos brillaban de tal modo sobre aquella obscuridad, que las masas de los buques y las moles de los edificios iluminados con fantástica rapidez, se nos quedaban impresas en la retina por largo rato.

Cada disparo lanzaba una columna de luego de algunos metros de longitud, y el proyectil zumbaba siniestramente rasgando las ondas atmosféricas hasta el punto de inercia de la lejanía.

El cañoneo siguió a lo lejos, y sólo por intervalos se apercibían los apagados rumores.

Los contertulios del «Hotel Caballero» nos dispersamos hondamente impresionados, a semejanza de los mochuelos que buscan sus olivos en horas de tormenta.

Yo fui acompañado de Mr. Broski, mi buen polaco, risueño y alegre como unas castañuelas; un excelente judío ataviado con tan luenga y verde levita, que más que mercader de buhonería parecía el embajador de la tribu de Leví.

Caminando íbamos hacia las afueras y cabe nuestras carpas, cambiando ideas e impresiones sobre aquella guerra iniciada con tanta audacia y valor, cuando de pronto, nos hizo enmudecer un melancólico sonido.

Pasábamos a dos cuadras del cuartel de artillería, y junto a una especie de cabaña, choza o rancho casi destruido, se habían reunido algunos hijos del Misti, al parecer con sus huarichas; y uno de ellos tocaba en un instrumento dulce como un caramillo, el yaraví, o algo parecido, muy popular en los valles de Paucarpata, y no pudimos resistir a la tentación de acercarnos para oír aquellos lastimeros lamentos de añoranza, semejantes a los acentos plañideros de la diosa Pena[18].

De pronto cambió de tono, y junto al músico se elevó una voz de tenor muy llena y muy hermosa, que cantó una canción indígena muy dulce y muy conmovedora. Broski me tenía del brazo y no se cansaba de repetir: muy bueno, muy bueno...

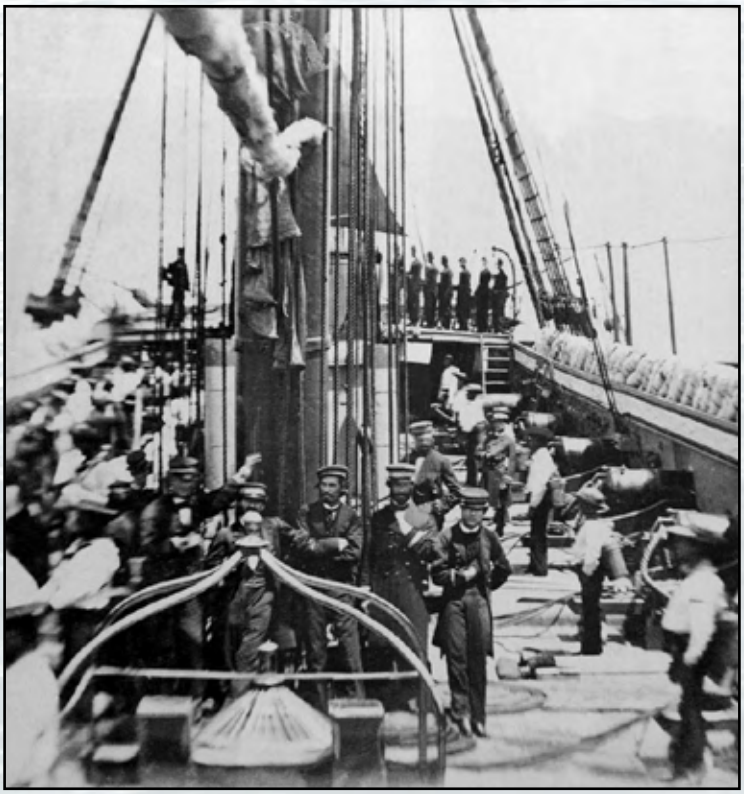
Una sombra se destacó del fondo de la noche y se acer-

18 Probablemente se refiere a la diosa Eris de la mitología griega.

có al grupo aquel, diciendo: muy bien, hijos míos, hay que recordar a la tierra amada para defenderla mejor.

Era el coronel Fajardo.

Al día siguiente, aun se oían por el lado de Pisagua lejanos rumores de cañonazos, merced al viento norte y a la pleamar.



La corbeta Esmeralda en 1863

III
21 DE MAYO

Aparición del Huáscar y la Independencia

Comienza el combate

Desde aquella memorable y osada sorpresa del Huáscar, la escuadra chilena, espanto, gomia o tarasca[19] de los buenos iquiqueños, adoptó el partido de abandonar la bahía todas las noches de Dios, para evitarse nuevas sorpresas, dejando en el ancho puerto, cual atalayas inamovibles, a la Esmeralda, a la Covadonga y, además, el transporte Lamar, a fin de mantener la efectividad de aquel bloqueo riguroso, con el celo de los cancerberos que guardaban la entrada de Hades. Regresaban, pues, todas las mañanas de Dios también, cuando al alba teñía de vagos tonos las altas cúpulas y los transparentes cristales de ventanas y miradores, palingenésica en que se renueva siempre el drama del Paraíso.

En ese día ya no pudimos gozar de la majestuosa entrada de la flota sitiadora, iluminada con los tintes rosáceos del sol naciente sobre la inmensa curva del anchuroso horizonte, elevando al cielo los penachos inmensos de las densas humaredas y evolucionando con aquella precisión y gallardía reveladora de una pericia extraordinaria y de una disciplina excepcional.

¿Por qué no entraba la escuadra? ¿Qué había sucedido; donde se hallaba? Tales eran las preguntas que corrían de boca en boca en alas de la curiosidad.

Nada se sabía y, sin embargo, no faltó como no falta nunca en esos momentos de expectación, duda y extrañeza, un correo de brujas que nos trajera noticias que bien por deducción intuitiva, bien por misteriosa a adivinanza y cábala, suelen resultar generalmente ciertas.

19 Gomia y Tarasca significan lo mismo: forma de serpiente, voraz, que aniquila.

Y, así pues, se decía y se aseguraba, que los chilenos habían sabido que la escuadra peruana había salido del Callao con rumbo al Sur, que la escuadra chilena ante noticia tan gorda y trascendental, había salido a su encuentro dispuesta a atropellarla y batirla llevándolo todo barrisco hasta el mismo Callao si era menester, con ese arrojo y decisión que le son características, a pesar de no tener en toda la extensión de aquella costa un puerto amigo donde recalar en caso de un contratiempo o desastre.

¿Cómo habían sabido los chilenos aquella noticia, dirá alguien? Pues muy sencillamente; y entra aquí la base de la inducción intuitiva de que he hablado.

Cada vez que pasaba un vapor correo de la Pacific Steam Navigation Company, una de las lanchas a vapor de la escuadra salía mar afuera, y un oficial recibía o entregaba la correspondencia de la escuadra, según que venía o iba para el Sur el vapor abordado, y de aquella manera es natural suponer que los chilenos obtuvieran aquella noticia.

Ahora Bien, siguiendo el procedimiento inventivo de la inducción con toda la extensión de la experiencia, debemos suponer que la escuadra chilena, navegó hacia el Norte en busca de la peruana siguiendo la vuelta de tierra, y por ende, navegando siempre sin perder la purpúrea y lejana costa de vista, abarcando así una inmensa visual sobre el plano de derrota, siguiendo una línea ortodromia[20], entre la tierra por estribor y la lejana del ancho mar por el costado de babor, como es indudable asimismo, que la escuadra peruana hubo de navegar, barloventeando[21] a la chilena por la vuelta de afuera, y que, aun así, debió viajar de noche con las luces completamente apagadas a fin de no ser divisada, como en efecto no lo fue en el momento del cruce que debió

20 Camino más corto recorrido de un punto a otro por un barco.

21 Avanzando contra el viento.

coincidir de noche, y con esto y lo cual, pudo llegar a Iquique a vela-salbas.

Amaneció por fin el día 21 de Mayo ligeramente nublado y con alguna cerrazón en el mar dormido y gris que espejaba el color pizarroso del celaje.

El espumoso hilero de la resaca dibujaba sobre la ancha superficie un dilatado arco intercolumpiado que significa el límite de la corriente y del remanso; y surcaban por el espacio triste, grandes bandadas de alcatraces mudos y silenciosos, trazando grandes curvas, repentinos ángulos, ora agudos, ora obtusos, y caprichosos zig-zags, hasta perderse con su vuelo geométrico entre las brumas dudosas de la inmensidad.

La ciudad, en letal silencio, soñolienta y tranquila no daba muestras de desperezarse. Las calles muy mojadas por el poderoso relente de la noche, se hallaban casi desiertas, y digo casi, porque de vez en cuando se veía algún solitario madrugador vilordo que las cruzaba con paso tardo y re-miso; algún azacán, caballero en su pollino, que proveía muy temprano de agua al vecindario, o algún bañista de los de «La gaviota» que no les teme a las cáusticas medusas que flotan como paraguas viscosos sobre la linfa salada, en tanto que por acá se abría algún postigo con melancólico rechinar, asomado el rostro soñoliento de algún legañoso; allá cantaba un gallo, o rebuznaba un burro acorralado; acullá cantaba algún canario hamburgués, que lanzando al aire sus alegres y dulces notas cromáticas, parecía que saludaba la luz de la mañana con trinos de ruiseñor.

Poco a poco las calles fuéronse animando, animando cada vez más con creciente pulular.

De pronto observé que algunas gentes, volaban más que corrían, tocadas de una hilaridad extraña. Todo el mundo brincaba como si la atmósfera hubiera sufrido una transfor-

mación neumática superabundando en ella el oxígeno hasta igualar las proporciones del nitrógeno, produciéndose en los organismos una exaltación de los [emiloides] y nervios vibratorios, pues aquellas gentes antes tan aplanadas, corrían ahora con la agilidad del gamo.

¡Viva!... ¡Viva!... gritaban corriendo cual desenfrenados botavantes[22]; y ya me disponía yo a interrogar al primero que pasare por mi vera, cuando vi venir por la acera de «La Joven América» dando grandes voces y mayores gambadas, al bueno de Medrano, que movía los dos brazos como aspas de molino manchego, que vale tanto como decir de viento y gritaba con su vozarrón de chantre burgalés. ¡El Huáscar señores!... ¡El Huáscar!... ¡Viva el Perú! ¡Ahora sí, ahora sí!

Todo esto, entre votando, porvidando, pesiando[23] y renegando, con la geminación de siempre.

Yo corrí también cabe al muelle, a ver aquella inesperada novedad que así levantaba el espíritu público al son de los repiques de campanas con tañidos de somatén.

Efectivamente, allá a lo lejos, muy lejos aún, y sobre la línea incierta y difuminada del horizonte se destacaban sobre un fondo grisáseo con los suaves tonos del cobalto, tierra de Siena y blanco, las negras volutas de dos grandes humaredas en espiral, que parecían salir del fondo misterioso donde Tethis[24] sigue llorando la desventura de Aquiles, y tan rectamente enhiestos se elevaban aquellos negros penachos de humo a pesar de la brisa del Norte, que me hizo deducir que aquel viento de popa soplaba con la misma velocidad que la que llevaba la nave, máxime cuando las grandes banderas, colgaban también inmóviles cayendo en

22 Asta usada por los marinos para el abordaje.

23 Maldiciendo.

24 Madre de Aquiles.

ilapso[25] sobre las ságulas[26].

Por fin, las negras escafas fueron tomando forma definida, y los espolones, manga puntal y eslora, determinaron el gallardo gálibo del Huáscar y de la Independencia.

A todo esto el transporte Lamar fugaba a toda máquina con rumbo al Sur, enarbolando la bandera de Yanquilandia en el peñol de cangreja.

El Huáscar venía comandado por el Contraalmirante don Miguel Grau y la Independencia por el Comandante More.

Aparecer aquellas dos humaredas en el horizonte y comenzar a echar humo los buques sitiadores, fue caso casi sincrónico y simultaneo.

La Esmeralda, la Covadonga, en tanto que el Lamar hacia rumbo al Sur, levantaron anclas precipitadamente, y salió a seguirla la segunda mar afuera en reconocimiento del enemigo, que como iba también con regular marcha, bien pronto se acortaron las distancias, con lo que regresó inmediatamente la Covadonga poniéndose sin pérdida de tiempo al habla con la Esmeralda.

A todo esto, ya se venía encima el Huáscar creciendo cada vez más el volumen del casco, y tremolando al viento una bandera muy maja y muy grande.

En el mismo momento en que la Covadonga parlaba con la Esmeralda, el Huáscar disparó un cañonazo, y un fuerte estampido conmovió la atmósfera en tanto que un enorme proyectil de 250 libras hendiendo el espacio, cayó pesadamente entre las dos naves chilenas, levantando una enorme columna de agua, que produjo una marejada bastante sensible en forma de olas circularmente concéntricas.

¿Que se dirían aquellos bravos marinos que se iban a

25 Éxtasis contemplativo.

26 Relativo a las túnicas holgadas.

separar quizá para siempre?

¡Ah! debió ser algo muy conmovedor y grande. Juramentos espartanos, despedida eterna, algo de asintónico entre el sueño y la realidad, algo misterioso que no resolvían las nebulosidades fabulosas de un espíritu heroico como el alma de la Ilíada.

En menos tiempo del que he tenido menester para referirlo y en seguida del primer disparo, la Covadonga hizo rumbo al Sur como hemos dicho ya, barajando la ancha y dilatada ensenada de Cavancha, tangenteando bajíos y arrecifes, con gran maestría náutica.

La Independencia que, contra todas las leyes y reglas de la guerra naval, se había quedado más afuera, dio inmediatamente caza a la Covadonga ostentando en el penol de mesana una gran bandera que alardeaba de hermosa; y queriendo atacar por atajo a la goleta, trazó con su mole, la cuerda de aquel gran segmento comprendido, entre el punto de partida y Punta Gruesa; vértice fatal de un ángulo obtuso en que había de estrellarse la nave de Moore.

La fragata Independencia presentaba un gran volumen, y muy imponente navegaba con los masteleros de gabia[27] calados, así como las vergas todas excepto las mayores puestas en cruz cerrada, y en los palos machos culebreadas las jarcias del aparejo.

El cañoneo que con la andana de babor disparaba la Independencia sobre la osada Covadonga era incesante, y por mucho que dilatáramos nuestras pupilas aguzando el nervio óptico, no pudimos certificar la más ligera socollada en la azorada goleta que nos diera a entender el éxito de algún impacto certero, que dicho sea de paso hubiera sido fatal; pues casi todos los disparos lanzados sobre aquella corza, resultaban elevados, bien que el casco presentaba muy

27 Palos menores de la arboladura de un barco.

poco puntal y por ende poco blanco, bien que es intención del peruano fuera la de tomar la presa y no echarla a pique.

Los disparos de la Covadonga por contra y cambio, eran más certeros (ya que tenían mayor blanco) a juzgar por los botes de sus proyectiles que salpicaban a trechos la superficie y por las trayectorias al ras y flor de agua, pero sin efecto alguno, al chocar en la recia coraza de su rival.

Dejemos ya por un momento aquella fuga y la caza aquella, semejante al correr de una orca tras de un espantado delfín, y veamos entre tanto, que es lo que acaecía a nuestro frente y cerca nuestro; y digo cerca, porque el miramar de la Aduana desde el cual respectábamos aquella escena, es la posición más avanzada hacia el mar y el más elevado también y por tanto el mejor y más bien situado para otear cómodamente la grandiosa tragedia que iba a tener lugar a nuestra vista, en aquel momento histórico de nuestra villa.

Ocupábamos el mirador, el señor don Marcos Aguirre, Comandante de la Bomba Iquique N° 1, el Secretario de la misma, señor Carrió y cuyo patronímico no recuerdo, el que esto relata después de 31 almas, Subsecretario y Teniente abanderado de la misma bomba, y el imprescindible Medrano cuya ubicuidad era extraordinaria.

La distancia que mediaba entre nuestra posición y la de los buques combatientes puede estimarse por la que media entre el muelle de Guayaquil y la mitad de la ría, donde suelen fondear los vapores, regularmente cuando entran al puerto.

IV
EL HUÁSCAR DUDA

La Aduana de Iquique se hallaba situada al Este, en tanto que el Huáscar y la Esmeralda se batían de S. O. a N. E. cayendo los proyectiles del primero sobre los altos y bruñidos cerros, y los de la segunda en el ancho mar y, por ende, sin que pudieran ofendernos a pesar de hallarnos a tiro de revólver reglamentario de Smith y Wesson.

Decíamos, pues, que el grueso proyectil arrojado por el primer disparo del Huáscar, había caído en medio de las dos naves enemigas, y que la Covadonga, virando rápidamente en redondo, emprendió la fuga hacia el Sur barajando la dilatada herradura de aquella ensenada de Cavancha: en tanto que la Esmeralda, virando a su vez hacia estribor, hizo proa a tierra con grande admiración de todo el mundo que no se explicaba toda la grandeza de aquella maniobra como inspirada en el recuerdo heroico de la Palafox quien contestando al general Francés que pedía la rendición de Zaragoza, hubo de responderle: «Después de la guerra a cañonazos, la guerra a navajazos».

Además, aquella corbeta tenía la consigna de no cejar y mantener el bloqueo a todo trance.

Entre tanto los rayos solares habían despejado la atmósfera de neblinas, y el alto cielo brillaba esplendente, limpio y diáfano, resultando más hermoso todo el panorama de mar y tierra, en que marina paisaje, buques y nubes, montes y caseríos, brillaban como si por todo hubiera pasado el mágico pincel de Rembrandt, fijando los más enérgicos y luminosos tonos.

El espectáculo era, pues, grandioso; solemne el momento, e imponderable, la angustia que a todos embargaba.

¡El Huáscar se venía!... se venía! creciendo, creciendo con su imponente espolón, con su enorme bandera semejante al cartel de desafío de un Titán; pero al ver la inesperada evolución de la Esmeralda, se detuvo de pronto

como un monstruo anquilosado, retrocedió como el delito, siempre sobre su poderosa máquina, ciando, ciando[28], a la manera del tigre cuando recula lentamente con la mirada Felina y conativa celada de falsa morriña: sanguinolentas las húmedas rijas de los ojos oblicuos, expresión de la idea fendiente, así como la fiera que duda y vacila en el instante procinto[29], en el momento del asalto, en el minuto del ataque... ¡ay! para brincar luego con mayor furia sobre sus poderosos cuartos.

Sin duda que el Comandante Grau, al adoptar aquella actitud dubitativa pensó, y con razón, que la Esmeralda retirarse hacia tierra le había abandonado una espantosa mina o algún torpedo terrible que allá se va lo uno con lo otro.

En esa emergencia, el Huáscar opto por usar de su poderosa artillería, y por gastar la que habría deseado economizar.

Y tronó con estrépito el cañón de la guerra, y sonó con fuerza el clarín, a bordo del peruano, en tanto que la Esmeralda donde un momento antes se habían oído los toques de generala y calacuerda[30], reinaba un silencio absoluto, ese silencio precursor de las grandes tempestades y solo se oía el rumor de la trepidación de la hélice, algún pito de contra-maestre y las apagadas y lejanas votes de mando; pero bien luego rompió también los fuegos comenzando con la andana de babor, que cambiaba, virando en redondo, con la de estribor, cuando las piezas de la otra banda se recalentaban, y así virando y revirando, descargando sucesivamente sus baterías, parecía un inquieto corcel escarceando sobre el mismo sitio y sobre un mismo lugar, con tal furia que aquel barco parecía un Etna en espantosa ignición.

---

28 Retrocediendo.

29 Próximo a ejecutarse.

30 Toque militar antiguo con que se ordenaba cargar los mosquetes.

Y el aire comenzó a vibrar y a retumbar en la comba inmensa del espacio al ronco tronar de toda aquella artillería a la vez. Los silbidos siniestros de los proyectiles nos comunicaban arredros y escalofríos difíciles de expresar, en tanto que el bramar del cañón y el fragoroso reventar de las granadas difundían general pavura en aquel vecindario atónito. El suelo trepidaba y la tremulación violenta de los estampidos, rompía los cristales con ruido argentino y estridoroso[31]; se rasgaban las paredes en grandes ranchos, y los marcos y quicios de puertas y ventanas se abrían con espantosas rajaduras. Plutón bramaba potente y majestuoso con toda la grandeza infernal de su imperio, en tanto que el mar hervía bajo he aquel horrísono vomito de fuego. En el alto cielo resonaba la trompeta estridente de los elíseos furores, corcando[32] los himnos inmortales de Júpiter tonante, el dios de la guerra que con espantosa fruición aspiraba sonriente, con sus cárdenas y dilatadas fauces, el olor de la pólvora y las emanaciones de la sangre que manaba de los cuerpos agonizantes sobre aquellas cubiertas envueltas por el denso nublo de las grandes humaredas, que en imponentes bocanadas y relampagueos espeluznantes cubrían hombres y barcos, mar y cielo, dejando entrever de vez cuando y como entre veladuras de vaporosas gasas, los vagos colores de las banderas, los gloriosos símbolos y los puntos negros de las levantadas colas, orladas asimismo por los blancos humos de un vivo fuego de fusilería.

Los montes gigantes y los hondos valles sacudidos en su atmósfera por su estridorosa cacofonía, repetían, ora con broncas resonancias los primeros estruendos, ora con lejanos ecos débiles como las oquedades de las tumbas, la repercusión prolongada de las primeras resonancias, au-

31 Agudo y sin armonía.
32 Carcomiendo.

mentando más aun el tempestuoso fragor de aquel combate singular, produciéndonos un efecto de patología psicológica, excitando la nerviosidad, hasta que la mente exaltada acababa por ver visiones de las trágicas escenas de los días rojos de Salamina, de Trafalgar y de Lepanto, y adivinando en el hondo de aquellas opacidades de humo, las figuras heroicas de don Juan de Austria, de Churruca[33] y de Gravina[34], asfixiadas por la rabia y la disnea entre aquella densidad irrespirable, tan caldeada por el sol, la pólvora y el aturdimiento que producía aquel continuo tronar: el sonar de los clarines, las aladas voces de mando y las tremendas maldiciones deuteronómicas de una ira apocalíptica.

Y el combate seguía tenaz, formidable, sin que en lo más acerbo de la acción, se advirtieran síntomas [acomáticos], de decadencia en el rudo coraje.

El furor seguía a medida que los cañones bramaban horrendos como si Marte mismo lanzara el potente grito por aquellas negras bocas, vomitando hierro y humo a modo de tolvaneras infernales que se agigantaban y se hinchaban, esparciéndose luego, como un incienso colosal sobre aquella hegemonía cada vez más febril y electrizada por el sonar de los clarines, las voces fugitivas de jefes y oficiales, siempre animosas, siempre animadoras, en medio de aquel estruendo que repercutía a lo lejos como he dicho va con el rumor guerrero de la trompa de Astolfo[35], como el eco potente de la Patria, que exigía el holocausto sublime y heroico, para legar a la posteridad y a la leyenda nacional, un grandioso poema épico de alto ejemplo para las generaciones venideras.

---

33 Cosme Damián Churruca y Elorza, científico, marino y militar español que se destacó en Trafalgar.

34 Federico Carlos Gravina y Nápoli, marino español, también participó en Trafalgar.

35 Rey de los lombardos en el siglo VIII.

Monitor Huáscar en Talcahuano

V
EL PRIMER IMPACTO

Fuego a bordo

Como dije en el capítulo anterior, la Esmeralda al aproximarse el Huáscar había hecho proa a tierra quedándose muy cerca de aquella parte que llaman, o llamaban a la sazón, el carnal, buscando sin duda un lugar de poco fondo a fin de evitar los espolonazos del terrible Huáscar. A raíz de esta evolución se oyó un gran movimiento y ajetreo en el cuartel de artillería, y al rato venía a todo escape por las calles de la barriada del Norte, la batería rodada levantando la polvareda que puede cl lector imaginar, tratándose de aquel suelo siempre árido.

Aquella batería rodada iba hacia la orilla arrastrada a todo correr por sendas parejas de pingües y robustas mulas, arreadas sin cesar por los giros y cintarazos de machete que menudeaban más recios sobre los flancos y ancas de aquellos animales a cuya zaga seguían los bravos artilleros.

Muy pronto quedaron emplazados en batería aquellos cañones sobre la ancha loma del carnal. comenzando luego un fuego vivo y asaz molesto para la corbeta enemiga, y que, a juzgar por el movimiento y caída de algunos objetos al agua por el lado de estribor, hubo de ocasionarle gran daño y mortandad, máxime cuando se le disparaba desde tan cerca y con tanta seguridad, y tengo para mí, que la primera sangre que mojó aquella cubierta y entrepuente, fue causada por los disparos de tierra.

La espantosa tragedia llegaba ya al período agudo.

Ya desde este momento fatal, se abrían las fuentes del terror y de la compasión produciendo los grandes efectos trágicos e iniciales a cuyo volumen llegaremos gradualmente a través de espantosas escenas y heroicas peripecias.

Y desde este momento, las diez de la mañana, hora en que la Esmeralda apenas podía andar ni moverse sin duda

por averías en la máquina, comenzó a disparar también contra la batería del canal, en tanto que los rifleros de las colas contestaban así mismo la agresión de tierra con fuego graneado muy activo y certero.

Los fuegos de babor se concentraban al Huáscar que formando una perpendicular con la eslora de la Esmeralda, solo presentaba la acorazada proa, y por lo tanto muy poco blanco, en tanto que el Monitor tenía por blanco de su terrible cañón de proa, toda la línea de la desventurada corbeta, que con la batería de estribor repelía el ataque de tierral logrando matar algunas mulas y artilleros, amén de algunos heridos entre los que recuerdo al cabo Miró. Pero aquel fuego de tierra era tan certero y porfiado, que la Esmeralda hubo de hacer un esfuerzo, y se alejó de aquel terrible asesinadero apartándose más afuera, pero acercándose en cambio más hacia el Huáscar; de manera que apartándose de un peligro inmediato se aproximaba a otro macho mayor, ya que se ponía en condiciones de ser agredida por el terrible espolón de su adversario, cuyos efectos quiso evitar al aproximarse tan a tierra.

El conflicto dramático tomaba, pues, el lamentable volumen de su próxima intensidad.

Eran ya las diez de la mañana por filo, y el fragor del combate había cedido algo de su prístino tenor; la lucha había tornado un aspecto más metódico y regular.

Una majestad extraña se desprendía de aquella débil nave de madera, aureolada por la gloria con que la nimbaba el imponderable valor de sus heroicos tripulantes. Nuestra extática mirada la veía crecer y agigantarse, con una fascinación tal, que nos infundía un verdadero estupor tanto heroísmo y resistencia tanta, transportándonos a los épicos episodios cantados por Camoens[36] en sus brillantes estrofas

36 Luís Vaz de Camoens, poeta portugués del siglo XVI.

de los Lusiadas; y por momentos, pasando los límites de nuestro mundo real, nos mecíamos en los ideales infernales del Paraíso Perdido de Milton.

Éramos todo ojos para ver y todo oído para oír, en particular mi amigo don Marcos, cuya mirada parecía la de la gran esfinge, cuyos ojos la lanzaban a lo lejos con profunda intensidad de pensamiento.

En cuanto al cabo de matrícula Medrano que no callaba nunca exclamando, admirando, e interrogando a troche y moche, miraba con ojos de Glauco[37] siempre fijos en Guillón.

Y con ser que tanto nos despabilábamos para ver el resultado de los impactos del Huáscar sobre la Esmeralda no pudimos hasta ese momento de traslación satisfacer el deseo de nuestra natural curiosidad tan fuertemente intrigada; pues los disparos del peruano pasaban todos altos re-botando en los áridos cerros cuyos cuarzos enormes aglutinados por betún del tiempo y bruñidos por los constantes vientos alisios, brillaban velados de cuando en cuando por la rojiza polvareda que levantaban los enormes proyectiles de 300 libras.

El que esto narra hubo de observar esta rara circunstancia a los demás compañeros de mirador, y el bueno de Medrano, me replicó con mucho énfasis: «cuando el Huáscar no hace blanco es porque quiere la presa», dando cierta energía a la apódosis de su patriótica cláusula; yo a mi vez le repliqué discretamente con esta proposición lógica: «Luego Grau es generoso», y retintiné también el predicado

En este momento, diez y media de la mañana, sonó un enorme cañonazo del Huáscar y como si nos replicara volviendo por su crédito, acertó un terrible balazo a la Esmeralda por el lado de babor, saliendo con estruendo por el

37 Ser mitológico, hijo de Poseidón.

lado de estribor y atentando muchos objetos que no pudimos definir desde aquella distancia en que nos hallábamos, aumentada más, si cabe, por la perturbación de nuestro espíritu.

Luego una negra humareda nos dio a entender el comienzo de un incendio a bordo, que duro poco por haber sido sofocado, sin duda con oportunidad.

Un lejano ¡Hurra! y toques de cornetas claramente apercibidos nos anunciaban el enardecimiento de aquellos marinos cuyo animo crecía sincrónicamente con la inmensidad del peligro, y respirando aires de muerte y desolación, con el pensamiento puesto siempre en la patria, como si la patria exigiera tanto sacrificio inútil, y no se contentara con el heroico cumplimiento del deber, reservando aquellas vidas para otros días y otros momentos históricos más provechosos.

Los estragos de aquel acierto debieron ser espantosos, aterradores; pero desde este momento el combate toma nuevas energías y se traba de una manera más recia que nunca; aquello era un delirio de titanes. El Huáscar volvía a hacer un impacto, luego otro y otro... Ya los tiros no pasaban altos y daban casi todos en el blanco, haciendo destrozos y estragos horrendos. La sangre corría por los embornales y por sus charcos resbalaban los marinos que corrían de un lado para otro según relación que nos hacía después uno de los prisioneros, con lágrimas en los ojos.

La corneta tocaba a ataque sin cesar; aquella corneta no paraba; o el que la tocaba era inmortal o el instrumento era recogido por los sobrevivientes todos cornetas; a veces según las ráfagas de viento llegaban acentos lastimosos y gritos potentes que por la cadencia semejaban a los gritos de ¡¡Viva Chile!!, unos gritos que en aquellos instantes parecían solemnes voces funerales, trinos lastimeros solemni-

zados por el vago mugir del viento remedando quejidos de agonía.

Nosotros contemplábamos aquel milagro de valor con ese entusiasmo y tristeza a la vez, que suelen producir siempre los accidentes nerviosos en semejantes momentos, y poseídos de ese arrobamiento en que se sumerge el alma, llena del patriotismo de raza, si me puedo expresar así ante aquellos arranques y aquel tesón del atavismo celtibero, que operaba maravillas sobrehumanas, en aquellos barcos llenos con el alma de almogávares[38]; aquellos almas de acero que pasarían a la historia con los famosos nombres catalánicos de Grau y de Prat, y los cuales evocaban los amables recuerdos de aquellos fabulosos catalanes que hicieron temblar la Grecia con sus hazañas; y una grata memoria de los viriles acentos castellanos con que el inmortal Álvaro de Bazán[39] y el heroico Antonio de Oquendo[40] supieron inflamar tantas voces el corazón de aquellas valerosas marinerías que tanta gloria y llama tanta, habían de conquistar para los fastos de la historia de la raza más ilustre de la tierra: la raza menospreciadora de la muerte, la raza heroica en los combates, llena de viriles virtudes, con su natural siempre dispuesto al sacrificio y al martirio; la raza de los héroes del 21 de Mayo.

38 Puede traducirse como "altivo" u "orgulloso". Los almogávares fueron soldados sarracenos dedicados a la guerrilla y el espionaje.

39 Militar español del siglo XVI primero en utilizar la infantería de marina.

40 Militar español famoso por ser un gran organizador de sus buques. Se dice que participó en más de 100 batallas.

VI
EL CAPITAN DEL PUERTO VA A BORDO DEL HUÁSCAR Y ANUNCIA QUE NO HAY TORPEDOS

El primer espolonazo

La muerte de Prat

Decíamos que el combate había aumentado en proporciones, en rudeza y en magnitud trágica.

Así los impactos del Huáscar hacían estragos en e1 interior de aquel débil barco de madera donde se luchaba desesperadamente, con esa locura del sacrificio, de la hecatombe y sin esperanzas: a la manera que los cuatro barcos de Cervera[41] lucharon contra los diez y ocho acorazados *yankees*[42], confirmando una vez más cuán grande es el desprecio que siente por la vida nuestra raza singular, siempre que la patria se halle en peligro.

En este momento (las once y media) la Esmeralda lejos de izar bandera Blanca, para salvar tantas existencias preciosas, izó una nueva bandera de combate, y así, con la que ya flameaba en el pico de mesana, eran ya dos las izadas a fin de que flotara siempre una por lo menos en el caso probable de que una de ellas fuese arrancada por certero proyectil.

Nuestro asombro no tenía limite sereno, y nuestra imaginación se aturdía ante aquella ecuanimidad inalterablemente ruda. Además de las banderas nacionales en el pico de mesana, llevaba enarbolada aquella heroica corbeta la del jefe en el tope del propio mástil, la de guardia en el palo trinquete y como en todas las naves he guerra, un gallardete en el tope del palo mayor.

Y aquella bandera de jefe en el tope de mesana, había de ser la causa de la rota de la Fragata Independencia como veremos más adelante, en el epilogo crítico.

41 Pascual Cervera y Topete, almirante español, combatió contra los estadounidenses en Cuba, en 1898.

42 Así en el original.

Con la izada de la doble bandera, quiso demostrar el valiente Prat, que la bandera he Chile no se arriaba nunca y repetir con Méndez Nuñez que Chile quería mejor honra sin barcos, que barcos sin honra.

El Huáscar continuaba haciendo fuego acompasadamente sobre la Esmeralda con el potente cañón de la torre de proa, ora ciando un tanto, ora avanzando un poco y así con movimientos de lanzadera perezosa, incierto y receloso, hasta que de pronto vimos que se destacaba de tierra, un intrépido bote pintado de blanco perfectamente tripulado por ocho vigorosos remeros de ancho torso y robusto brazo que remaban con una energía insólita. En la popa del bote aquel tremolaba una bandera peruana, y al pie de la misma iba sentado junto al timonel el capitán del Puerto.

¿El bote bogaba hacia al Huáscar en ese momento, santo cielo, en que iba el señor Porras a bordo del Huáscar?

¿A que iba con noventa probabilidades de sucumbir contra diez probabilidades de buenaventura?

¡Ah! Porras era todo un hombre lleno de ese yo de las grandes situaciones; el yo infinito, la gran voluntad, ese orden moral de la fuerza determinante, la actividad esencial, regida por un sistema nervioso que tiene bajo su imperio las acciones reflejas, y que iba a darnos un espectáculo ad-mirable.

No bien acabamos de reflexionar de esta guisa, cuando una bala de setenta bien dirigida rozó muy cerca de la proa produciendo una aspersión tal, que el agua salto a bordo mojando a los primeros remeros.

Luego, otro disparo rasgando el aire cayó a tan poca distancia, que el bote clavó amedrentado los remos encima, en tanto que una inmensa exclamación de la multitud anhelante, resonó allá abajo, semejante a un ruido sordo de resaca de mar de fondo.

Y todas las almas, valga la sinécdoque, estaban en vilo, pendientes de la suerte de aquella aventura tan temeraria como inaudita.

Las balas que disparaban los rifleros de la corbeta enemiga salpicaban toda aquella superficie que rodeaba al bote de tal modo, que aquel burbujeo semejaba una lluvia de muerte.

Mi amigo Carrión, embargado por una emoción difícil de explicar, y todo él conmovido por un amor más profundo que el expresado en una égloga de Garcilaso, si por aquella embarcación, si por aquel hombre que la mandaba a cuya contemplación lloraba mudo como un sepulcro, como si le hubiera rozado el ala negra de Phobos[43], tembloroso como las hojas de un sauce, como el junco azotado por el viento, nos abrazaba sin poder articular una palabra.

Medrano, áspero de voz, de genio, de pelos, de cubos y de palabras, lo echaba todo a berrinche, profiriendo entusiastas interjecciones que daban salida y escape a rencores taciturnos, penosamente reprimidos.

La mar estaba algo picada y ligeramente rizada por un nordeste bastante fresco como siempre a la hora del mediodía en aquel trópico, con lo que dificultaba mucho la faena de aquellos lobos de mar, y por ende el bien andar de aquel mísero bote que cabeceaba hundiéndose y levantándose de popa y proa, y de ahí que aparecía y desaparecía, entre aquellas olas, y de ahí también, que las balas no impactaran tan fácilmente, virándose así, de que una de ellas le hundiera para siempre en el proceloso fondo.

¡Qué bella resultaba esa visión en aquella hora y en aquel momento supremo de una ansiedad extrema!

Todas las miradas parecían salirse de las orbitas; todo el mundo se empinaba, y en vilo contemplaba anheloso a

43 Personificación del horror en la mitología griega.

aquel puñado de bravos, suspendido el aliento, palpitante el corazón; y en un solo compás de angustia ante aquel motivo tan emocionante y tan estético si queréis.

Porras fue desde este momento una figura, un bello tipo de abnegación y un ejemplo de patriotismo digno de asombro.

Un cañonazo, luego otro, y mochas descargas a discreción, de fusilería, se asestaban al bote milagroso; pero éste boga que bogaras, omitía en su empeño, todo aquel ruido y todo aquel peligro, con toda el alma concentrada en su objetivo como los tipos dramáticos.

Y grandes saltos de agua lo cubrían, y grandes arredros le rodeaban asimismo hasta que por fin acercóse al Huáscar lo suficiente para ser oído, por el costado de estribor, en posición oblicua, sin percatarse al parecer de que en el aire que respiraba iba diluida la muerte.

A los 50 metros del Huáscar vimos erguirse de pie sobre la popa de aquel bote, la figura gallarda y bravía del capitán del Puerto, semejante a un sacerdote troyano con los brazos levantados en actitud de gritar.

En el castillo de popa del monitor, la silueta obscura y maciza del Contralmirante Grau destacándose sobre el fondo de un celaje despejado, con actitud romana, con un gesto a lo Zamacois, luciendo cortas patinas ferrolanas correspondió a la mímica de Porras con muy visibles ademanes y saludándole luego con un blanco pañuelo en la mano derecha, descendió precipitadamente.

«¡¡Mi comandanteeee...!! ¡¡No hay torpedos!!»

Tal era el grito que había lanzado el señor Porras.

«¡¡Eso temía yo!!» gritó a su vez el Comandante del Huáscar.

E inmediatamente después de esas vehementes exclamaciones, y algunas frases más cambiadas con la precipi-

tación de aquellas circunstancias, el bote viraba hacia tierra con su banderita a popa, tremolando como un escarnio, corriendo aceleradamente empujado por las olas que habían de vararle en la playa del tiburón. Aquel regreso era una nueva proeza muy erizada de peligros y contratiempos, si bien esta vez corría a más correr impelido por las espumosas olas y el favorable viento de popa.

El señor Porras llegó a tierra sano y salvo, y bien pronto viose rodeado de una multitud de gentes que le admiraba.

Eran las doce del día más o menos cuando el Huáscar dio casi todo el andar a su potente maquina dirigiendo su poderoso espolón perpendicular al costado de la casi inmóvil corbeta, sobre la cual se lanzó como un león furioso, como un botavante infernal llevando el siniestro propósito del exterminio.

El momento era solemne... de recogimiento, de expectación indecible, de angustia dolorosa ante la idea de un inciso trágico, visto por vez primera.

¡¡Jesús!! murmuró unánimemente la multitud con ese acento piadoso de las almas cristianas.

¡¡Viva el Perú!! gritó otra multitud más viril con el sentimiento anestesiado por el patriotismo ardiente, esa pasión ciega que tan fieramente encruelece el corazón de las multitudes.

El Huáscar acababa de asestar un horrendo espolonazo a la Esmeralda que, a pesar de un gran esfuerzo, no pudo esquivar del todo el tremendo choque recibiéndole por el lado de popa remeciendo con estrépito a su enemiga y en medio de una humareda inmensa, pues momentos antes del feroz encuentro, la Esmeralda concentró la puntería de todos sus cañones de babor al Huáscar, hízole una descarga infernal al mismo tiempo que los rifleros de las colas no cesaban de tirar a la cubierta del monstruo que tenían a sus

pies, por el lado de popa.

En el mismo momento del espantoso choque viose a un gallardo oficial que, espada en mano, brillante como una centella, saltaba desde el castillo de popa sobre el lomo de aquel Proteo del mar, haciendo flotar en el aire los faldones de su marcial levita, elegantemente ceñida sobre el arrogante cuerpo.

Detrás de él saltó otro hombre, como él denodado, y como él, decidido. Y ninguno más.

El Huáscar mandó atrás rápidamente y se desprendió, evitando así más asaltos.

Los que habían abordado al monitor eran el Comandante Arturo Prat, y un sargento, el único hombre que tenía a su vera el intrépido comandante cuando dio el grito de ¡¡Al abordaje!!

Aquella decisión había sido repentina, y lo que parece sin plan previo, y como quiera que con el tronar de la artillería no fuese oído, saltó casi solo el valiente Jefe de la Esmeralda.

Así fue como aquel bravo marino dio el salto de Martos cayendo sobre la cubierta del Huáscar, pálido como un lirio, y se dirigió espada en mano, con paso firme y seguro, con la mirada fija e intensa, hacia la torre del comandante; avanzó unos cuantos pasos, y a poco recibió un mortal balazo en la frente, sobre la ceja izquierda, y cayó sin vida aquel extraordinario superhombre, que quiso acabar heroicamente sobre la cubierta del bajel enemigo, donde obtuvo el tributo de admiración qua el valor épico impone al adversario justiciero.

El sargento que había saltado con él, recibió un balazo en el momento de poner el pie en el baupres para seguir a su perínclito jefe, al poner la mano sobre la cubierta enemiga, otro balazo le derribó y se inclinó entonces sentán-

dose en un cabo adujado junto a la bita. Allí le alcanzaron nuevos balazos, que recibía perjurando y musitando frases ininteligibles.

Así murió aquel marinero fiel a su insigne jefe.

Para describir aquel lance, para pintar con todo el vigor de tonos calientes aquella tragedia espantosa de estrago y hecatombe, en un escenario colocado entre el mar y el cielo, sería preciso todo el numen de Eurípides, lleno de la inspiración siniestra que produjo e1 drama de Cíclope y la tragedia de Hécuba, pues al mismo tiempo que el Huáscar daba el terrible espolonazo, disparó sobre la Esmeralda dos horribles cañonazos a boca de jarro, causando en el entrepuente tan grandes estragos, que la inmutación de Josefat ante la hecatombe de Los ejércitos de Amon y Moab, creo no tendría por adición el escalofrió que debió producir en el ánimo de los camaradas sobrevivientes en aquella nave sin gobierno que flotaba como la boya de la desventura sobre el amargo mar de las costas enemigas, cubierta de miembros dispersos, montones de carne amorfa, sesos sanguinolentos apelmazados en las muras, entrañas desparramadas por doquier, y por doquiera ayes de agonía, mezclados con las interjecciones de los que allí luchaban; lamentos desgarradores al compás de vivas atronadores: rabia y dolor, pena y coraje, el disloque total, el fin, el delirio del sacrificio y la Santa, la noble idea de la patria bendita, por todo y sobre todo.

¡¡Y sin embargo!! Al retirarse el Huáscar, aquella gente acudía de nuevo a los cañones que aún quedaban montados y rompía el fuego con una viveza endemoniada; a pesar de que aquellos proyectiles se habían de estrellar inofensivos sobre la escama invulnerable de aquel Leviatán de acero.

Como lo que pasaba rebasaba las lindes de lo sobrenatural, como lo que se veía era incomprensible; al admirar-

nos nosotros de tanto valor y heroicidad tanta, el bueno de Medrano hubo de exclamar, «¡Claro! como que les han emborrachado, y no saben lo que se pescan, el alcohol los tiene enardecidos».

Oír aquello y oír una blasfemia monstruosa, todo fue lo mismo para mí.

Si: el bueno de Medrano no podía explicarse, sugestionado por sus rencores torsos, la verdadera para causa de tanto valor suicida, sino como una consecuencia de este estado patológico de la embriaguez en que queda abolida toda la libertad moral del hombre, subsistiendo en pie la bestia con todos sus feroces instintos.

¡¡Ah!... si... si... estaban ebrios aquellos héroes... estaban ebrios aquellos gigantes!!

Era la embriaguez de la patria, la embriaguez del dolor y de la ira, la embriaguez del coraje que entona y exhalara el corazón de los patriotas a quienes no ha pasmado la fría escarcha del ferrismo ácrata[44].

Aquellos marinos se habían mareado a fuer de acratópalos del néctar de la gloria.

Se habían emborrachado de tanto vivar a su adorado Chile, que también en el ambiente de los combates aspirando olor de pólvora y la sangre entre el fragor de la lucha y el gritar constante se producen situaciones patológicas creadoras de los grandes genios de la guerra.

44 Se refiere a un tipo de anarquía cercana al nihilismo.

Proa y espolón del Huáscar

VII
EL SEGUNDO ESPOLONAZO

Muerte heroica de Serrano

Una corneta histórica

Después del primer espolonazo, el Huáscar se retiró a tomar nuevamente altura mientras que unos cuantos marinos levantaron a los cadáveres yacentes, en media cubierta el uno, y junto a la bita el otro, para colocarlos debajo del bauprés[45] donde permanecieron hasta el final de aquel empeñoso y horrible combate.

A todo esto, era ya la una de la tarde y la necesidad de alimento comenzó a hacerse sentir con un hambre atroz, rayana en manducia y con una sed desesperante cercana a la anadipsia y, por lo tanto, hurgados por el deseo de calmar el reclamo doloroso, cada vez más agudo, del nervio neurogástrico que es el trasmisor más enérgico de la carpanta, descendimos, corriendo para no perder tiempo, cada uno por su lado, en busca de manjares, fiambres. Al rato, regresamos trayendo cada cual lo que había podido conseguir. Por mi parte contribuí con un sabroso salchichón comprado en el almacén de Ferrari, un bizarro milanés que no abandonaba jamás el mostacho y la perilla de su villa militar pretérita: pues era Ferrari un veterano que había mordido muchos cartuchos rechazando a los croatas de las feraces campiñas lombardas, y de los celestes lagos venecianos, un veterano que había tenido la gloria de contribuir a la liberación de ciudades tan patriotas como Verona y Mantua; un buen amigo, en fin, que defiriendo amablemente a mis deseos, diome, además, dos botellas de Monferrant, amén de algunos bizcochos duros como pelacillas[46] de arroyo, y así, cada cual aportó lo que buenamente pudo haber, para

45 Palo de proa de un velero.
46 Piedras pequeñas.

hacer lo más opípara posible aquella frugal colación.

Don Marcos aparecióse con una botella de agua de Vichi y algunas latas de sardinas. Carrión con unos cuantos tarros de conservas, y el infatigable Medrano, que vino en compañía de Narváez, se nos apareció con una fuente de fruta de sartén, galletas de barco y una ancha garrafa de chicha, que le había proporcionado La Chalaca, una comadre tan gruesa y narria como de buenas barbas, dueña de una chicheria en decadencia.

¿Narváez? Quien es este nuevo personaje, dirá el lector.

Pues Narváez, el nuevo compañero o camarada, era paisano de don Marcos Aguirre y, por lo tanto, ecuatoriano, al parecer de la casta de los cavas, natural de Santa Elena, alma de las remoliendas, mono, alegre y decididor que tañía una vihuela como un Basilio y cantaba como una calandria constipada y bebía de lo bueno, cuando lo malo no era peor. Luego sentados todos juntos, sin distinciones, categorías ni cumplimientos, quien en cuclillas, quien, apoyando muslos e isquiones en el duro suelo, con las piernas en cruz, comenzamos a devorar más que a comer aquellas conservas y demás manjares amontonados a roso, y que nos sabían a gloria; tal era la gazuza.

Medrano había dado tregua a la garrulería y comía con tal afán y afición tanta, que, si al buey Behemot[47] apostado hubiera, al buey hubiera ganado; allí no se oían más rumores, que el rechinar de dientes y el crujir de muelas, pasando desapercibidos los truenos de los cañonazos, abstraídos en aquel escanciar de chicha, de vino, de Vichi, según los gustos y en aquel abrir de tarros y tajar de pan zoquete.

Pronto dimos a fin aquel improvisado almuerzo, para continuar en la contemplación del combate cuya trágica suerte nos tenía tan intrigados.

47 Bestia mencionada en el libro de Job para señalar algo extremadamente grande y poderoso.

El retumbar del cañón continuaba.

Y la corneta, sin mar, al ataque iba tocando.

Nos levantamos, y allí estaba el Huáscar, disponiéndose a caer nuevamente sobre la ya insostenible Esmeralda que tampoco cesaba de hacer fuego.

Allí, a lo lejos, ya muy lejos, se veía a la Covadonga y a la Independencia, aquella perdida entre las sinuosidades de la costa que recorría, adivinada solo por la humareda, y ésta, navegando por la vuelta de fuera majestuosa e imponente, haciendo proa a Punta Gruesa en línea de atajo. Condell y Moore, frente a frente, el uno disponiendo solo de los cañones de a 88, y el otro de los de a 300, ocho de a 150, y 18 de a 70, de donde resultaba una desproporción inmensa.

La Covadonga era una pequeña goleta de madera, y la Independencia una gran fragata acorazada.

Dejémoslas en aquella lontananza, alejándose calla vez más, hasta que las negras siluetas a través de las brumas vayan tomando el tono gris y borroso de la distancia.

El reloj público señalaba ya las doce y cuarenta minutos cuando el Huáscar, a una corta distancia de 300 metros, más o menos, continuaba disparando sobre la desventurada corbeta causándole inmensas y dolorosas bajas, con las formidables granadas, esperando, al parecer, que la Esmeralda izaría la bandera blanca de rendición, ya que era muy importante la presa, aunque fuera inútil el trofeo.

Pero, la corneta sin cesar, al ataque iba tocando.

Aquella corneta que tocaba con la misma tenacidad que la corneta del Bruch, decía claramente que no había allí almas para la rendición.

Por fin, el formidable monitor que hacia fuego en posición oblicua, enderezó su proa perpendicularmente al enemigo agonizante, en tanto que este quiso gobernar sin lograrlo, moviendo apenas la hélice que se negaba a las re-

voluciones, y por lo tanto sin poder esquivar el nuevo espolonazo que le amenazaba y que ¡ay! había de producir nuevos y mayores estragos.

Pero, la corneta sin cesar al ataque iba tocando.

Esta vez la expectación era de ansiedad extraordinaria. El golpe de la tremenda embestida sería reciamente asestado, en todo el centro de la nave chilena inmóvil y, en consecuencia, más formidable y desastroso que el primero.

A bordo de la víctima se notaba mucho ajetreo, mucho movimiento y mucha zozobra, ante la proximidad de un trance desesperado que requería una resolución pronta y enérgica.

Y aquella heroica tripulación decidióse inmediatamente el abordaje en el momento conjuntivo, y se alistaron rezones, o sea, pequeñas anclas, y cuanto objeto uncinado[48] había a la mano, para grapar al monstruo y asaltarlo, en tanto que la corneta, sin cesar, al ataque iba tocando.

El aire estaba poblado de ayes; un sudor de angustia corría por todas las frentes; el mar se retorcía en quejumbrosas olas, y el viento con una onomatopeya muy lastimera, remedaba lejanos quejidos, tan melancólicos y dolientes que por influencia de una simpatía dolorosa hacían rodar lágrimas en muchas mejillas.

La Esmeralda flotaba entre un mar de sangre y un mar de sal.

Pero la corneta sin cesar, al ataque iba tocando.

El Huáscar, semejante a un toro bravío, que patea, escarba la tierra, sacude el testuz y brama, arremetió briosamente con todo el andar de su poderosa máquina... y... ¡Gran Dios!... El segundo choque ha sido cruel, espantoso: las cuadernas crujieron, estremecióse todo el barco, y una gran socollada lo puso en peligro de vuelco; en tanto que

48 Término médico referido a huesos que sobresalen. En este caso puede entenderse como objetos que estaban a mano.

recibía dos terribles cañonazos, que sembraron la desolación y la muerte en todo el entrepuente.

¡¡¡Al abordaje, muchachos!!! grita un valiente oficial, trepado en la mura, como el símbolo de la venganza rodeado de humo e iluminado por el rojizo resplandor de Los cañones.

¡¡Al abordaje!! repitió, desprendiéndose del estay en que se afirmaba, y saltando sobre el castillo de proa del peruano, seguido de catorce o quince leones a quienes llamaba muchachos, recorrió algo perplejo la cubierta del barco enemigo, y allí, al pie de la torre, murió el intrépido Serrano, el segundo de la Esmeralda, barrido por la metralla con todos los que le siguieron.

Aquellos bravos a poco de batirse en la cubierta enemiga habían quedado sin cartuchos unos, otros muertos desde el primer momento, y solo restaban unos cinco o seis, que fueron barridos a su vez, con las ametralladoras de popa.

Grau había previsto el segundo asalto que temía más numeroso, hizo un gran esfuerzo para desprenderse de la nave enemiga, ciando con todo el vigoroso poder de la máquina.

Nosotros pudimos ver algunos de aquellos asaltantes a naves de la humareda que lo envolvía todo, y quienes pocos momentos después, morían con el grito de ¡Viva Chile! helado en los labios.

Este segundo espolonazo fue inexorablemente fatal y desgraciado, traspasando los límites de lo previsto, en cuanto se refiere a la crueldad, ya que, ontológicamente hablando, no había porqué soñar en bondades ni en contemplaciones incongruentes y fuera de Lugar.

Aquel mísero barco comenzó a hacer agua por la proa, anegándose rápidamente la Santa Bárbara y apagándose también las calderas de la máquina. El buque quedaba,

pues, inmóvil y en aquella inmovilidad, se elaboraba la inmortalidad a la manera que se elaboró la filosofía con la in-movilidad de Thales[49].

Sobre aquella cubierta quedaban ya muy pocos defensores, y a pesar de esto, aún tronaba el cañón.

Y la corneta, sin cesar, el ataque iba tocando.

Inmediatamente subió toda la gente de los pañoles, de la Santa Bárbara y de las máquinas, dando aviso de la inundación; pero aquellos avisos quedaron espantosamente cortados por el estrago fragoroso de una nueva granada que barrió a toda la gente que estaba al lado de las escotillas, haciéndoles desaparecer con horripilante mutilación.

Luego hubo un momento de silencio sepulcral, y rumores vagos como el de las oquedades de las rumbas... y luego, la corneta, sin cesar, al ataque siguió tocando.

Y el ronco cañón tronó de nuevo, con un fuego tenaz y delirante.

Aquellos sobrevivientes seguían luchando sin que les infundiera pavura la espantosa carnicería que embarazaba su guerrera faena.

Aquel abordaje había fallado y Serrano, como Flavio, no pudo enderezar con el sacrificio el día nefasto.

La abnegación de Régulo[50] renunciando a todo, menos a la muerte.

Porque la muerte era la portada brillante de su historia.

Pero la Esmeralda no se rendía, dentro de aquel casco estaba el alma de Chile, y Chile no se rinde, porque es pueblo que sabe morir.

La adversidad que fortifica a las grandes almas, hur-

49 Tales de Mileto, filósofo, matemático, geómetra y legislador griego que vivió entre los siglos VII y VI a. C. Atribuye al agua el origen de la vida.

50 Romano cautivo de los cartagineses se le envió como embajada con la promesa de volver si fallaba. Régulo promovió la guerra contra Cartago, pero cumplió su palabra, regresando y le dieron muerte.

gaba más que abatía a aquellos hombres apocalípticos de cuyos pechos salían vibrando los rayos del coraje homérico.

Eran como las furias siniestras de la mitología morávica[51]. La sangre y los ayes del caído los enfurecía de un modo terrible.

Y de ahí que se luchara a un modo tan bravío tenaz, sin esperanza alguna.

Todo aquello era increíble: aquellos marinos parecían hombres bajados de otro planeta.

La misma aflicción que ablandaba nuestras almas anegadas de ternura infinita, inclinadas a la piedad, era la aflicción que enardecía a aquellos inmortales, aureolados de una grandeza cada vez más admirable.

Y allí donde suponíamos tanto estrago y penuria tanta, se oía a la corneta que, sin cesar, al ataque iba tocando. Al fin un rumor extraño llegaba hasta tierra; era un rumor confuso y conmovedor, algo de las notas agudas de ayes lastimeros; tonos robustos de bramidos, ululatos feroces, alaridos de rabia, un conjunto extraño, el himno del frenesí de los que cantaban a la patria con la muerte en la garganta.

A mí me hizo sentir un temblor nuevo, como diría Víctor Hugo, hablando de Baudelaire.

La agonía de aquella nave era larga y penosa, corno suele ser siempre, el último trance de una vida gloriosa.

Aquel barco era para nosotros algo más que una obra de calafates; pues había tornado las proporciones de un ser heroico, y aquella situación desesperada corno el primer período de una muerte preternatural, el conflicto entre los afectos mortales de la lesión, y el remanente de energía, uti-lizable, corno función viva; y eran sus últimos clamores aquella corneta que, sin cesar, al ataque iba tocando.

¡Ay sí! Aquella Esmeralda, aquel buque que llevaba el

51 Probablemente se refiere a la mitología de la región de Moravia, actual República Checa.

nombre de una piedra preciosa consagrada al mes de mayo por la mitología, iba a sucumbir: su movimiento se había paralizado y flotaba como una cuba enorme sobre la ancha llanura del mar sin acción ni gobierno, a merced del viento, de las olas y de la furia implacable de un monstruo que la acometía con rabia inaudita, escupiendo hierro mortífero, y dándole bruscas y destructoras embestidas, sosteniéndose como un milagro.

Y como un milagro, la corneta, sin cesar, al ataque iba tocando.

Tocando, tocando, la incansable corneta, dejaba oír su bélico sonido, en aquel sepulcro flotante donde parecía más una la sonata fúnebre de Gounod. El roncar del cañón continuaba con ira apocalíptica, escribiendo con eternos caracteres de sangre y fuego, el prefacio de una historia de rencores seculares.

El Huáscar, que se había retirado para volver con su tercer espolonazo, disparó una certera granada, con que mutiló horriblemente al joven oficial Riquelme y a varios marinos que se hallaban sirviendo las pocas piezas que quedaban útiles.

Aquel conflicto trágico era ya tan insoluble como el conflicto de la vida.

¡Pero, la eterna corneta, sin cesar, al ataque iba tocando!

Torre artillada del Huáscar

VIII
LA TERCERA EMBESTIDA

Hundimiento glorioso de la Esmeralda

Los náufragos

Como iba diciendo, sobre la cubierta quedaban muy pocos hombres, entre los cuales mencionaré al Teniente Zegers R., que lleno de aquella genial embriaguez de gloria y sacrificio, exasperado y casi [oulótico], con la idea siempre fija en la Patria, les animaba con una imperturbabilidad sublime.

Y resonaron cuatro cañonazos de los que aún tenían saquetes disponibles, siguiendo otros, sino para causar daño al enemigo (que no lo causaba) a lo menos para sostener hasta el último trance la consigna de mantener la bandera bloqueadora.

Los mismos heridos que no podían tenerse de pie, se arrastraban y bregaban, para acudir a las piezas, sin reparar en que iban desangrándose poco a poco a hilos y a dojos manando de sus heridas, abstraídos por la excitación y el coraje, y más que todo, por el cumplimiento íntegro de la Ley dramática referida al acto moral supremo, esa ley que tiene siempre como derivación y premio, el dolor también íntegro y supremo.

Y la corneta, sin cesar, al ataque iba tocando.

Era la una y minutos de la tarde cuando el Huáscar, lanzando al espacio densas negras columnas de humo, daba a entender que avivaba el fuego de sus entrañas, y luego... luego, arremetió nuevamente a toda máquina sacudiendo y flotando al aire la negra melena de la absurda humareda haciendo así más siniestra aquella espantosa acometividad del duro adversario encendido en iras y sañas infernales, que corría como empujado por un destino fatal.

Ya se acerca... la negra humareda serpentea, se hincha

y se dilata como inmenso crespón envolviendo al barco trepidante y a la bandera tremolante con el terrible espolón –!!!Ya llega!!! ¡¡Ahaa!!... la exclamación lastimera diluida en el aire con el rumor de las olas al reventar en la playa, se apercibió como un lamento funeral, sordo y vago, como el suspiro de un titán atormentado.

¡¡Hurraa!! ¡¡Viva el Perú!! y una nueva gritería inmensa a lo largo de la costa era resonada en miradores y azoteas en tanto que el tronar del cañón anunciaba el juicio final.

Este tercer espolonazo fue aún más terrible que los anteriores, ya que esa vez con empeño del fin y remate, hizo disparar al Huáscar más cañonazos a boca de jarro, penetrando una de sus terribles granadas por babor bajo la toldilla y destrozando, mutilando y esparciendo con espantosa carnicería a cuantos halló a su paso devastador.

Cuentan que en aquel lugar se hallaban muchos niños de doce a catorce años, todos ayudantes de timonel y bitácora de los cuales quedaron muy pocos vivos, pero horriblemente mutilados cuyos alaridos hubieron de hacer estremecer al mismo acorazado que comenzó a retroceder como espantado de su obra estragosa. ¡¡Pobres niños!! ¡¡Cuantas ternuras y cuantas ilusiones tronchadas!! ¡¡Cuantas esperanzas habían sacrificado a la Patria de sus amores, a la tierra de sus recuerdos idealizada en aquella bandera que les sostenía, en aquella estrella que guardaba aún, el perfume inefable del olor de madre!!

El Cabo de guarnición Reyes que había visto caer muerto al admirable corneta, la recogió del suelo, y con una firmeza delirante llevó el instrumento bélico a la boca, para que se continuara el combate hasta el último triste momento.

Y la corneta, sin cesar, al ataque siguió tocando.

¡Como! Rodeado de los cadáveres de los ingenieros

Musilla, Manterola y Gutiérrez, que habían subido de la inundada máquina, con los mecánicos Torres y Jaramillo, el sangrador. El maestro de víveres, el despensero, dos carpinteros y otros infelices más, todos destrozados por una de aquellas funestas granadas, salvándose solo Segura por un milagro providencial. También fueron destrozados por esta fatídica granada diez pobres heridos que se hallaban, acostados, después de haber recibido la primera curación.

El buque se hundía... se hundía rápidamente de proa ¡¡y sin embargo!! todo el mundo permanecía en sus puestos, y los cañones no cesaban de disparar.

El cabo Reyes, de pie sobre aquel montón de cadáveres ensangrentados seguía tocando sin cesar, pero vino por fin otra maldita granada y le decapitó, y cayó examine, sobre el fúnebre montón de camaradas.

Y aquella corneta famosa, que había tornado las proporciones fabulosas de una trompa gala, lanzó un postrer sonido, agudo como un suspiro resonante de Astolfo.

Y la corbeta moribunda, quedó en un silencio profundo, triste y sombrío, como el desenlace trágico.

Thetis inventó la tragedia, engrandeciola Esquilo, y la Esmeralda la sublimizó.

En ese instante la corbeta hizo un majestuoso movimiento de oscilación, se inclinó un poco sobre estribor y la proa desapareció bajo el agua levantándose mucho de popa. Aquella cubierta formó un plano inclinado de 22 grados más o menos, en el cual es difícil de sostenerse un hombre en pie y, sin embargo, aquellos héroes, aquellos he-ridos arrastrándose por medio de una gimnasia misteriosa, disparaban las piezas a medida que se iban sumergiendo.

Cuando el buque iba a desaparecer disparó todavía el ultimo cañón de popa al grito de ¡¡Viva Chile!! en tanto que, de pie sobre la toldilla un grupo de oficiales sobrevivientes,

permanecían erguidos, esperando con admirable estoicismo el ultimo trance, aquel grupo de dioses se elevó hacia el cielo un momento, y descendió luego junto con la nave que se hundía a sus pies y se los tragó la mar apagando con burbujas el grito postrero a la Patria... Al relatarlo se me paran otra vez los cabellos. ¡¡Cuánta grandeza!!

El casco había desaparecido ya de la superficie y seguían disparando aún los rifleros de las colas a medida que iban descendiendo cabe el profundo piélago. Aquella temeridad ibérica que tanto había asombrado a los romanos, se repetía en el nuevo mundo.

Y se hundieron por fin las colas: luego las banderas... después... después nada.

Y sobre la superficie fría quedaron flotando muchos cuerpos; oscilando a la manera que oscilarían las negras flores de ancho cementerio; grupos de cabezas, que se mecían lúgubremente y que al rozar del viento de la tarde parecía que estaban maldiciendo.

El monstruo, quedóse parado a poca distancia dilatando sus negras fauces, y aspirando aquella atmósfera saturada de clamores y poblada de aves.

Las campanas de la ciudad no tocaban a muerto... con acentos plañideros. Las campanas de la ciudad repicaban alegremente, y en los cuarteles tocaban regocijantes (lianas) en señal de victoria. Yo confieso que aquel repiqueteo, me parecía triste y me afectó, tan hondamente, que hube de recordar aquellas poéticas frases de Walpole:

«They may ring their ne bell, but they will ring theirs hands later»[52].

Y aquellas cornetas, en la famosa exclamación de Breno[53]: ¡Ay de los vencidos!

52 «Pueden sonar sus campanas, pero sonarán sus manos más tarde».
53 Bárbaro galo que saqueó Roma en el siglo IV.

Todo aquello era prematuro ya que el combate no había terminado todavía, puesto que faltaba el desenlace de Punta Gruesa; además todo aquello no era más que el primer capítulo de la historia de un drama.

No has que olvidar que aquel viva grandioso y postrero de La Esmeralda había de dar mucho de sí, como vulgarmente se dice: fue un viva lanzado en uno de los momentos más solemnes de la historia; fue un viva que debió resonar en el gran corazón de Chile, un eco de olimpiada semejante al grito de jónicos guerreros, un reflejo de ese admirable espíritu nacional chileno, cuya regla absoluta es el patriotismo con la más alta expresión del concepto, ese sentimiento hondo y grande a la vez, que se llama Segundo Gerona, Zaragoza y Santiago, y que lleva el alma de todos los ciudadanos, modelada en el tipo inmortal de Pelayo y Caupolicán.

El Huáscar arrió inmediatamente los botes, tan luego como hubo desaparecido en el fondo del mar su heroica rival y comenzó la noble tarea de recoger aquellos náufragos que nadaban hacia tierra los unos y con dirección incierta los otros, aturdidos aún por la casi asfixia que habían padecido arrastrados hacia el fondo de la mar por la poderosa y terrible succión de la pavorosa gorga en que fueron absorbidos en confuso remolino aquellos desventurados al hundirse juntamente con su amada corbeta, a lo que hay que unir la adversidad de un ayuno absoluto y la angustia de tanta adversidad, con mucha tribulación en e1 espíritu después de tantas emociones, en esa mezcla confusa de esperanzas, de ensueños y de temores, en esa alternativa pasional de decepciones incruentas.

Eran, ya las tres de la tarde. Todo había enmudecido, todo era silencio y aplanamiento todo, en aquella glauca llanura del mar inmenso, mudo como una desolación y por los aires hendiendo el espacio tibio y triste, calladas banda-

das de tristes alcatraces y gaviotas, si grises como la añoranza, si blancas como jirones de sudario.

Aquella escena silenciosa vista desde la ori11a, era fuertemente conmovedora, y una dolorosa sensación de misericordia, ponía nuestra carne como de gallina. Tal era la profunda pena que producía aquel cuadro iluminado por los lánguidos rayos oblicuos de un sol que iba palideciendo a medida que se iba hundiendo lento y gravemente. Cabe el ocaso, tiñendo aquellas aguas con los fulgores melancólicos del atardecer, las luces se descomponían débilmente en las amplias facetas de las ondas cabrioladas con blancas y rizadas crestas, de débiles rompientes que murmuraban quejidos tristes como las penosas églogas de Tibulo y de Propercio[54].

Yo contemplaba aquella inmensa sepultura liquida con la intensa compasión del samaritano del Evangelio, con la gran ternura de las almas jóvenes y generosas, naturalmente abiertas siempre a la piedad.

La idea tétrica fingía algo del juicio de los muertos de los egipcios, pero algo más grave, algo más solemne, como la idea de una sepultura vasta, muy vasta, una sepultura que ondulaba, como si los muertos penaran dentro, un campo santo terrible cuya superficie palpitaba como si en el fondo gimieran todos los dolores de un pueblo, en secreta armonía con la pena nuestra, como si la agitaran los retorcimientos de un gigantesco Laocoonte[55] en los momentos más terribles de la convulsión dolorosa, abultando sus músculos atléticos y produciendo oscilaciones colosales en la intensidad del líquido sudario.

¡Ah! Allí, en aquellas profundidades, yacían privados de honras fúnebres aquellos que tanta honra habían con-

54 Poetas líricos latinos del siglo I.

55 Sacerdote troyano atacado él y sus hijos por serpientes enviadas por Apolo y Poseidón, porque iba a destruir el Caballo de Troya.

quistado para su Patria, ya sin flores que deshojar sobre la mortuoria superficie: de aquellos mártires que habían obtenido tantos laureles para su nación.

Durante el fragor tonante del combate habían zumbado en mis oídos, rumores heroicos, semejantes a los cantos helénicos de la epopeya, valientes como las robustas rotas de una jota aragonesa tan semejantes en algunos motivos a los himnos jónicos, pero después, ¡oh! después se apoderó de mí una tristeza plasmante, una tristeza honda, muy honda, al contemplar aquel mar; y aquellos botes silenciosos, en la hora solemne del Angelus durante una puesta de sol de moribundas luces, recogiendo náufragos, sin apercibirse un rumor y en medio de una soledad heladora, allá a un lado, la mole negra de aquel barco cubierto de hierro como un guerrero de la antigüedad, esfumándose como un remordimiento entre las brumas de las primeras sombras crepusculares.

La débil brisa fantaseaba en mis oídos simulaciones de ayes y lamentos, que zumbaban vagos muy vagos, y me parecía oír allá lejos, y como del fondo de un abismo, o como flotando por el ancho espacio, el tono grave y plañidero, de las cantaoras andaluzas, ese tono lleno de respeto al misterio que bajo la música duerme. Y los oídos me zumbaban con rumores tristes, muy tristes, a veces muy vagos, semejantes a los que produce la concavidad de un caracol de mar aplicado a la oreja; y a veces claros como la canción llena de melancolía insondable, ese algo grandioso que produce el llanto. Sí, yo sentí anhelos y ansias de cantos funerales; vehemencias de tristezas derramadas por la garganta misteriosa de lánguida gitana inclinada con los grandes ojos negros como la pena, entreabiertos y de conmoverme con sus aullidos de lobo, con aquellos ayes lastimeros que sorprenden y desgarran, aquellos adagios que tanto tristeza

oriental encierran y que recuerdan el sonido conmovedor de los oboes, y los tiernos falsetes de los mausines de la Arabia.

Yo hubiera querido oír junto a mí, durante aquel éxtasis de amarga contemplación, y en aquella hora solemne de los vagos crepúsculos, el grito de profunda desolación de la cantaora sevillana al través de la inocencia de sus imágenes, repitiendo el tormento de amar y de morir.

Después, llorar, y con el llanto desahogar toda la pena que se había acumulado en mi alma durante diez horas de profundas emociones.

……..

¿Y qué sucedía por el lado del Sur en tanto que la Esmeralda se hundía?

Combate naval de Punta gruesa

IX
TERRIBLE FIN DE LA INDEPENDENCIA

La escena trágica de Punta Gruesa

Ya comenzaba a obscurecer y las primeras brumas de la noche opacaban el horizonte por occidente cuando desembarcaban a los náufragos en calidad de prisioneros de guerra con las ropas mojadas aún, y todos ellos asidos por el sufrimiento, pero con el ánimo muy entero.

Los oficiales fueron inmediatamente instalados en el deposito bomba «Iquique» N° 1 merced a las nobles gestiones del señor don Marcos Aguirre, a quien ayudamos en el arreglo precipitado, el que esto refiere, un señor Chi-chilla, español, Ucles Arturo y Aurelio Valverde, contador de la casa Adolfo ligarte y Cía., estos últimos guayaquileños como el señor Aguirre.

Instalados ya los señores oficiales, entre los que recuerdo a un simpático joven Vicente Zegers, me dirigí al muelle nuevamente, y vi que subían a la marinería al piso alto de la Aduana. A la vera de este edificio y en varias plataformas yacían los cadáveres, entre los cuales, vi a dos oficiales.

El uno era Arturo Prat y el otro el valiente Serrano. AI primero le reconocí al instante pues era el mismo que me preguntó por la dirección de la prefectura, en la tarde del 5 de abril, cuando saltó a tierra para notificar el bloqueo de aquella plaza.

Entre los muchos espectadores tenía yo a mi lado a un amable Capitán Poblete del batallón «Zepita». Dicho sea de paso, amigo mío, a quien manifesté vivos deseos de conservar un recuerdo de aquel muerto ilustre que, si me lo permitía, le arrancaría un botón de la levita. El bueno del ca-pitán del «Zepita». me dijo con su voz atiplada que tomara el botón deseado, que arranqué sin más cumplimiento y en menos tiempo del que he necesitado para referirlo, cuyo botón he venido guardando por muchos años junta-

mente con un (kilo) de la Esmeralda y otro quemado de la Independencia, reliquias que se me perdieron en el último gran incendio de 1912. No bien acababa de guardar aquella preciosa reliquia, oí la voz del señor don Eduardo Llanos que se aproximaba con varios amigos.

Cambiados los primeros saludos, me manifestó que había obtenido del señor Prefecto permiso para dar sepultura a aquellos cadáveres; invitándome para que les acompañara a cumplir aquella cristiana misión. Yo acepté con mucho gusto y quedamos concertados para realizar el piadoso acto al amanecer del día siguiente 22 de mayo.

Los cadáveres fueron cubiertos momentáneamente con unas lonas.

Entre tanto amanece, voy a referir lo que pasó en Punta Gruesa, visto por estos mis ojos desde el elevado mirador en que me hallaba.

A eso de la una y media de la tarde y en tanto que la Esmeralda acababa de recibir el tercer espolonazo, pudimos divisar que la Covadonga y La Independencia se hallaban tan juntas, que las humaredas de las dos naves, se mezclaban confundiéndose en una sola nublada.

En ese momento fue cuando la multitud ebria de entusiasmo gritaba: ¡Rendida! ¡Rendida! ¡La Covadonga prisionera! ¡Viva, viva! y un transporte de entusiasmo agitaba aquella muchedumbre delirante.

Mas ¡ay! aquel furtivo placer iba bien pronto a trocarse en pesadumbre inmensa.

Ello es que la Covadonga desapareció luego, vimos que ya su humareda estaba muy lejos y que el casco no se veía ya, perdido tras la comba horizontal velada por el fotismo de las lejanas brumas, en tanto que la colosal fragata allí estaba aún inmóvil, manteniéndose siempre en la misma posición con la proa hacia tierra humeando mucho sin que

hiciera disparo alguno.

¡La Independencia se había varado!

El Comandante Moore que había medido bien su trayectoria, corrió hacia el punto de conjunción ocupado por la Covadonga para partirla con su poderoso espolón, muy ajeno a las sirtes[56], escilas y caribdis[57] que le aguardaban, y que había de hallar el fatum funesto de una metamorfosis siniestra allí donde creyó hallar el héroe, el implexo[58] fausto de su gloria.

El cambió de fortuna comenzaba pues en Punta Gruesa.

El astuto Condell, que conocía la existencia de aquella canal formada por Punta Gruesa y el fondo rocalloso de su prolongación submarina, había fingido una varada, y en aquella canal aguardó el espolonazo del enemigo seguro de que antes que el barco que comandaba lo recibiera, lo recibiría la roca traidora.

Así fue en efecto. La fragata aumento el andar de su máquina, y contra todas las reglas navales y militares atacó a la goleta enemiga donde menos debía de hacerlo, por muy rudimentarios que fueran los estudios geológicos e hidrográficos de un marino, aun suponiendo que en sus cartas no estuviera marcada aquella sirte fatal.

Ya solo le faltaban unos veinte metros, para llegar con el espolón al costado de la Covadonga cuando ocurrió la espantosa colisión, el tremendo e inesperado choque, con la oculta roca del fondo.

La conmoción fue tan tremenda que pocos fueron los tripulantes de la Independencia que pudieron tenerse en pie, cayendo sobre cubierta algunos de los oficiales que se hallaban en el puente de guardia; perturbóse pavorosa-

56 Bajos de arena.

57 Probablemente se refiere a la planta Caribdis marítima o escila.

58 Término utilizado en genealogía para designar la relación de antepasados reales o teóricos.

mente el orden de la tripulación, ante el gran estruendo y el dis-loque de truchas piezas, la rotura de la bitácora, el desquiciamiento de la máquina, la inundación de las calderas con grandes torrentes de agua que anegaban al buque por las enormes roturas inobturables[59] en ambos costados de proa junto al tajamar, cerca de la quilla misma.

Un grito atronador de ¡Viva Chile! salió de la Covadonga en aquel mismo punto y hora, que igual viva lanzaban al aire sus camaradas de la Esmeralda allá en el puerto próximo al desastre y a la muerte.

La atribulación de los tripulantes de la Independencia era inmensa en el primer momento.

El Comandante Moore, que aturdido por la impresión había bramado de dolor y que aborrecía como el conde de Urgell[60], ante el caprichoso imperio de la fatalidad se rebeló contra la ironía del acaso, y en el espantoso conflicto de la voluntad consigo misma, reacciono un tanto, y con enérgicas interjecciones ordenó el toque de ataque con lo que corrió cada cual a sus puestos, con excepción de los que se habían botado al agua, y un vivo fuego de fusilería y de cañón, fue disparando contra la Covadonga que había emprendido rápidamente la marcha hacia el Sur, ora porque podían haberle ofendido fatalmente aquellos disparos ya previstos, ora porque suponía que el Huáscar podía irle a la zaga de un momento a otro.

Nosotros, aunque nos habíamos convertido en ávidos ocúleos, no podíamos a tan larga distancia apreciar bien las escenas que tenían lugar en aquella brumosa lejanía donde todo parecía sáxeo[61] e inamovible, confundiendo a veces los rígidos menhires con los obscuros cascos en los momentos

59 Que no se pueden reparar.

60 Probablemente se refiere a don Jaime de Aragón, último conde de Urgell, del cual existe una leyenda.

61 De piedra.

de mayor inmovilidad.

Primero, vimos a las dos naves casi juntas, tan juntas que creímos que la Covadonga se había rendido... después... Ah después, ya no se divisó a la goleta cuya humareda apenas se columbraba, lejos muy lejos hacia el Sur; pero si, se veía la enorme mole de la Independencia negra como la desventura, inmóvil como básica montaña, humeando, humeando siempre con la siniestra gravedad de un estiaje nirvánico.

Serían las cinco de la tarde, y de aquellas lejanas soledades solo llegaban con las ondas de la brisa los aullidos lastimeros y las ternuras de los [cateróqueros], esos lobos marinos que tanto abundan en aquellas latitudes, y que tan lúgubre concierto forman con el aún más lúgubre graznar de las catarinas en las horas lánguidas y misteriosas del anochecer.

De pronto se apercibieron estruendosas detonaciones; y hubimos do contemplar atónitos las enormes y gigantescas humaredas de la hoguera inmensa.

¡La Santa Bárbara estaba ardiendo!

El celaje se había nublado densamente por aquella parte del mar, cuyos rompientes azotaban con furia a aquel barco inmóvil, que allá en los espacios cerúleos de nuestra fantasía había tornado las colosales proporciones do un monstruo, prehistórico, inmóvil, anquilosado, uno de esos titanes que cuando van a morir, y en la algidez de su inmensa agonía, buscan instintivamente el arribo de una montaña ciclópeo o de un promontorio formidable como el de Punta Gruesa, y cuyo cadáver, combatido con todos los elementos rabiosamente desencadenados, infunden toda la piedad inmensa de Eneas.

Aquel terrible cuadro merecía ser contemplado al son de la marcha solemne y grandiosa de Norma, para engrandecer aquella homeriada. ¡Ay! todos los regocijos, todos los

entusiasmos cívicos enrojecidos por la sangre de aquel día y humeados por el incendio y la pólvora de aquella jornada, se habían convertido en un grito de dolor laocoontico, en un grito que se escapaba de todos los pechos en forma de blasfemante protesta, apoderándose de muchos pensamientos la terrible duda acerca de la verdad de los humanos progresos, esa duda cruel que cuando más adelantamos, con mayor fuerza sigue taladrando nuestra conciencia.

Moore se había retirado al castillo de popa, a la manera de un romano que se retiraba al atrio para no dejarse arrastrar por la emoción indigna de su gran carácter.

Desde aquel retiro, oía el rumor de las olas bravías, y el silbar del viento, ante cuyos rumores debió llorar como Ulises al oír el canto del citarista funesto.

Es indudable así mismo que le llenaría de amargura la punzante idea de haber el azorado aquella jornada que, comenzando con una victoria, había de acabar con una derrota desastrosa, dada la magnitud diferencial de las perdidas.

Era ya la puesta del sol, la hora triste y vagorosa en que la naturaleza se cubre de misteriosa solemnidad, aquel momento crepuscular, en que sus arreboles, semejantes a los vivos colores de metales encendidos, brillaban siniestramente al través de la densa humareda que subía de aquella nave hogueread a en toda su plenitud, produciendo un conjunto de caóticos torsos jamás imaginados por el cantor de los infiernos al pintar con vigorosos alejandrinos, la entrada horripilante a los dominios de Plutón y Proserpina, a cuyo ancho dintel mancharon las anaranjadas y rojas estalac-titas, que producían la miríada de esputos, arrojados a gran altura por la fuerza expansiva de las llamas, cayendo luego sobre aquella nave, precipitando y activando la espantosa combustión, en tanto que los botes del Huáscar recogían a los afligidos náufragos en la bahía.

¡Qué escenas tan diversas y tan sincrónicas a la vez, en aquella hora misma de crepúsculos y silencios, en que aires y ondas, se habían despoblado de alegrías, de silfos y de ondinas!

La calma era inmensa y penosa. La melancólica campana de la parroquia tañía el ángelus con acento lastimero; y por allá, por la parda lejanía, venían caminando playa a playa y cabe a la ciudad, mustios, tristes e escolimados los jadeantes y desventurados náufragos de la Independencia descalzos casi todos, y casi todos con un bastón al hombro del que pendía un lío de ropa, que otros traían en la mano, así como otras prendas, miré habían podido recoger en la hora del conflicto, en el momento doloroso, del ¡sálvese quien pueda!

Aquellas siluetas avanzaban mudas como fantasmas entre las sombras, ya en escarrio, ya concomitantes, de dos en dos, produciendo una de eras impresiones penosísimas, que se graban por una eternidad en la memoria de la gente joven.

Muchos de ellos eran filipinos llamados vulgarmente manilas, celebres marinos la mayor parte naonatos de los archipiélagos malayos, otros eran griegos, uno que otro inglés, y los demás cholos.

Ya oscurecía y por el sur se veía sobre el fondo oscuro de las tinieblas, más viva la rojiza luminaria del gran incendio.

La población de Iquique estaba consternada, y aquellos ciudadanos antes tan alegres y entusiastas, discurrían ahora por aquellas calles como una procesión de sombras.

La negrura de la noche, el silencio sepulcral, los cadáveres del muelle, los lejanos resplandores de la nave ardiendo, los náufragos que divagaban, rendidos unos, echados en las solitarias aceras otros, los grupos sombríos platican-

do en algunas esquinas, interrumpiendo el grave silencio, de vez en cuando, las luces tristes de la orilla, el aplanamiento cívico, las puertas todas cerradas, la falta de alumbrado, todo aquel remanso funesto después de una jornada tan sensacional y agitada, infundían en el ánimo morboso, mucho misterio y mucho pavor.

Allá por los arrabales sonaron unas cornetas remedando gritos muy prolongados, muy lastimeros muy agudos.

Era el toque de silencio.

Y atravesando aquellas calles desiertas como las avenidas de Thebas, llegué al campamento.

Me lancé al lecho de campaña, y me dormí no sin pasar una noche muy fatigosa en medio de sueños inquietantes.

Prat guiado al sacrificio por el genio de la Patria
por Cosme San Martín

X
EL ENTIERRO DE PRAT Y DE SERRANO

El cementerio, una cruz y un epitafio

Hoy me toca hablar de los entierros, de una triste jornada a la región de miseria y de tinieblas donde tiene su lúgubre asiento la negra sombra de la muerte.

Amaneció por fin, la triste mañana del día 22, con mucha neblina en los altos cerros, y cerrazón muy densa en el ancho mar.

El suelo muy lientado[62], casi mojado y en la atmósfera imperaba un tono gris, ceniciento; era la plomiza de aquella claridad aleatoria en cuya mortecina luz flotaba la duda como una gasa inmensa por la vasta concavidad del espacio.

Todo era silencio en el soñoliento campamento, y tan solo un rumor muy suave y ledo producido por el rozar de la brisa en los ápices de las carpas, se dejaba oír como el plañidero sonido de lánguida y lejana posa.

Yo había pasado una noche cruel; mortificado por la fatigosa [encirodinia] del insomnio y a intervalos soñaba monstruos rojos de ofidias y luminosas formas, que crecían y avanzaban entre las espesas sombras de Circe, secuencia lógica de las impresiones dramáticas del día anterior.

El sueño, pues, había sido intermitente e intranquilo, y de ahí que me viera precisado a madrugar mucho; si por la morbosidad del espíritu, si por el ansia vibrante, e intranquilo de no faltar al compromiso de enterrar a los muertos, en cumplimiento de la palabra empeñada y del que se refiere a las obras de misericordia.

Al lubricar del crepúsculo, bajé del duro lecho, pero como aún no clareaba bien, esperé que fueran las seis, hora en que salí de la carpa de «El Sol» camino de la ciudad.

La soledad era completa por todo el trayecto, y mar-

62 Quizás del portugués "salientado" que significa enfatizado, destacado.

chaba como por una tebaida dormida o encantada. De los alares de las casas, caían gruesas gotas de rocío, que empapaban aún más el encharcado suelo.

Llegué al depósito mortuorio, donde encontré a don Eduardo Llanos, asturiano de tomo, y al magnifico don Benigno Posada, el tipo acabado de la bonhomía, quien sonrióme bondadosamente con su cara más buena que el androsemo[63]. Luego fueron llegando otros amigos; tal que bostezaba, cual que se desperezaba y todos cambiando buenos días, que el silencio ahuecaba y hacia resonantes.

Los ataúdes se hallaban en ringlera espeluznante, la velada había sido muy lúgubre, a juzgar por las caras de los que ahí habían amanecido.

Todavía ardían seis pebeteros alimentados de alcohol. y los movimientos de las violáceas llamas y los gestos que producían en las paredes por medio de sombras amorfas, parecían un embrión de aquelarre.

A las siete ya estaba todo arreglado, y nos habíamos reunido los citados, diez o doce, más o menos.

Por fin, nos pusimos en marcha procesional, en buen orden saliendo del callejón de la aduana, y bien pronto entramos en la calle de Tarapacá, por la cual desfilamos, muy contritos y silenciosos. Adelante marchaban llevados en hombres los ataúdes de Arturo Prat y de Ignacio Serrano y dos o tres más, cuyos yacentes no recuerdo bien, si bien creo que uno de ellos era el del bravo sargento Aldea. Así fueron llevados hasta la calle de Tacna, donde fueron posados, en unas carretas dispuestas de antemano.

Presidían el duelo don Eduardo Llanos y don Benigno Posada, gallego de mucha distinción este último, detrás seguíamos todos los demás, españoles todos, si graves y silen-

63 Quizás se refiere a la planta medicinal conocida como Todosana.

ciosos. muy orgullosos, de llevar a aquellos Epaminoides[64] que de manera tan señalada y heroica habían sacrificado sus vidas llenas de vigor y juventud, a la honra y memoria de su patria.

Aquellos restos sagrados de unos varones que habían sido tan duros como los escitas, tan bravos como los partos, tan fieros corno los persas y tan magníficos como los troyanos, se hallaban en tierra enemiga, y no tenían allí unas almas piadosas que cumplieran aquel acto amable, que los españoles, sus parientes más cercanos.

Nuestro cortejo severo y congruente, que marchaba, sin [odonóforo], sin cruz alta, sin capas pluviales de brillante tisú, infundía en verdad mucho respeto a juzgar por el gesto y compostura de la cuadra del vecindario y demás gentes gregarias que se agolpaban en las aceras, para vernos pasar con aquellas preciosas cargas. Así marchábamos más tristes y afligidos que los filisteos llevando el arca de Israel. Tanto, que los rumores, de aquella andanza, se nos antojaban compases solemnes de una marcha fúnebre de Gounod.

La escasa luz de la mañana, los fúnebres crespones, el zumbar del ostro o viento sud, infundían un terror religioso que sobrecogía, y a veces nos parecía que cantaban a lo lejos, los ventrílocuos sacerdotes de Ob[65] amorosos y severos trenos.

La mitad del camino habríamos andado, cuando de pronto, pasando delante de gente plebeya, observamos que en vez de descubrirse reverentes ante aquel desfile fúnebre, se sonrieron, sino con descaro, a lo menos con mal disimulada ironía que ante aquel acaecer y momento, degeneraba

64 Relativo a Epaminondas, general griego del siglo IV a. C., que murió en batalla en el Peloponeso. Se dice que sus últimas palabras fueron para aconsejar la paz.

65 Dios sirio, oráculo famoso.

en irritante sarcasmo.

Aquel gesto colectivo, resultado sin duda de algún chiste cínico, me probó una vez más que lo trágico, no nos da sino la verdad a medias y que la otra mitad está en lo contigo, o sea, en la profunda ironía que reside en la naturaleza, como complemento.

Aquel humorismo fue muy marcado especialmente en una mujerzuela astrosa que se erguía como un huso del Guadarrama, con los brazos puestos en jarra como si llevara golondrinas en los axilares. Una mujer, de plasmante vulgaridad, convertida en el ligamento de zueco y coturno, significando que existe siempre mucho de cómico en el fondo de todo lo trágico.

Nosotros, rígidos e inmutables ante aquel humorismo irrespetuoso y objetivo, seguimos nuestra pausada marcha más avasallados aún, por la tiranía de nuestro dolor subjetivo.

Sea como fuere, detrás de aquella máscara cómica, se ocultaba la cabeza de Medusa del pesimismo.

La sibila señalaba con su descarnado índice los nombres fatídicos de San Juan y Miraflores. Por eso aquel humorismo resultaba un absurdo por más que aquella malsonante proposición de que "la razón y el absurdo, se aman con amor invencible" sea una corroboración de que no hay verdad sin antítesis.

Aquella ironía era, pues, la resultante del querer y el no poder, una afirmación de la voluntad con tendencias a negarse a sí misma, y por ende precipitarse a la nada. Era el visaje del error que se enchufaría a una serie de nuevos errores.

Y seguimos caminando, caminando, mudos y contritos hacia el cementerio, en cuya portada arqueada como la hoz

de Zanclo[66], se levantaba el emblema de la muerte.

Al salir casi de la población y hallándonos en la última barriada del lado norte, siempre muy característica por las casas en construcción con techos sin entomizar y descubiertos; paredes de caña de Guayaquil a medio levantar, solares sin edificar, elevóse una enorme polvareda que envolvió al duelo todo, como un remolino de polvo, arista y papeluchos y cuanto de leve había en derrame sobre aquel árido y salitroso suelo, en el mismo instante que de la casa del austriaco salían unos acentos dulcísimos como arrancados de las arpas de las hijas de Sión. ¿Qué era aquella música en aquella hora y en aquel momento?

¿Habitaba aquella casa de los extramuros la diosa Sarazonati[67] acaso, la que preside los sonidos, que en dulces notas formulaba la plegaria de los difuntos?

El duelo hizo alto un instante a causa de un ligero incidente en el camino, y en tanto que allí tras del árido ribazo arenoso gemía Nereo con el rumor de las olas, tornó a sonar el armonio de la casa del austriaco, pero ahora acompañado de un canto diatónico, cuyas voces dulces y leves dejaron oír en una especie del adagio de Schubert en la menor, semejante a una plegaria conmovedora que derramó sobre nuestras almas un mundo de tristezas, y sobre nuestro espíritu, algo así como las aguas lustrales de la purificación, anegándonos en un Leteo de íntima dulzura.

Luego, supe que las hijas del austriaco eran nacidas en La Serena, que eran huérfanas de madre, y que, al paso de los chilenos muertos por la patria, habían entonado aquellas plegarias, en nombre de su patria también.

El duelo, estaba parado aún. Por fin restalló el zurria-

66 Un pez de los arrecifes tiene esa forma curvada. No sabemos si se refiere a ello.

67 Divinidad india relacionada con la música.

go[68], sonó la tralla[69] y una enérgica empinada de las mulas, sacó avante la última de las carretas. Y emprendimos de nuevo la marcha, esta vez más penosa, debido a la rambla de la pampa.

A través de una nube de amarillento polvo se divisaba la vaga forma de una cruz.

La marcha de las carretas era ahora lenta y más pesada.

Por fin llegamos a aquella desolada mansión de la muerte, el cementerio más triste del mundo, sin cipreses, sin flores, sin verdor, todo árido, todo polvoriento, y cálido todo; todo tostado como las calcinadas cuencas del Atacama.

Todo era allí gris de ocre blanco y negro, y las diosas de los frescos colores de los bosques hubieran cegado, sin una mata verde donde descansar la fatigada vista.

Por aquellas pampas se hace necesario viajar con anteojos azules o verdes.

Los vehículos hicieron alto, y los ataúdes fueron bajados simultáneamente y llevados nuevamente en brazos hacia el interior de la sagrada mansión, donde iban a descansar aquellos cuerpos de héroes, en tanto que en los Elíseos vivían sus grandes almas.

Y doblamos cabe a la derecha con aquellos ataúdes igualmente sencillos al extremo que de nadie los hubiera diferenciado a no ser por las metálicas iniciales de sus respectivos nombres.

Por fin, hicimos alto por grupos, frente a cada hoya caniculada, en que debíamos de sepultar a nuestros muertos, las cuales habían sido cavadas dos horas antes.

A mí me tocó el grupo que enterraba al valiente Serrano.

---

68 Especie de látigo.

69 Látigo en forma de trencilla.

Antes de descenderlo a la su rumba, abrimos el ataúd para examinarle y verle por última vez; el mismo registro se verificó con los demás.

El señor don Eduardo Llanos, se descubrió reverente y pronunció una conmovedora oración discurriendo sobre aquel acto y aquel deber cumplido, con sencilla y sentida elocuencia.

Nosotros contemplamos el *libitio*[70] severo de aquella ceremonia, con los sombreros en la mano, a pesar de que en ese momento el sol brillaba inflamando aquel ambiente seco, cuyo vaho fatigaba nuestras ardorosas fauces y cuya radiante luz iluminaba la pálida frente de aquel rostro atezado de marino, salpicado de negra sangre.

En aquella frente se había helado el entimema cartesiano: ¡Ni existía, ni pensaba!

Depositado ya en el fondo de la negra fosa arrojé, el primero, un puñado de tierra, pronunciando la frase sacramental, al manifestar el pío deseo que le fuera ligera coda la que iba a cubrirle.

Luego me acerqué al ataúd de Arturo Prat que aún tenían abierto, y pude contemplar una vez más, al ilustre muerto de la plataforma de la víspera.

¡Aquella faz de nazareno lívida como la amarillenta cera de un velón, orlada de negra y cerrada barba ostentaba una gloriosa profunda herida (sic!), dando a aquella fisonomía la trágica expresión de un [afiartino], pidiendo venganza a los dioses Plaxadies.

Todos contemplábamos poseídos de esa necrodulía[71] fervorosa que sucede a la admiración heroica.

A pesar de ver en aquel rostro rígido mudas expresio-

70 Podría signficar "desarrollo".
71 Culto o tributo a los muertos.

nes de los duelos de Ifigenia, de los dolores de Alcestes[72], de los tormentos de Troyana y de los hondos suspiros de Electra, a pesar de verse pintadas en aquel severo gesto todas las amarguras imaginadas por el trágico Eurípides, aquel muerto tenía algo de envidiable.

Arturo Prat, murió violentamente. pero no de mala muerte, que jamás fue mala la gloria.

La muerte parece mala a veces, porque a veces es malo el que muere.

Prat murió heroicamente y el heroísmo es virtud y si entre las cosas peores se cuenta el morir, en este caso una de las pocas mejores es el ser muerto.

Prat y Serrano habían pasado de la oscuridad a la gloria, en un repente, sin periodos de transiciones dolorosas.

Fueron varones que conquistaron en una sola jornada la fama eterna, sin haber pasado por la cruz, sin necesidad de que los sayones se hubieran repartido sus vestiduras, ni clavado en sus corazones la alzada del centurión de la envidia. Luego, fue cerrado también aquel ataúd, desapareciendo de la conocida mirada nuestra, aquel rostro pálido y demacrado, muy efectico y trastesado, salpicado de sangre, y fue sepultado en la honda fosa, en la horrible mansión de Heades[73]. Aquel acto solemne, mudo y triste, fue celebrado con la severa sencillez de las circunstancias, sin pompas, sin ostentaciones.

El cuadro de aquel insólito conjunto, hacia más tétrico aquel solemne momento.

Figúrese el lector un gran cuadrilátero inundado por un sol rajante, árido y azoico como el alma de un malvado, por doquier blanqueando insepultas osamentas, todo un tratado de osteología antropológica, cráneos empolvados

72 En la mitología griega, hija de Pelias, muere para salvar a su marido Admeto.

73 En la mitología griega, reino infernal.

con frontanales marcados con puntos machihembrados, otras abiertas y desencajadas, formando las figuras de arcos de sierra, otros con sus espantables cuencas, por cuyas orbitas entraban y salían pardas musarañas y lagartijas; por doquier tibias y negruzcas por el patín del tiempo, sin una hierba sin una flor todo árido y cuarteado todo, revelando un periodo paleozoico con una multitud de moluscos en estado fósil, otros jurásicos fragmentos de [clasmotomos], y otros cuerpos orgánicos petrificados o momificados, por la acción del ácido nítrico y la potasa del aquel terreno salitroso, en cuyas entrañas duerme una paleontología de inapreciable valor científico

Ni un insecto que zumbara perturbando aquella quietud hipnográfica, aquel silencio de desierto. aquel estiaje ardiente y bochornoso.

Allá, junto al calcinado muro, una caseca sin techo, ya con más semejanza a un sacelio[74] que a una capilla, a pesar de la tutela descolorida del pórtico, un Jesús casi borrado ya por una intemperie tan extraordinaria. Para colmo, la figura del cabo de matrícula, Medrano, el de la ubicuidad sin medros; el cabo huroneo que por doquier se entraba sin que nadie le presentara ni invitara; allí en un ángulo, contemplando lleno de curiosidad las escenas de aquel acto, sentado en anquetas sobre un mal apoyo anexo a una gran cruz pintada.

Quien no le hubiera conocido, hubiera creído que aquel pobre mulato, sudoroso y rezumando, se hallaba poseído de la más profunda tristeza, esa tristeza tan plañida por el divino Ovidio sin adivinar, que el gozo rebullía por el interior de aquellas entrañas vengadoras.

¡En tanto que las azadas llenaban de caliente tierra las negras sepulturas, todos callábamos, pero todos pronun-

74 Pequeña capilla romana con un altar y una divinidad.

ciábamos sin musitar y con el pensamiento, la esquemática plegaria del alma!

Nuestro llanto no mojaba las pupilas porque su raudal caía todo como el amor sobre el corazón.

Luego, sobre aquellas sepulturas, se clavaron unas improvisadas cruces, formadas con tablas de cajones vacíos, y en ellas inscribimos también, provisionalmente, las leyendas correspondientes.

Con un pote de tinta de anilina negra y un pincel de cerda me tocó en suerte paleografiar, esta lacónica inscripción:

ARTURO PRAT
Mayo 21 de 1879

Treinta y un años ya han transcurrido desde esta escena y desde entonces, más fácil será separar los teoremas de Pitágoras de la geometría que de la Historia de Chile los nombres preclaros de Prat y de Serrano.

Mariano Ignacio Prado Ochoa, presidente del Perú en 1879

XI
LLEGADA DEL PRESIDENTE PRADO A IQUIQUE

Después de los últimos sucesos tan ad ovo referidos, con toda la aptitud cronografita y con todos los detalles de la epopeya, cabe ahora decir aquí que transcurrieron algunos días de tranquila monotonía, olvidando cautelas, sin vivir en azoros ni aprisa, ni tener despacio, pasando el tiempo a la bartola desde el alba al anochecer, relatando sucesos de otras edades, referidos a nuestras Mengas y Pelayos, Cides y Maricastañas, ora comiendo el ácimo pan, ora durmiendo el apacible sueno, andando y viviendo, y aburridos al fin.

Por las mañanas, el Huáscar, entraba lentamente a la ancha bahía como un atleta dueño del circo, para tomar víveres, recibir noticias y luego haciendo proa aguas afuera, se perdía de vista, por el costado sur hacia el crucero.

El bloqueo, pues, había sido levantado o roto si queréis, y nada cierto se sabía aun del paradero de la escuadra chilena, a pesar de que se la suponía por el norte y, por ende, muy ajena del fin y remate de la desventurada corbeta Esmeralda.

De pronto, y al amanecer, una mañana limpia y serena de un hermoso día de junio, apareció un vapor por el lado del Norte.

Era el primero que nos visitaba después de tantos días, y a su bordo venía Su Excelencia el Sr. Presidente de la Republica, General Prado, quién desembarcó a eso de las diez de la mañana, en medio de un gentío inmenso ávido de noticias y anhelante de la consoladora palabra oficial.

Los vítores ensordecían, los cañonazos retumbaban dando salvias, las cornetas tocaban dianas, las campanas repicaban y el frenesí, el delirio y el disloque, se produjo, con campanas, cornetas, cañones y gritos.

Yo me hallaba también en el muelle formando calle con la muchedumbre, que empujaba, estrujaba y sudaba. exhalando fetideces obscenas, y [caproicas] irresistibles, y cuyos

afanes me tenían en vilo y en asfixia. Y pude oír claramente y claramente ver a S. E. el cual nos decía (que también me atañe el pronombre) al parecer muy emocionado, al pisar el escenario de aquel ya histórico teatro, y a la par que movía la gran cabeza a una y otra banda: «Bien, bien, compatriotas, hay que sufrir todavía un poco, pero yo os prometo, que la victoria del Perú será completa».

¡Viva el Presidente! ¡Viva Prado! ¡Viva el Perú! gritaba hasta el anochecer la frenética multitud, en tanto que las campanas no cesaban ni repicaban celebrando el general regocijo.

En verdad que no recuerdo cuantos días estuvo S. E. en Iquique conferenciando con los jefes del ejército, y sobre todo y más que con todos con el General Buendía, alto, enjuto y desvaído como un águila de blasón, y enfundado en una luenga y verdosa levita; por cuyo motivo las gentes de buen humor dieron en apellidarle el Levita.

El buen cabo de matriculo Medrano, que se había quedado ronco de tanto gritar, se bebía los vientos para festejar a S. E.

Al fin nos abandonó el Sr. Prado, por cuanto hubo que salir apuradamente con rumbo al Callao.

Y transcurrieron unos dos o tres días más; tres días de incertidumbre, de expectativa, sin una vela en el horizonte, sin una humareda en la lejanía. sin víveres en sierra, y sin socorro de parte alguna.

Escuadra chilena en 1879

XII
VUELVE LA ESCUADRA CHILENA

Otra vez el bloqueo

E iba transcurriendo el día cuarto, cuando a eso de las once de la mañana de un bello día divisamos una negra humareda cambien por el lado Norte, y tan negra y tan densa era aquella humareda, que no cabía duda que procedía de la hulla de Lota, de las minas famosas de Cousiño.

Luego apareció otra y otra; dos más y una allá lejos, muy lejos.

Eran el Lord Cochrane, el Blanco Encalada, el Abtao, la Magallanes y el Cousiño que venían a restablecer el bloqueo, seguido por los revuelos rastreros de las blancas gaviotas.

En un costado de la bahía y por el lado del camal asomaba sobre la soledad de aquellas aguas el ápice de un mástil.

Adherido a ese mástil, un rojo girón de bandera mojada y deshilada por las olas, se movía fantásticamente, como un señuelo de los genios submarinos; o como un último adiós a la caliente tierra lanzado sobre la superficie por las almas en pena tiritando de frío en el fondo misterioso del mar. Un girón mirífico que a merced de las eternas olas, e iluminado por los encendidos arreboles del sol poniente, despedía brillos de misteriosos cambiantes, con una inquietud muy expresiva y hasta elocuente como un poema, y si queréis tris-te como una elegía muda, flotando intangente sobre aquella superficie de obscuro azul y crestas luminosas de la hora crepuscular de un anochecer fabuloso, pues ya era tarde cuando los barcos tomaron fondeadero en línea curva.

Hijo de las Costas de levante y mecido en las orillas risueñas del mar Mediterráneo, el mar del arte y de Sertorius[75], el mare nostrum de los romanos, cuna de brillantes fantasías, sin duda por eso quedó tan profundamente gra-

75 Quinto Sertorio, militar y político romano de fines de la República.

vado en mi espiritualidad florentina, aquel cuadro tan lleno de palpitaciones emotivas, en cuyo término primero, aún veo aquel resto de bandera, aquel pedazo de gloria, que en sus últimos visajes se resistía al hundimiento hasta no dar la última despedida, a las cinco camaradas que flotaban al viento, con la blanca estrella del Sud. Un adiós eterno a aquellos marineros que asomados en multitud a las muras de babor, contemplaban con religiosa admiración, con las pupilas dilatadas y el alma en los labios, el último suspiro de su querida Esmeralda, exhalado por aquel símbolo sepulcral.

Vino por fin el nuevo día, y junto con las sombras de la noche había desaparecido aquel girón emblemático para siempre en el fondo del mar amargo.

Y amanecimos nuevamente con el bloqueo, con los cucos en la bahía, dispuestos a hacernos pagar cara cualquier indiscreción.

Los jefes de la escuadra sabían seguramente, y de buen origen lo sabrían, que en tierra estaban construyendo dos lanchas torpederas, con el tremendo propósito de hacer volar a los buques de la escuadra durante una de aquellas obscurísimas noches. Y no se engañaban aquellos discretos y avisados marinos, pues yo mismo tuve ocasión de verlas merced al chisme de un compañero de hotel, quien indicándome un cercado solar con caña dijo una mañana yendo a almorzar: «Mira», y miré, y al mirar vi, efectivamente que debajo de un galpón construían dos botes torpederos a juzgar por el forado de proa y por la cubierta comba y cónica de la misma proa.

¿Cómo supieron los marinos chilenos que en tierra se construían aquellos destructores? No se sabe, pero ello es que tuvieron la noticia precisa de aquella labor y se murmuraba y se decía que algunos oficiales de la marina chile-

na trasbordados en alta mar a bordo de un vapor ingles de la carrera, habían saltado en tierra de Iquique fingidos de ingleses, y que así pudieron enterarse de aquella sigilosa construcción, y de otras cosas más a su placer.

De ahí que todas las noches de Dios, y desde la hora concúbita[76], rondaran a lo largo de la ribera de Iquique, las mejores y más andadoras lanchas de la escuadra, armadas en guerra, con orden terminante de ejercer la más estricta vigilancia y de hacer fuego sin piedad a toda embarcación sospechosa que saliera de sierra furtivamente mar afuera si, a la voz de alto y quien vive, no parara la marcha, ni contestara satisfactoriamente dándose a partido y siguiera en el empeño de resistir combativamente la intimidación de las naves chilenas.

Por su parte, el jefe militar de la plaza, temeroso a su vez, de un juego de antuvión por golpe do mano, había dispuesto que todas las noches se estableciera un cordón de tropa a lo largo de la costa con el fin y efecto de impedir toda intentona de desembarco; con orden también, terminante, de hacer vigoroso fuego a toda embarcación, que al grito de quien vive no contestara, o que lo hiciera respondiendo ¡Chile! magüer[77] que sin hacerlo tratare de fugar descubriendo el intento.

Así las cosas, la ronda de la escuadra quedó establecida desde la noche segunda de la llegada, compuesta de varias lanchas armadas en guerra, las que recorrían toda aquella ribera que comprende la latitud de la ciudad con mucho celo y vigilancia mucha.

76 Última hora de la noche, según el horario romano.
77 Aunque, a pesar de…

XIII
LA NOCHE TERRIBLE

El bombardeo

En la noche del 16 de Julio, y después de comer, pasé con algunos camaradas comensales a la sala del billar, en cuya mesa nos ejercitamos un rato a las carambolas, y pasada que fue media hora, y contar treinta de aquellas, dejamos los tacos, y salimos todos a la calle.

Yo fui camino de mi carpa en compañía del señor Teixidor.

Las calles estaban desiertas, y como boca de lobo obscuras y silenciosas; una que otra luz débil y dudosa, salía por los resquicios de aquellas casas, con sus puertas cerradas y fuertemente fallebadas[78] por dentro.

Allá a lo lejos, por el lado Sur y junto a la playa, se oían apagados chasquidos de baqueta golpeada en el canon de los fusiles.

Era el centinela alerta silencioso que los atalayas se daban a la sordina, en vez de hacerlo de viva voz para guardar mayor sigilo en la profundidad de las tinieblas.

Las lanchas enemigas seguían el crucero con iguales precauciones de oscilancia, navegando con luces apagadas, sin permitir a bordo, ni fumar un cigarrillo.

Ya llegábamos a la pampa, dejando atrás el poblado, cuando nos pareció oír unos tiros de fusil e hicimos alto; pero una descarga casi cerrada, nos sacó en seguida de dudas y emprendimos una marcha tan acelerada que más parecía carrera que andanza.

Y el fuego de fusilería continuaba vivísimo por el lado del muelle, en tanto que llegábamos jadeantes a las primeras carpas, y dirigiéndome a la de los señores García y Ochoa les grité: «¡Ea, señores! ¿Que no oís las descargas?»

Los señores Salas, don Francisco García y otros conter-

78 Referente a cerraduras (fallebas).

tulios de tresillo, que se hallaban alrededor de una mesa improvisada con cajones vacíos en cuyo centro ardía un poderoso quinqué, se levantaron como movidos por subterráneo resorte.

«¿Que no oís la tripulina que se ha armado en la ciudad? ¿Qué pasa?» preguntó el amigo Salas que se había puesto de pie. sombreándose los ojos con las de Olea, para verme mejor.

EI bueno de don Pancho García, bajo y regordete, ladeaba la cabeza con un gesto de espanto y curiosidad, en tanto que a las bruscas tonalidades de roja luz y negra sombra, aquella cara generalmente simpática, había sufrido una diabólica transfiguración.

«¡Pues no es nada! ¿oíd las descargas?» Y en este momento sonó un tremendo cañonazo, de las piezas de grueso calibre, y entonces gritaron todos: «¡A los pozos, a los pozos!»

Y los disparos se repetían iluminando con rojo y rápido fulgor el espacio con los fogonazos, que vomitaban juntamente con los enormes proyectiles.

Veamos ahora que es lo que había sucedido.

A eso de las ocho de la noche ya bien cerrada, una de las lanchas chilenas encargada de la vigilancia en el centro, se acercó tanto a tierra por el lado de la aduana, que la tropa del Batallón Cadetes, apostada en el hizam de aquel lugar y mu-ro, cumpliendo la consigna, hubo de gritar a los de la lancha el ¡quien vive!, cuyo grito fue contestado con otro enérgico y pronto de ¡Chile! Y allí fue Troya.

Una descarga cerrada y horrenda fue disparada en seguida sobre la lancha audaz, la cual, a su vez, contestó con un nutrido fuego de fusilería y de cañón de los que estaba armada en popa y proa, retirándose hacia afuera rápidamente, a fin de no ser herida a boca de jarro y a efecto de

descender la puntería enemiga.

Los buques de guerra, que estaban muy sobre aviso y apercibidos para cada eventualidad, dispararon a su vez, con el propósito de proteger a su lancha a la que creían atacada ya, por alguna de las temidas torpederas, y así la poderosa artillería de la armada era disparada, sin piedad, con atro-nadores estampidos sobre aquel lado del muro por donde brillaban las luminarias de la fusilería peruana.

Felizmente, todo esto fue muy rápido; tanto que quince minutos después de los primeros disparos, quedaba todo en silencio en el fondo negro de la mar, donde tan solo brillaba una que otra luz de la escuadra.

En cambio, en tierra, había mucho movimiento entre la tropa, mucho rumor de pasos y ruidos de armas, y quedas voces de mando, que obedecían unas masas de sombras a diestra y siniestra, yendo de acá para allá en ajetreo fragoso, hasta concentrarse todo el batallón tras de la aduana.

Muchos vecinos, que hasta ese momento habían permanecido acochados, en lo más recóndito de sus casas, con el credo en la boca, sacaron la cabeza primero como los caracoles de sus conchas, y luego se lanzaron a la calle, perdiéndose en las sombras como almas evanescentes, atraídos por la curiosidad del acrotismo[79], y así por todas las calles y avenidas pasaban fugaces las negras siluetas de los curiosos, todos con dirección al muelle.

De vez en cuando el paso silencioso y ligero de alguna camilla, indicaba que había habido heridos.

Al día siguiente todo el mundo madrugó más que lo de costumbre, y desde muy temprano, un gentío de todas las edades y de todos los sexos discurría por el lugar del siniestro.

Yo, que había madrugado como todos, seguí la mare-

79 Investigación de las primeras causas de un acontecimiento.

jada del vecindario empujado por el mismo sentimiento que a todos empujaba, hasta que llegué a aquella parte del muro que separaba a la aduana del mar.

Allí se presentó ante mi espantada vista un espectáculo conmovedor.

Figuraos a un hombre tendido sobre el dorso; en supinación, ya que no puedo decir boca arriba, con los brazos en cruz, los puños cerrados a causa de una violenta contracción nerviosa; completamente decapitado y en medio de los dos hombros un enorme forado orlado de contornos desgarrados y sanguinolentos, y un fondo rojamente obscuro, blanqueando esquirlas de huesos y cabos de tendones. Figuraos, repito, aquel prójimo mutilado en la parte más noble de su ser; sin cabeza, y por ende sin el gesto agónico, sin el rictus del dolor; sin la expresión de la ira, sin el visaje del espanto; figuraos todo esto, tan siniestro y tan tétrico, con la repugnante presencia de un famélico perro husmeando, los pringues de carne esparcidos por el suelo, lamiendo los charcos bermejos de coagulada sangre, y comprenderéis de qué manera, un gran sentimiento de piedad reacciona luego en un gran sentimiento de justa indignación, ante la idea étnica de la maldad humana, tan bárbara como siempre, a pesar de esa envoltura de civilización con que disimulamos los eternos instintos de la animalidad tendente a destruirnos unos a otros.

Alguien nos contó que, durante los cañonazos de la escuadra, ese soldado se irguió sobre el muro para descargar su rifle, sobre la lancha que se alejaba. Su compañero de la derecha le dijo: "agáchate Vázquez", y que al querer decir no hay cuidado, él solo pudo pronunciar una silaba; el adverbio de negación, enmudeciendo en seguida, en tanto que el pesado cuerpo era arrojado violentamente, por la enorme mole de hierro de una bala de 250 libras.

Este desventurado era el cabo Juan Vázquez.

Debajo de un gran ventanón que miraba al mar se veía el enorme horado irregular, abierto por la tremenda trepanación del mismo enorme proyectil.

A través de aquella enorme abertura se veían las vigas del techo que sostenían el piso superior de una gran Sala en la cual se hallaban los náufragos prisioneros de la Esmeralda.

Una vara más arriba. y aquel enorme balazo hubiera barrido a la mayor parte de aquellos infelices, tan milagrosamente salvados de la catástrofe del 21 de mayo.

A eso de las nueve de la mañana, una poblada enfurecida podía la vida de aquellos míseros que acababan de salvar por segunda vez de la muerte: y era tal el extremo de aquellos furores que hubo necesidad de reforzar la guardia de la portada que daba acceso al gran patio de la aduana, en cuyo lugar habían bajado a aquellos infelices prisioneros durante el mayor peligro del bombardeo.

El pobre Medrano había enronquecido para calmar a la plebe enfurecida; mas como había lanzado interjecciones, no le salían las razones, y la exasperación resultaba peor; entonando la chusma el *ça ira* con histérico vocerío de fanáticos arráeces[80] homofilios, cuyos siniestros anhelos eran expresados con blasfemias difíciles de reproducir.

Más la hecatombe irreflexible fue evitada, y el cabo de matrícula Medrano, amén de la guardia, mereció bien de la humanidad y gratitud de la patria por su noble actuación durante aquellos angustiosos y terribles momentos, en que la avalancha de la multitud parecía que iba a arrollarlo todo, inclusive el cuerpo de Medrano, heroicamente expuesto más de una vez, atajando a la rugiente ola popular.

80 Nombre que los moros daban a los capitanes de barco.

XIV
EL ENTIERRO Y APOTEOSIS DEL CABO VÁSQUEZ

A las tres de la tarde, tuvo lugar el entierro solemne del cabo Vázquez, precedido de una música militar que abría la fúnebre marcha, con una sonata más fúnebre aún. Tras del ataúd seguía el gentío del duelo, presidido por un grupo de oficiales de todas arenas, y de un centenar de jóvenes, entre los cuales iba uno llevando en un pañuelo de hierbas, los destrozos del cráneo y de los sesos del muerto, que habían sido cuidadosamente recogidos, de entre los ripios, tierra y mondas de naranja y sandía.

De trecho en trecho, el cortejo hacia alto para dar lugar y ocasión a que uno de los jóvenes designados, pronunciara un discurso, con alada frase y valiente concepto.

Los hubo muy heroicos, muy lastimeros y muy conmovedores, tanto que *lapides clamabunt*[81], conmovían a la muchedumbre también.

Otros en que se invocaban el Juicio de Dios, con las ordalías terribles; parecidos al Pean de los antiguos griegos.

Otros en que adoptando la gallarda antapadosis[82] acentuaban el concepto epicédico[83], correspondiéndose principio, medio y fin.

En ese género sobresalió un joven vestido de negro, pálido y venusto, muy agraciado, maguer que adunco.

En todas las oraciones se invocaba el dulce hombre de Patria, ofreciendo vengar aquellos despojos[84].

En el cementerio habló un coronel con mucha elocuencia y adecuación.

El entierro terminó ya tarde, en esa hora de las tristes penumbras del crepúsculo, cuando el día agoniza y la noche gime.

---

81 Literalmente, "las piedras hablarán".

82 Probablemente se refiere a ciertas imágenes bizantinas.

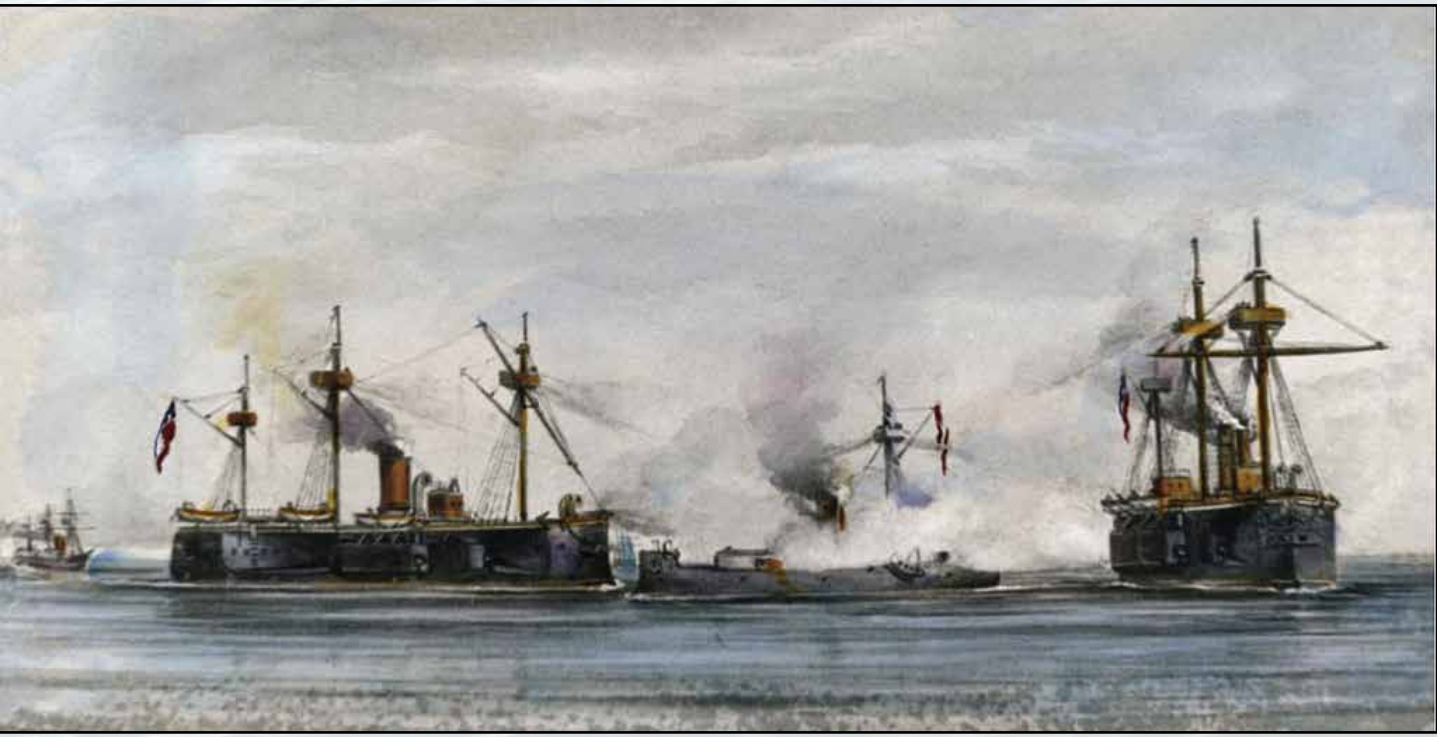
83 Poema que en Grecia antigua se recitaba frente al cadáver.

84 El día 28 de agosto los peruanos bombardearon el puerto de Antofagasta.

La gente desparramada por la siniestra pampa, se encaminaba a la ciudad descarriada y por todo arreo, presentaba un espectáculo muy triste en las hondonadas; y muy melancólico, cuando las negras siluetas remontando collados, se destacaban como fantásticos magadermos[85] sobre el fondo anaranjado del horizonte listado de rojas barbas.

¿Después? Después no vi más, y de lo que sucedió me enteré allá en España leyendo Las Noticias todos los días por la mañana, junto al chocolate, al bollo y al bolado.

85 Murciélagos.



Combate de Angamos por Rudolph de Lisle

EPILOGO CRÍTICO

Al referir la persecución de la fragata acorazada Independencia contra la goleta de madera Covadonga he dicho en su lugar, que aquella operación fue ejecutada contra todas las reglas de la táctica marítima y los preceptos más rudimentarios de las guerras navales.

Luego, pues, debo al lector benévolo una explicación referente a esa afirmación, y que valga por lo quo valiere, procuraré dejar sentado por A o B que los peruanos habrían podido evitar el gran desastre que sufrieron con la ruina de la Independencia y, por lo tanto, el haber llevado material-mente la peor parte en la terrible jornada del 21 de mayo.

El plan, si es que lo hubo, fue tan sin suelta ni vuelta, tan antiestratégico, que si Grau hubiera sido jefe de una escuadra europea, al regresar a la capital para dar cuenta de su campaña, hubiera hallado dispuesto un solemne consejo de guerra que, con los planos a la vista, le hubiera con-denado, por haber perdido tan sin necesidad una de las más importantes unidades de la marina nacional.

Esto sentado, voy a probarlo con un severo razonamiento, ya que se trata de una materia tan susceptible de examen, bajo el punto de vista de la crítica, que para mayor claridad dije y diré en dos partes; o sea bajo dos aspectos, el aspecto negativo que expresa el defecto, y el aspecto positivo que indica el efecto, o en otros términos, lo que se hizo y lo que debió de haberse hecho, pues esta es la fórmula integral de la sana critica, sea cual fuere la manifestación de la actividad humana a que se aplique.

ASPECTO NEGATIVO

La fragata Independencia era un hermoso buque acora-

zado, moderno en aquella época, armado con mucha y muy poderosa artillería.

La Covadonga era una pequeña goleta de madera, muy antigua, construida en el año 1860 y montaba cuatro cañones de pequeño calibre cuyos proyectiles eran absolutamente inofensivos para los buques peruanos.

El Huáscar era un monitor de buen blindaje con dos torres giratorias, una a popa y otra a proa, artilladas con cañones Armstrong que lanzaban proyectiles de 300 libras. Era la ufanía del Perú.

La Esmeralda era, en cambio una vieja corbeta, de madera artillada con 8 cañones por banda cuyos proyectiles eran solo de 70 libras y que por ende tampoco podían ofender a la coraza de sus enemigos.

La lucha, pues, era materialmente imposible entre barcos tan poderosos, contra tan débiles barcos.

Los buques más andadores eran entre los peruanos el Huáscar entre los chilenos la Covadonga y también los de menor calado.

Los buques de mayor eslora, manga y puntal eran la fragata peruana y la corbeta chilena.

Ahora bien: obsérvese que tan pronto como se inició el combate, la fragata Independencia, que era la mayor de las naves, emprendió la persecución de la Covadonga que fugaba hacia al Sur, y no pudiendo la gran fragata acorazada seguir a la goleta por las aguas que esta recorría, hubo de ejecutar la persecución desde mar afuera paralelamente, trazando una línea de atajo, que controlara el mayor andar de la Covadonga, la que debía de ser alcanzada en Punta Gruesa, ya que navegaba recorriendo el ancho arco de la costa salvando bajos canales, difíciles para la Independencia, que hubo de hacer proa a la punta fatal donde debía de venir la conjunción de ambas naves, cosa que halló muy

factible el Comandante Moore, que no tenía demarcación ninguna en su cala hidrográfica que le advirtiera de la existencia de aquellos arrecifes ocultos, en cambio muy conocidos de Condell.

Sea como quiera, la embestida de la Independencia fue en extremo irreflexible por tenerla que realizar muy cerca de tierra y ninguna nave de semejante calado navega a un cuarto de milla de la costa abordándola, a no ser que conozca muy bien el fondo; o en caso contrario, marchando a poca velocidad y sondeando constantemente con el escandallo.

Y la Independencia atacó a toda máquina sin conocer aquella costa ni tomar las precauciones necesarias un tiempo normal y que no eran del caso en aquel momento de furibundo ataque.

Luego, pues, si no conozca aquellos bajos, lo lógico, lo elemental era que se hubiera mantenido a respetable distancia, navegando paralelamente a la goleta, haciendo uso de su poderosa artillería, ya que la del enemigo no podía ofenderla, y hubiera bastado un impacto con sus proyectiles de 300 para hundir o inutilizar a la Covadonga.

En la bahía sucedió que el Huáscar se mantuvo cerca de cuatro largas horas sobre su máquina disparando incesantemente sobre la Esmeralda sin que se atreviera a embestirla por terror a unos torpedos imaginarios, y quizás hubiera continuado en aquella indecisa actitud, si el señor Capitán del Puerto, que adivino los temores de Grau, no se hubiera decidido a parlamentar con el Huáscar, a pesar del enorme riesgo de la empresa, que yo repito muy valerosa, después de lo cual fue cuando Grau decidióse a dar la primera embestida, pero habiendo perdido toda la mañana, con lo que dio lugar y ocasión a que acaeciera el accidente fatal.

Grau, en su calidad de Contralmirante, quiso batirse

con el buque que, como el que él mandaba, enarbolaba la insignia, esto es, estableció la ley de las categorías, aplicándola a las leyes de la guerra; cortesía fuera de todo caso y ocasión, en aquellos instantes de vida o muerte, en aquellos momentos en que es cuando precisamente la necesidad del éxito relega todo género de etiquetas y consideraciones a la necesidad de vencer.

ASPECTO POSITIVO

Desde el primer instante, y tan luego como las naves enemigas estuvieron a tiro de cañón, el Contralmirante Grau debió haber hecho omisión de la insignia de la Esmeralda sujetando su plan de ataque a la estrategia natural de la gue-rra, adaptándola a las condiciones de los elementos con que contaba para la finalidad propuesta.

En este caso, al Huáscar correspondía la persecución de la Covadonga, cuya caza hubiera sido corta y breve debido al poco calado y mucho andar de la nave, y así la goleta chilena hubiera sido apresada o echada a pique casi frente mismo de Iquique, allí por la parte de Cavancha, con lo cual hubiera podido regresar luego a la bahía para terminar con la Esmeralda, si antes no lo hubiere logrado la Independencia con su enorme y numerosa artillería, ya que a la fragata y no al Huáscar correspondía el haberse quedado en el puerto cerrando el paso a la Esmeralda para batirla con infalible seguridad de un éxito decisivo.

Ya hemos visto que no se hizo así, y el Perú sufrió el primer desastre, del cual se derivaron todos los que sufrió después.

Es el 20 de mayo una efeméride chilena que recuerda la batalla del Membrillar ganada a los realistas, era también

una coincidencia de tiempo en que los gemelos Castor y Pólux, desde el zodiaco, llorarían la muerte del descubridor de este mundo que lleva su nombre, y en el que, por una ley, expresa que, hallándose a 40 millas en alta mar, abriera los pliegos cerrados que se le habían entregado por el Ministerio de Marina.

Abiertos los pliegos en la latitud señalada, se enteró de que el día 5 de abril, a mediodía, debía entrar a Iquique, y realizar lo que hemos visto que llevó a buen cabo y remate.

NÓMINA DE LOS HÉROES DE LA ESMERALDA

Nombre	Grado	Situación
Adrián Guzmán Lavell	Grumete	Prisionero - Pasa al Huáscar
Agustín Báez	Marinero 1º	Muerto en Iquique
Agustín Coloma	Marinero 2º	Prisionero
Agustín Oyarzún Uribe	Marinero 1º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Agustín Vásquez	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Alejandro Díaz Román	Marinero 1º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Alejandro Horvath	Fogonero 1º	Muerto en Iquique
Alejandro Uribe	Grumete	Muerto en Iquique
Amador Aranguez Quintanilla	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Andrés Brown Cárdenas	Marinero 1º	Muerto en Iquique
Andrés Pávez Sepúlveda	Fogonero 2º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Angel Custodio Barrera López	Marinero 2º	Herido, muere a bordo del Huáscar
Antonio Barreda	?	Herido, Hospital de Iquique
Antonio Dionisio Hurtado Rojas	Subtte. Artillería de Marina	Prisionero - Pasa al Huáscar
Antonio Espino N.	Grumete	Muerto en Iquique
Antonio Ruiz	Velero 2º	Muerto en Iquique
Antonio Tapia	Grumete	Muerto en Iquique
Arsenio Canave Meriño	Soldado Artillería de Marina	Salta al abordaje, muere a bordo del Huáscar
Arturo E. Wilson Navarrete	Guardiamarina	Prisionero - Pasa al Angamos
Arturo Fernández Vial	Guardiamarina	Prisionero - Pasa al Huáscar
Arturo Prat Chacón	Capitán de Fragata	Muerto en Iquique
Avelino Vásquez	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Baldomero Orrego Guzmán	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Baltasar Leiton	Grumete	Muerto en Iquique
Bartolo Mesa Núñez	Fogonero 2º	Muerto en Iquique
Bartolomé Ramos Muñoz	Marinero 2º	Herido, muere en junio 1879 en Hospital de Iquique
Bartolomeo Rossi	Fogonero 2º	Prisionero
Benjamín Reyes Ovalle	Marinero 1º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Bernardino Valenzuela Acuña	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Buenaventura Castellano	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Candelario Apablaza	Carbonero	Muerto en Iquique
Candelario Gómez	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Carlos Araneda Torres	Fogonero 2º	Muerto en Iquique
Carlos Cota Mesa	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Catalino Guerra Cuello	Patrón de Bote	Muerto en Iquique
Ceferino Carrasco Palma	Grumete	Muerto en Iquique
Ceferino Pérez Jiménez	Grumete	Muerto en Iquique
Charles Moore	Marinero 1º	Prisionero - Pasa a la Pilcomayo
Constantino Micalbin Escarleto	Contramaestre 1º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Cornelio Guzmám	Cirujano 1º	Prisionero
Crispín Reyes	Cabo 2º Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Cruz Rosales	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Custodio Leiva	Grumete	Muerto en Iquique

Daniel Mendoza Jara	Marinero 2º	Muerto en Iquique
David Soto	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Demetrio George	Capitán de Altos	Prisionero - Pasa al Amazonas
Desiderio Domínguez Navarrete	Fogonero 2º	Prisionero - Pasa al Abtao
Dionisio Manterola	Ingeniero 3º	Muerto en Iquique
Eduardo Cornelio Cornelius	Timonel	Prisionero - Pasa al Huáscar
Eduardo Hyatt	Ingeniero 1º	Muerto en Iquique
Elías Aránguiz Pedrero	Timonel	Prisionero a Hospital de Iquique - Pasa al Huáscar
Elías Araujo		Herido, Hospital de Iquique
Ernesto Riquelme Venegas	Guardiamarina	Muerto en Iquique
Esteban Barrios González	Marinero 1º	Prisionero
Esteban Despots	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Evangelio Bono	Capitán de Altos	Prisionero - Pasa al Huáscar
Evaristo Riquelme	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Excequiel Avila Parraguez	Ayudante de Condestable	Muerto en Iquique
Félix Tomás Ruedas Montalva	Despensero	Muerto en Iquique
Florencio Ascencio	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Francisco 2º Sánchez Alvarajedo	Teniente 1º	Prisionero - Pasa a la Chacabuco
Francisco Acuña Cáceres	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Francisco Godoy	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Francisco Mattos	Ayudante de Condestable	Muerto en Iquique
Francisco Santiago Indo	Herrero 1º	Muerto en Iquique
Francisco Ugarte	Fogonero 2º	Herido, muere en el Hospital de Iquique el 9/8/79
Gabriel Urra	Fogonero 1º	Muerto en Iquique
Gaspar Cabrales	Tambor Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Germán Gregorio Sepúlveda Vilches	Grumete	Muerto en Iquique
Gregorio Almazabal	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Gregorio Araya Aburto	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Gregorio Morales	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Grorge Fouguod	Capitán de Altos	Muere en el Huáscar
Guillermo Serey Collante	Cocinero	Muerto en Iquique
Gumesindo González	Soldado Artillería de Marina	Prisionero
Ignacio Serrano Montaner	Teniente 2º	Muerto en Iquique
Ildefonso Alvarez	Marinero 1º	Muerto en Iquique
Isidoro Gómez	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Jacinto Ampuero	Capitán de Altos	Muerto en Iquique
Jesús Miranda	Grumete	Muerto en Iquique
Joaquín Castillo Ruiz	Marinero 2º	Muerto en Iquique
John Lassen	Marinero 1º	Muerto en Iquique
Jorge 2º Quinteros Ruiz	Grumete	Muerto en Iquique
José María Alvarez	Grumete	Sobreviviente - Pasa al Abtao
José Abdón Figueroa	Carbonero	Muerto en Iquique
José Agustín Coloma	Marinero 2º	Herido ,Hospital de Iquique
José Alarcón Romero	Patrón de Bote	Prisionero - Pasa al Huáscar el 27/02/80
José Alegría Fuentes	Marinero 2º	Muerto en Iquique

José Angel Rojas Cárdenas	Mozo de Cámara	Muerto en Iquique
José Antonio Barrera	Soldado Artillería de Marina	Herido, muere en Hospital de Iquique el 19/08/79
José Baltasar Briceño Cordero	Grumete	Muerto en Iquique
José Barría Hernández	Marinero 1º	Muerto en Iquique
José Betancur	Marinero 1º	Muerto en Iquique
José Brígido Pérez Sandoval	Grumete	Muerto en Iquique
José Bustos Vera	Cocinero	Muerto en Iquique
José Concha Ramírez	Marinero 1º	Muerto en Iquique
José Cruzat	Sangrador	Muerto en Iquique
José de la Cruz Cea Nareira	Marinero 1º	Muerto en Iquique
José del Carmen Monsalve	Marinero 2º	Prisionero - Pasa al Angamos
José del Carmen Núñez Henríquez	Marinero 2º	Muerto en Iquique
José Dolores Díaz Avila	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
José Donaire	Fogonero 2º	Prisionero - Pasa al Huáscar
José Elías Huerta Ruiz	Marinero 2º	Muerto en Iquique
José Emilio Amigo Amigo	Grumete	Sobrevivió y regreso a Chile
José Fructuoso Vargas Uribe	Mecánico	Prisionero - Pasa al Huáscar
José Gutierrez de la F.	Ingeniero 4º	Muerto en Iquique
José Ignacio Guzmán Jorquera	Marinero 2º	Muerto en Iquique
José Jesús Hernández Parra	Grumete	Muerto en Iquique
José Lorenzo Escobar	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
José Luis Barrera López	Marinero 2º	Prisionero
José Luis Torres Andrade	Marinero 2º	Muerto en Iquique
José Manuel Concha	Grumete	Prisionero - Pasa al Huáscar
José Manuel Meneses Rugg	Mayordomo	Prisionero - Pasa a la Pilcomayo
José Manuel Ramírez Urtubia	Carbonero	Muerto en Iquique
José Manuel Rodríguez Albornoz	Timonel	Prisionero - Pasa al Amazonas
José María Del Rio Valenzuela	Carpintero 1º	Muerto en Iquique
José María Márquez Calixto	Calafate 2º	Muerto en Iquique
José María Rodríguez	Mozo de Cámara	Prisionero - Pasa al Huáscar
José Mercedes Gutiérrez Saavedra	Marinero 1º	Prisionero - Pasa al Huáscar
José Mercedes Muñoz Herrera	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
José Muñoz Contreras	Soldado Artillería de Marina	Prisionero - Pasa a la Chacabuco
José Pereira Sepúlveda	Mayordomo	Muerto en Iquique
José Ramírez Oliva	Carpintero 2º	Muerto en Iquique
José Reyes	Grumete	Muerto en Iquique
José Vicente Valdivia Escobar	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
José Vicente Vergara Torres	Soldado Artillería de Marina	Prisionero - Pasa al Huáscar
Juan 2º Vargas Fuentes	Grumete	Muerto en Iquique
Juan A. Torres	Mecánico	Muerto en Iquique
Juan Agustín Cabrera Gacitúa	Ingeniero Civil	Prisionero
Juan Agustín Torres Mendoza	Marinero 1º	Muerto en Iquique
Juan Antonio Carrasco Alvarado	Maestre de Señales	Muerto en Iquique
Juan Araya	Grumete	Muerto en Iquique
Juan Bautista Segura Palomino	Fogonero 2º	Muerto en Iquique

Juan Campusano Báez	Mayordomo	Muerto en Iquique
Juan Casanova González	Marinero 2º	Prisionero
Juan de D. Cruz	Grumete	Muerto en Iquique
Juan de Dios Aldea Fonseca	Sargento 2º Artillería de Marina	Herido en Iquique, Muere el 24 /5/79
Juan de Dios Morales Orrego	Marinero 2º	Pasa a la Magallanes
Juan de Dios Pradena Pérez	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Juan Francisco Mancilla	Soldado Artillería de Marina	Prisionero - Pasa al Blanco Encalada
Juan Germán Segura González	Ayudante de Cirujano	Prisionero
Juan Hernández Cárdenas	Marinero 1º	Muerto en Iquique
Juan Mayorga	Capitán de Altos	Muerto en Iquique
Juan O. Goñi	Contador	Prisionero - Pasa al Huáscar
Juan Ponce	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Juan Riveros Leiva	Fogonero	Muerto en Iquique
Justino Aguilar Rivera	Patrón de Bote	Muerto en Iquique
León P. Claret	Maestre de Víveres	Muerto en Iquique
Luciano Bolados	Grumete	Prisionero
Luis Ugarte Rivadeneira	Marinero 2º	Herido - Prisionero - Pasa al Huáscar
Luis Uribe Orrego	Teniente 1º	Prisionero - Comandante Pilcomayo
Manuel A. Ortiz	Marinero 1º	Muerto en Iquique
Manuel Arias Nova	Marinero 1º	Muerto en Iquique
Manuel Díaz	Soldado Artillería de Marina	Prisionero - Pasa al Toltén
Manuel Hernández	Grumete	Muerto en Iquique
Manuel Muñoz Ortiz	Timonel	Muerto en Iquique
Manuel Palmillo Torres	Marinero 1º	Muerto en Iquique
Manuel Ruiz	Grumete	Muerto en Iquique
Manuel Soto Ulloa	Capitán de Altos	Muerto en Iquique
Manuel Vera	Fogonero	Muerto en Iquique
Marcolín Figueroa	Mecánico	Muerto en Iquique
Marcos Molina	oldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Marcos Rojas Donoso	Marinero 1º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Martín Jaque	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Matías Matamala Torres	Guardián 1º	Prisionero - Pasa a la Pilcomayo
Mercedes Alvarez	Grumete	Prisionero - Pasa al Huáscar el 27/02/80
Nicanor Bustos	Cabo de Luces	Muerto en Iquique
Nicanor Guerra Rojas	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Nicanor Navas Pérez	Soldado Artillería de Marina	Prisionero - Pasa al Blanco Encalada
Nicasio Miranda Uribe	Fogonero 2º	Muerto en Iquique
Nicasio Valenzuela	Soldado Artillería de Marina	Prisionero
Norberto Escobar Rivera	Mozo de Cámara	Muerto en Iquique
Pantaleón Cortés Gallardo	Grumete	Muerto en Iquique
Pedro Aros	Marinero 2º	Prisionero - Pasa al Huáscar y luego al Loa
Pedro Barrios	Capitán de Altos	Muerto en Iquique
Pedro Chamorro	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Pedro Estamatópoli Mascobeli	Fogonero 1º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Pedro Manríquez Leal	Marinero 1º	Prisionero - Pasa al Huáscar

Pedro Pereira	Grumete	Muerto en Iquique
Ramón Díaz Castillo	Fogonero 2º	Muerto en Iquique
Ramón Fuentes Parra	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Ramón Rodríguez	Guardián 2º	Prisionero - Pasa al Abtao
Roberto Vergara Abarca	Carbonero	Muerto en Iquique
Rosso Bartolomero	Fogonero 2º	Prisionero
Ruperto Canales Torres	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Salvador Galán Sarmiento	Grumete	Muerto en Iquique
Samuel Machacado	Grumete	Muerto en Iquique
Santiago Romero Gamboa	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Santiago Salinas	Grumete	Prisionero - Pasa a la Magallanes
Secundino Castillo	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Serafín Romero Gamboa	Marinero 1º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Tiburcio del Carmen Garay Ahumada	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Timoteo Avaria	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Tomás Blanco Pulo	Capitán de Altos	Prisionero
Tomás Garcés Chandía	Marinero 2º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Valentín Salgado Molina	Cabo de Luces	Muerto en Iquique
Venancio Díaz	Grumete	Muerto en Iquique
Vicente Caballero Mena	Grumete	Muerto en Iquique
Vicente Castro Oróstegui Coronado	Cabo 2º Artillería de Marina	Muerto en Iquique
Vicente Equabil	Condestable 2º	Prisionero - Pasa al Huáscar
Vicente Mutilla	Ingeniero 2º	Muerto en Iquique
Vicente Zegers Recasens	Guardiamarina	Prisionero
Victoriano Mayorga Alvarado	Marinero 2º	Muerto en Iquique
Wenceslao Vargas Rojas	Grumete	Prisionero - Pasa al Huáscar
Zacarías Bustos	Grumete	Prisionero
Zoilo Tapia	Soldado Artillería de Marina	Muerto en Iquique

RETRATOS E IMÁGENES

Arturo Prat Chacón

Retrato de 1864

Nace en la hacienda San Agustín de Puñual el 3 de abril de 1848, hijo de Agustín Prat Barril y María del Rosario Chacón Barros. Fue un niño enfermizo que gracias a los cuidados de su madre logró superarse.
Su padre, tentado por la fiebre del oro de California, termina en la ruina y debe vender la hacienda.
A los 10 años Arturo ingresa a la Armada como cadete.

Retrato de 1865

En 1966 participa en el combate naval de Abtao contra España a bordo de la Covadonga bajo el mando del capitán Manuel Thomson y es ascendido a Teniente Segundo.
Estudia Derecho en la U. de Chile y en 1875 se titula de abogado.
Tuvo gran influencia en la remodelación del sistema legal de la Armada.

Carmela Carvajal Briones

Arturo Prat niño (a la izquierda) con su tío Jacinto Chacón y su compañero Luis Uribe.

En 1873 contrae matrimonio con Carmela Carvajal Briones.
Fue enviado a Argentina con la finalidad de constatar las intenciones de este país de marcar soberanía en la Patagonia, advirtiendo sobre los preparativos de ese país para una guerra.
Regresa a Chile en enero de 1879.
Fue nombrado ayudante del Ministro de Guerra Rafael Sotomayor Baeza.
El almirante Juan Williams Rebolledo le nombra comandante de la Esmeralda que, junto a la Covadonga, deben mantener el bloqueo de Iquique.

Sus hijos Blanca Estela y Arturo Prat Carvajal.

Carlos Condell de la Haza

Carlos Condell, retrato de
Juan Francisco González

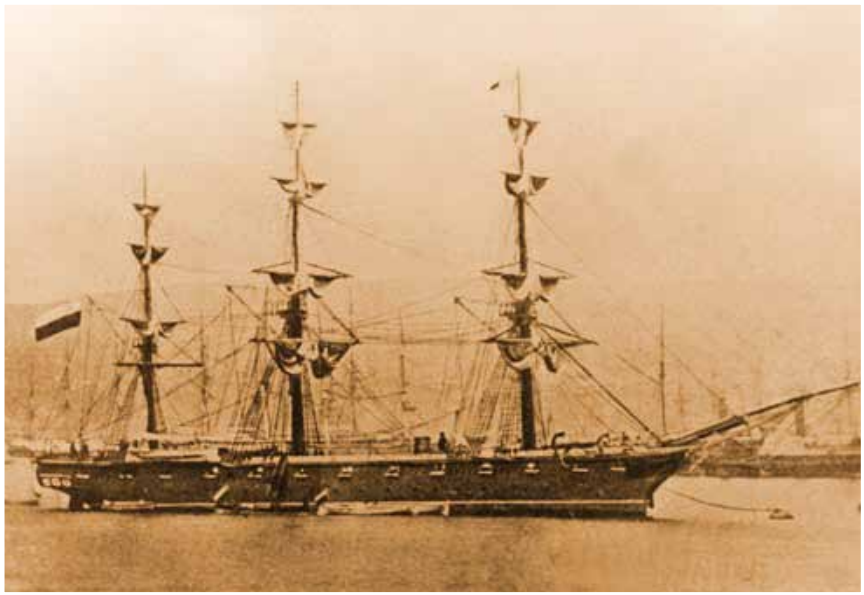
Nace en Valparaíso el 14 de agosto de 1843, hijo de Federico Condell, marino mercante escocés, y Manuela de la Haza, de la aristocracia peruana.
En 1854 ingresa ala Escuela Naval del Estado y es compañero de Arturo Prat, Luis Uribe, Jorge Montt y Juan José Latorre, entre otros, egresando en 1861 como guardiamarino.
Participó en el combate naval de Papudo en 1863 bajo el mando del comandante Manuel Thomson.
En 1872 abandona la marina para dedicarse a negocios particulares pero se reintegra 4 años después, siendo embarcado en la corbeta Esmeralda en un viaje de instrucción a Isla de Pascua y Tahiti.
En 1877 contrae matrimonio con Matilde Lemus Valdivieso.
En 5 de abril de 1879, día de la Declaración de Guerra, es

Matrimonio de Carlos Condell
con Matilde Lemus

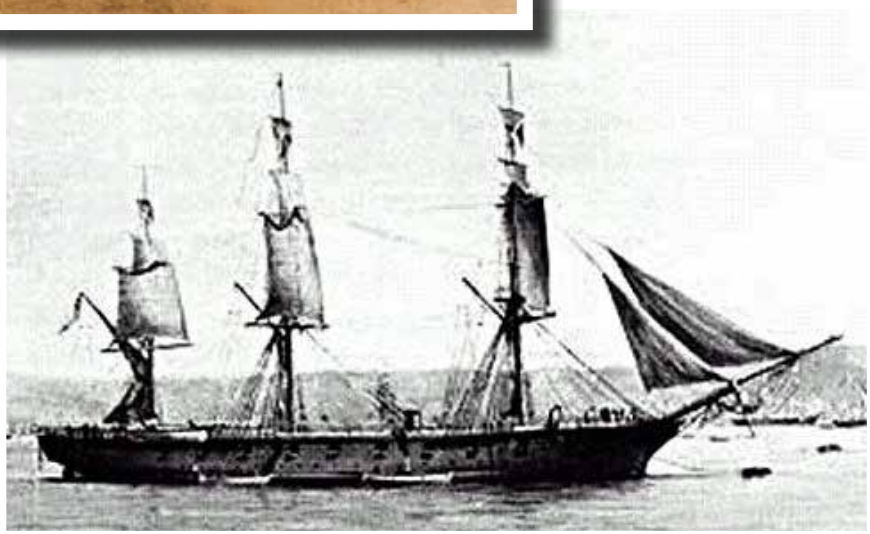
nombrado comandante de la corbeta Abtao y pronto de la goleta Covadonga.
Luego del Combate Naval de Iquique sirvió en varios barcos de la Armada, participando en la toma de Pisagua y los bombardeo de El Callao.
En 1884 es ascendido a Capitán de Navío y enviado en comisión Europa. En 1887 se le nombra capitán de la fragata blindada Blanco Encalada.
Enfermo de gravedad, es ascendido a Contralmirante, falleciendo el 24 de noviembre de ese año.

Carlos Condell con su hija

Corbeta Esmeralda

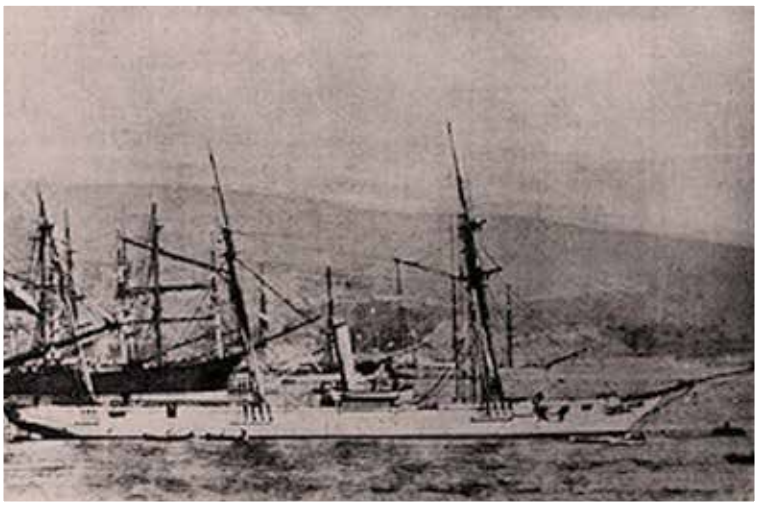


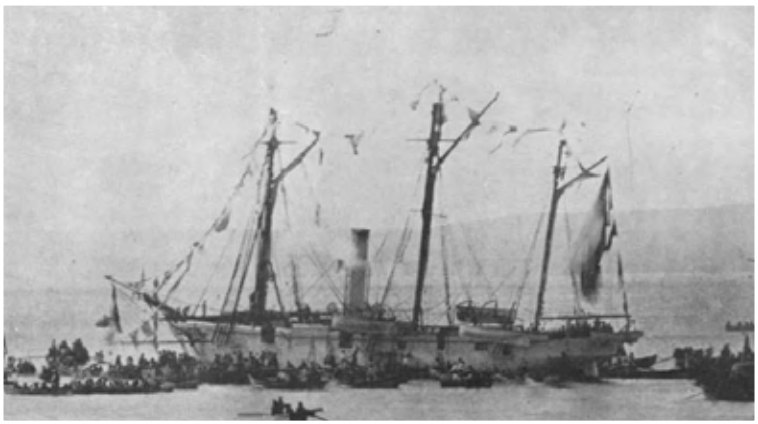
Construida en Inglaterra a pedido del Gobierno de don Manuel Montt y fue bautizada el 15 de septiembre de 1855 bajo el lema "Gloria y Victoria". Su nombre lo recibió en homenaje a la fragata Esmeralda capturada por Lord Cochrane en Callao en 1820.
Tenía un sistema de propulsión mixta de velamen de corbeta con una máquina a vapor y un armamento de 20 cañones de 32 libras y 2 de 12, que fue modificado posteriormente. Participó en el combate naval de Papudo y en la captura de la Covandonga en 1864. Al asumir el bloqueo de Iquique tenía serios probleas en sus máquinas por falta de mantenimiento y su velocidad reducida de 8 a 6 nudos.



Goleta Covadonga

Capturada por el almirante Juan Williams Rebolledo en el combate naval de Papudo durante la Guerra contra España, este navío había sido botado en 1859 y designado como correo español entre Manila y Hong Kong.
Su armamento original era de 2 obuses de 20 cm. que fue modificado a 2 cañones de 70 libras y 3 de 40. Su propulsión mixta de velamen y máquina de vapor le permitía navegar a 7 nudos.
Luego de su captura participó en el combate naval de Abtao.
Participó en el combate naval de Iquique, al mando de Carlos Condell, logrando derrotar a la Independencia.
Posteriormente, en 1880, participó en el bloque de Arica y el Callao y en el bombardeo de Ancón y Chancay. En esta última acción fue atacada por una torpedera peruana que la hunde, pereciendo su capitan Pablo de Ferrari.





Miguel Grau Seminario

Nació en Paita, Perú, el 27 de julio de 1834. Ingresa a la marina civil en 1843 a la que se dedica durante 12 años. A partir de entonces forma parte de la Armada peruana y en 1856 es ascendido a alférez de fragata. La rvolución de ese año proclama presidente a Manuel Ignacio de Vicanco y la Armada le apoya, pero al año siguiente la revolución fracasa y Grau es separado del servicio, volviendo a la marina mercante.

En 1861 es reincoporado y comisionado en Europa en 1865, donde es detenido por 48 horas, en el Reino Unido, acusado de violar la ley de enrolamiento. Regresa al Perú durante la Revolución Restauradora y se incia la guerra contra España. Al saber que el gobierno va a poner al mando de la flota al estadounidense John R. Tucker, la oficialidad peruana se revela y es arrestada.

En 1868 Grau es ascendido a capitán y puesto al mando del monitor Huáscar. Luego de la revolución de los hermanos Gutiérrez y del ascenso de Prado al poder, Grau ingresa como diputado por Paita (1876). Finalizando su período vuelve a la marina y es nombrado, en 1877, Comandante General de la Marina de Guerra del Perú, dedicándose a fortalecer la armada peruana ante la supremacía naval chilena. Falleció Grau en Angamos el 8 de octubre de 1879.

Combate naval de Agamos, por Teófilo Castillo

Juan Guillermo Moore Ruiz

Retrado de Juan Guillermo Moore, actualmente en el Museo Naval del Perú

Hijo de un comerciante escocés, nació en Lima el 27 de febrero de 1836. En 1850 ingresa a la armada británica como aspirante. En 1854 se embarca como gardiamarino en la fragta Apurímac y luego es ascendido a alférez. Durante el conflicto con España es ascendido a capitán de corbeta por su actuación en el combate de Abtao.
En 1874 es nombrado comandante de la Independencia y tres años después Comandante General de la División de Operaciones del Sur.
Luego de su derrota en Iquique, es enjuiciado pero absuelto. Posteriormente participó en el combate naval de Arica a bordo del monitor Manco Capac.
El coronel Francisco Bolognesi le designó a cargo de los fuertes del Morro de Arica, donde murió luchando, el 7 de junio de 1880.

Juan Guillermo Moore. Ilustración de Evaristo San Cristóval

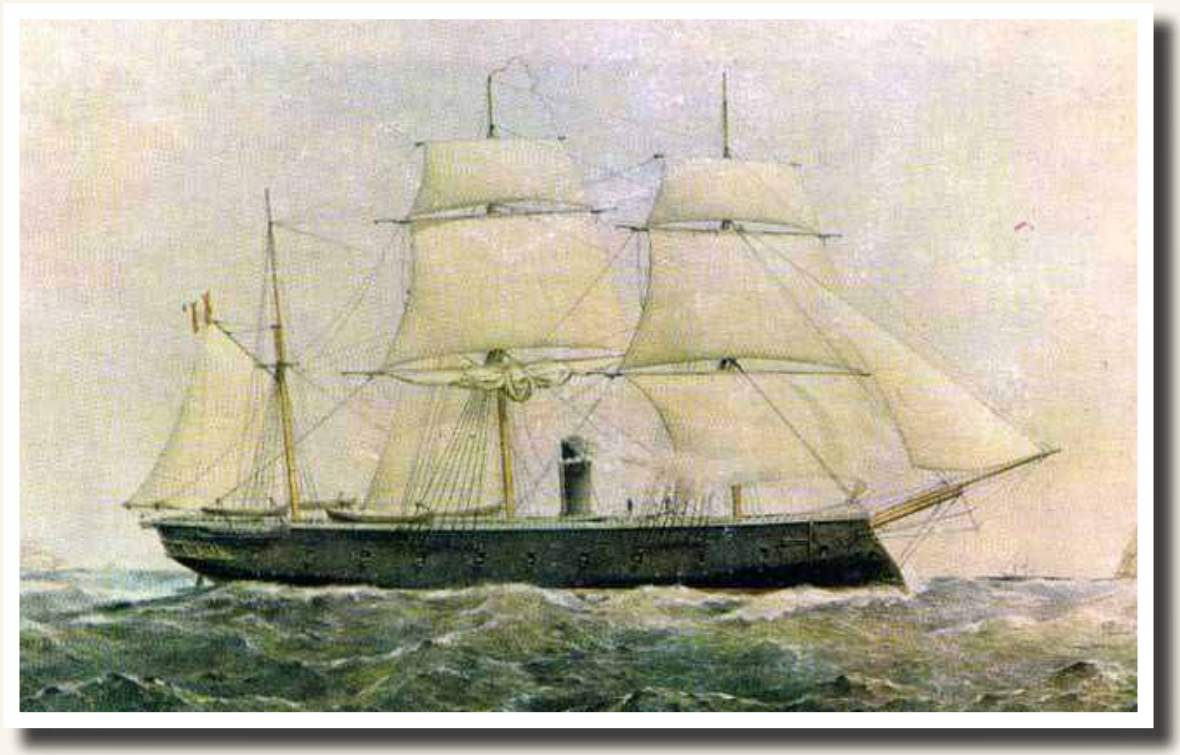
Monitor Huáscar

Fue adquirido por el Perú en 1866 en Gran Bretaña y constrido bajo la supervisión del capitán Chileno José María Salcedo, quien lo comandó en su viaje a América, el que estuvo lleno de contratiempos.
En 1877 fue el centro de una sublevación, contra el presidente Prado, que involucró naves británicas.
Contaba con un armamento de dos cañones de 254mm en su torre de 6,7 metros de diámetro, además de dos cañones de 120mm y uno de 76mm.
Su propulsión era a vapor y vela que le permitía una velocidad de 12,25 nudos.
Luego de ser capturado en Angamos, sirvió en la Armada Chilena hasta 1896.
Durante la Revolución contra Balmaceda formó parte de la escuadra congresista.
En 1905 se pensó en transformarlo en un cañonero moderno, pero la idea de desechó. En 1917 fue el buque madre de la flotilla de submarinos clase H adquiridos por Chile. Posteriormente, en 1934 se fondeó en Talcahuano y se le restauró como reliquia histórica.

Fragata Blindada Independencia

Ante la necesidad de contar con buques blindados, el gobierno del Perú mandó construir en Inglaterra varios barcos, entre los cuales estaba esta fragata que resultó ser el buque peruano más caro del siglo XIX, único en su clase.
Contaba con un casco blindado de 1 pulgada, un poder de fuego de 12 cañones de 70 libras, 2 de 150 y 4 de 9 libras para artillar lanchas. Durante el conflicto con Chile se le agregó un cañón de proa de 9 pulgadas. Podía desarrollar una velocidad de 11 nudos.

El 21 de mayo de 1879, persiguiendo a la Covadonga, la Independencia, comandada por Juan Guillermo Moore, encalla cerca de la costa. Condel ametralla al buque peruano exigiendo su rendición, pero al notar que el Huáscar se acerca, decide retirarse. Grau, según información conseguida de un prisionero chileno, se convence que la Covadonga navega a 11 nudos y no los 5 reales y desiste de su persecución y ordena el incendio de la Independencia.



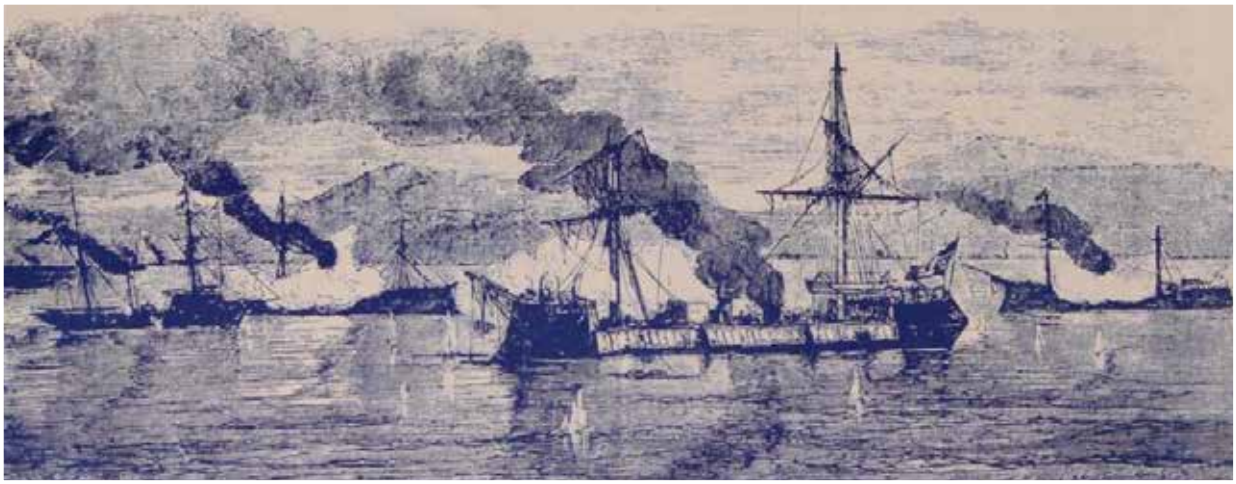
Combate del 21 de Mayo

Combate Naval de Iquique, por Thomas Somescales

El abordaje del Huáscar por Prat

La Esmeralda combatiendo
contra el Huáscar

Grabado titulado “Durante el Combate Naval de Iquique”



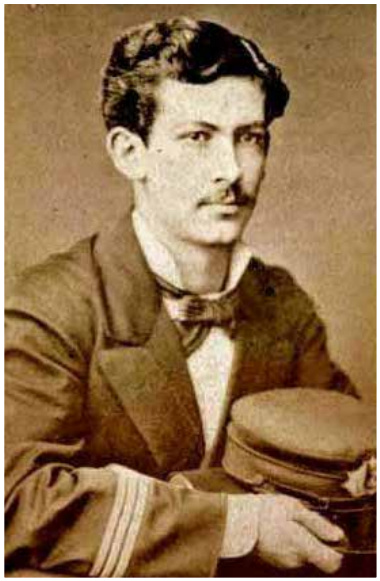
Hundimiento de la Esmeralda, por Thomas Somescales

Algunos Héroes del 21 de Mayo

Ignacio Serrano Montaner nació en Melipilla en 1846.
Siguiendo los pasos de sus abuelos maternos, marinos británicos, se enrola en la Armada de Chile en 1865, cuando se produce la Guerra contra España.
Enm la Escuela Naval conoce a Arturo Prat.
Siendo Subdelegado de Marítimo en Tomé, levanta los planos de la bahía de Coliumo y la aldea de Dichato, así como también se hizo cargo de la instrucción militar de las dos Escuelas de Hombres, habilitó el muelle dañado por un temporal, dotó de vestuario al cuerpo de policía e hizo estudios y trabajos de agrimensor.
Declarada la Guerra del Pacífico, deja a su mujer, Emilia Goycolea Garay, en Melipilla y se traslada a Iquique. Primero es asignado a la Covadonga pero luego lo trasladan a la Esmeralda como teniente segundo y encargado de los cañones de babor.
Producido el primer espolonazo, Prat y Aldea abordan el Huáscar y son ultimados. Cuando el segundo espolonazo, Serrano y doce hombres abordan también el Huáscar y son ultimados por la ametralladora Gatling.
Herido, Serrano es llevado a un camarote donde intenta provocar un incendio.
A pesar de los cuidados médicos, muere desangrado.

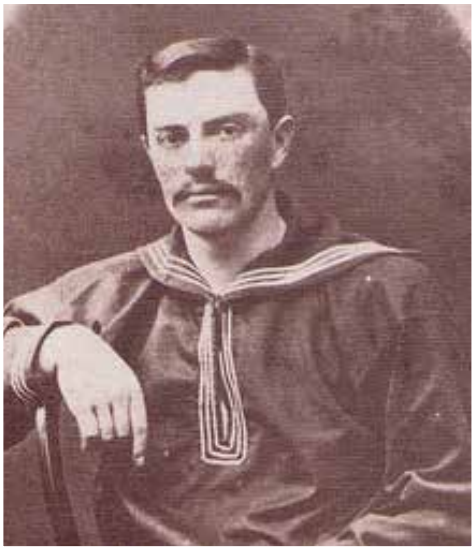
Juan de Dios Aldea Fonseca había nacido en Chillán el 24 de mayo de 1853. Vivió su niñez en Santiago junto a sus abuelos paternos.
A los 19 años se enrola como soldado voluntario en la Comisión de Enganche del Batallón de Artillería de Valparaíso, en el que permaneció hasta marzo de 1874.
En 1876 recorre, a bordo de la Esmeralda, el litoral.
Declarada la guerra, es designado a la Esmeralda que debía tener solamente funciones de guardia, pero como las armadas de Chile y Perú se cruzan sin verse, el pequeño y maltrecho barco se ve obligado a enfrentarse al entonces colosal Huáscar.
Es el único que acompaña a Prat en el primer abordaje, y cae acribillado por balas en el cuello, el costado derecho, el brazo izquierdo y la pierna derecha.
Su cuerpo fue dejado en el muelle junto al de Prat, Serrano y otros caidos.
El italiano Adolfo Gariazo descubre que aún está vivo y junto con otros, le trasladan al hospital, donde le amputan un brazo y una pierna, operaciones que no logra superar, falleciendo el día 24.

Nicasio Miranda Uribe, natural de Calbuco, servía en la Esmeralda como Fogonero 2º y murió en combate el 21 de Mayo de 1879.



Pedro Segundo Videla Órdenes, natural de Andacollo, estudió medicina siendo licencias en 1879. Fue destinado a la Covadonga como Cirujano Primero. Durante el combate un proyectil del Huáscar le destrozó los pies y murió desangrado. Tenía 25 años.

Ernesto Riquelme Venegas, cuando tenía 10 años (1862), quedó fascinado por una maqueta de la Esmeralda. Ingresó a la Escuela Naval, de donde egresó en 1874. En 1876 se embarcó en el Almirante Cochrane, con Enrique Simpson al mando, rumbo a Gran Bretaña. En 1879 fue designado a la Esmeralda. Cuando el barco se hundía, disparó el último cañonazo y murió ahogado.



Francisco Cornelio Guzmán Rocha estudió medicina, titulándose en 1879. Al inicio de la Guerra se embarcó en la corbeta Abtao y luego fue destinado a la Esmeralda. Durante el combate atendió a los muchos heridos que llegaban al entrepuente y sólo abandonó su puesto cuando el barco se hundía.
Rescatado por el Huáscar fue enviado como prisionero a Tarma, luchando contra el trato injurioso que recibiían los prisiones chilenos.
Terminado el conflicto fue enviado a estudiar medicina a Europa. Colaboró en controlar una epidemia de cólera desatada en Aconcagua en 1886.
Falleció en Niza, Francia, en 1928.

Muchos fueron los niños y adolescentes que participaron en la Guerra del Pacifico con edades que iban de los 10 a los 18 años. Uno de ellos fue Gaspar Cabrales, tambor de la Esmeranda, que solo contaba con 13 años y que murió en combate, algunos dicen que por disparos de fusil o tros que lo decapitó una granada.
Juan Bravo, de la Covadonga, tenía 14 años. Subió al mástil con su fusil para hacer de francotirador.
En la imagen, un niño anónimo de la Guerra.

Tripulantes del Huáscar

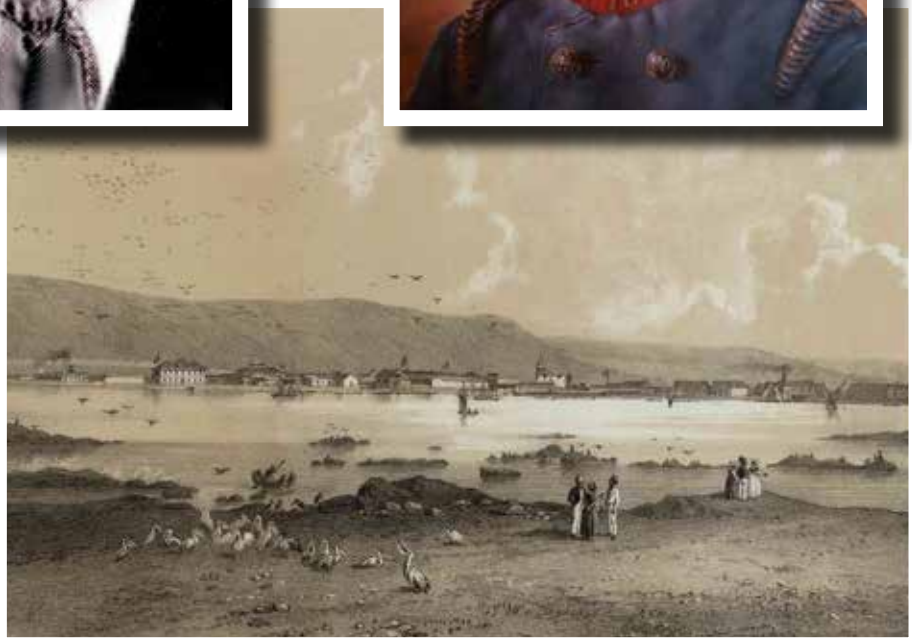
Jorge Enrique Velarde Castañeda, héroe del Perú, nació en Lima en 1856. Ingresó a los 15 años en la Escuela Naval del Perú.
Realizó viajes a Europa, Islas Marquezas, Tahiti y San Francisco.
En 1879, a pesar de estar convaleciente de una tuberculosis, al saber del inicio de la guerra con Chile, se reincorporó como teniente segundo y fue designado al Huáscar como oficial de órdenes y derrota.
Murió al enfrentar a Prat durante al abordaje y fue la única baja del monitor Huáscar durante el combate naval de Iquique. Tenía entonces 23 años.

Algunos tripulantes del Huáscar

Algunos Observadores

Marcos de Aguirre acompañó al autor del libro, observando el combate.

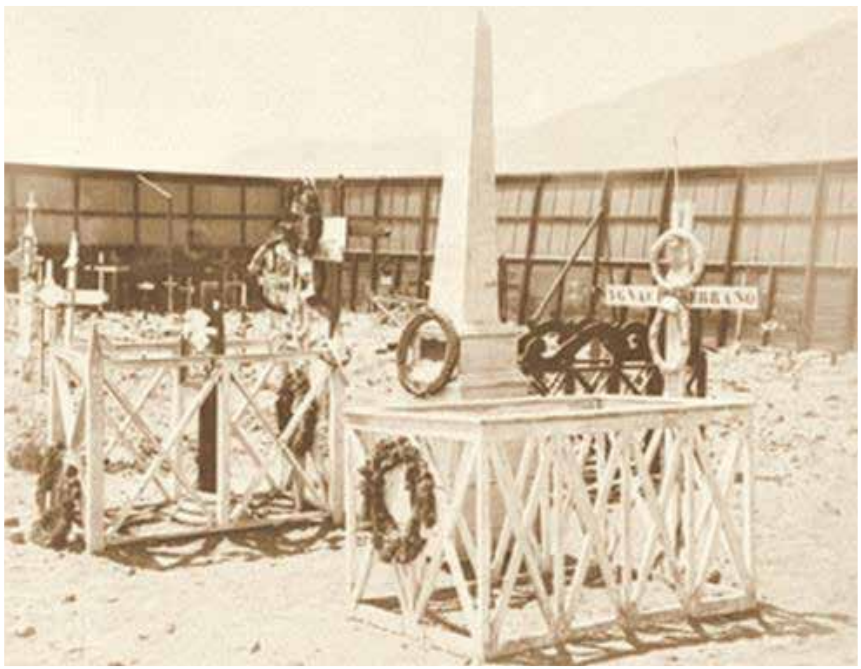
Eduardo Llanos y Álvarez de las Asturias, ciudadano español y bombero, que se ocupó de sepultar los restos de Prat en Iquique.



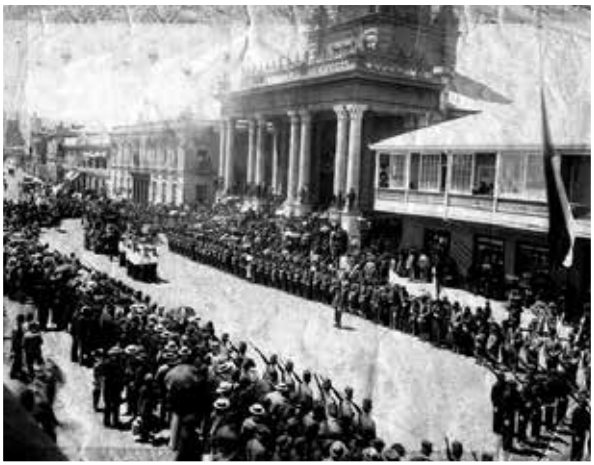
Grabado que muestra Iquique en 1863

Funerales de Arturo Prat

Muerte de Prat, por Thomas Somerscales

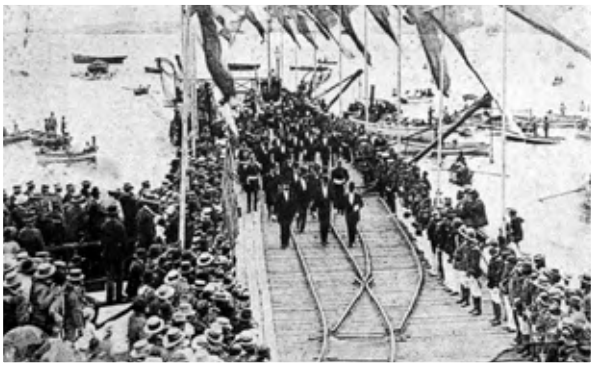


Tumbas de Prat y Serrano en Iquique



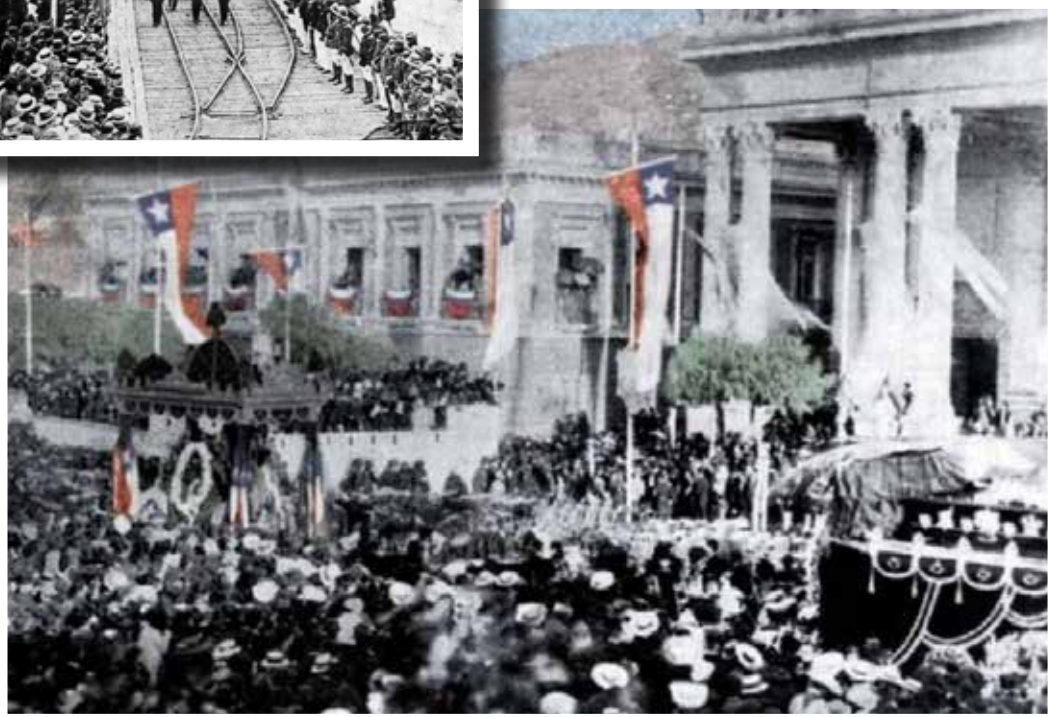
En 1888 los restos de los héores de Iquique son trasladados a Valparaíso a bordo del monitor Huáscar, donde son sepultados el 21 de mayo de ese año.

Coretjo saliendo de la Iglesia del Espíritu Santo de Valparaíso



El Ministro José Manuel Balmaceda recibe a la comitiva que trae los restos de Prat.

Iglesia del Espíritu Santo de Valparaíso el 21 de mayo de 1888



Monumento a los Héroes en Valparaíso, 1888